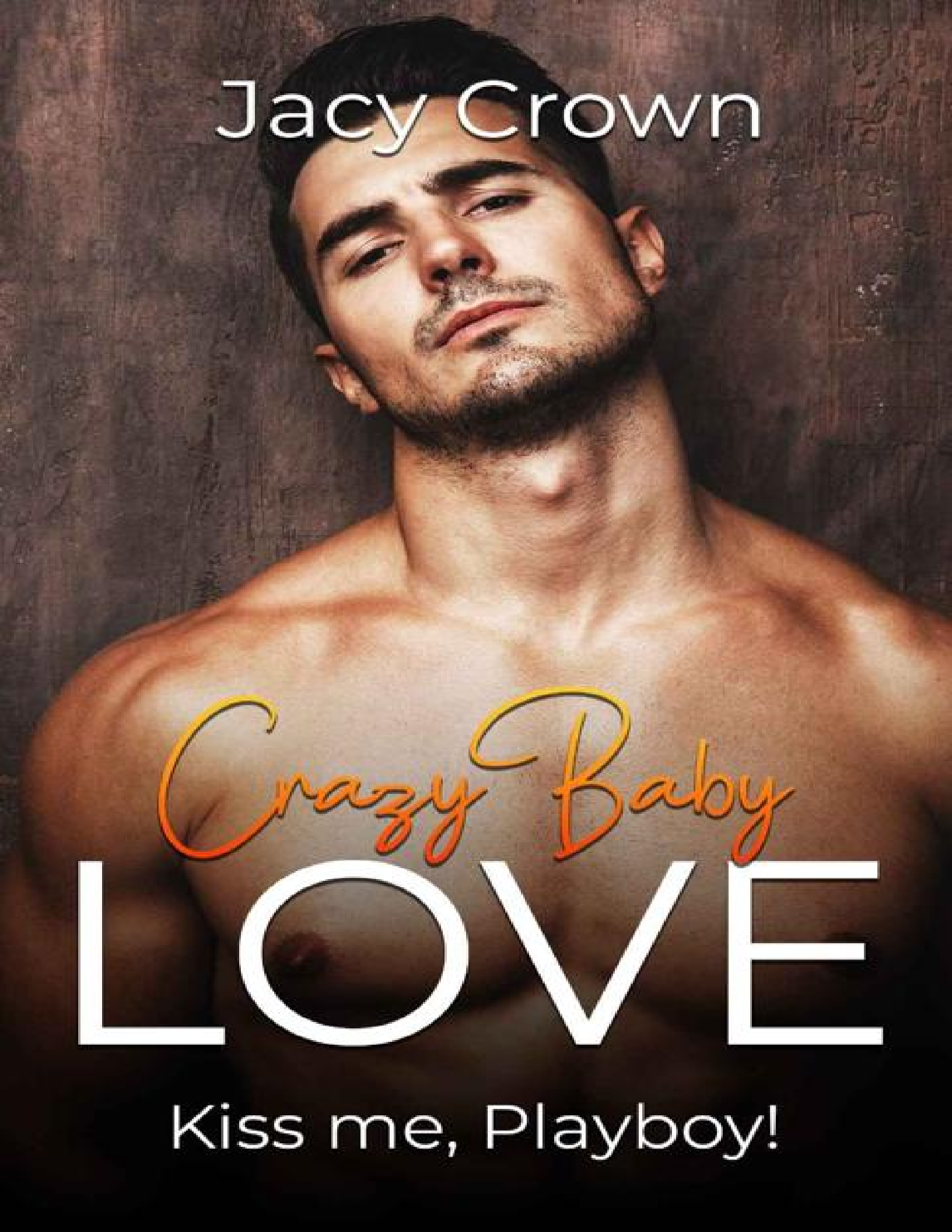

Jacy Crown
Crazy Baby
LOVE
Kiss me, Playboy!

Crazy Baby Love
Kiss me, Playboy!
Jacy Crown

Copyright 2023 Jacy Crown
Todos los derechos reservados
Montaje: Ruben Herzhoff
Foto de portada: ID #188126579 - Fotolia de Adobe.
Redacción:
Ruben Herzhoff
Mozartstr. 6
47239 Duisburg
Para libros gratis y más información sobre Jacy Crown visita mi página web. ¡Aquí te espera mi novela de amor gratuita Love the Bad Boss después de suscribirte al boletín!

http://www.jacycrown.com/newsletter-de/

Jacy en Facebook:https://www.facebook.com/Jacy-Crown-1827154510735854

Tabla de Contenido

Título

Derechos de Autor

Capítulo 1- Carrie

Capítulo 2 - Alex

Capítulo 3 - Carrie

Capítulo 4 - Alex

Capítulo 5 - Carrie

Capítulo 6 - Alex

Capítulo 7 - Carrie

Capítulo 8 - Alex

Capítulo 9 - Carrie

Capítulo 10 - Alex

Capítulo 11 - Carrie

Capítulo 12 - Alex

Capítulo 13 - Carrie

Capítulo 14 - Alex

Capítulo 15 - Carrie

Capítulo 16 - Alex

Capítulo 17 - Carrie

Capítulo 18 - Alex

Capítulo 19 - Carrie

Capítulo 20 - Alex

Capítulo 21 - Carrie

Capítulo 22 - Alex

Capítulo 23 - Carrie

Capítulo 24-Alex

Capítulo 25 - Carrie

Capítulo 26 - Alex

Capítulo 27 - Carrie

Capítulo 28 - Alex

Capítulo 29 - Carrie

Capítulo 30 - Alex

Capítulo 31 - Carrie

Capítulo 32 - Alex

Capítulo 33 - Carrie

Capítulo 34 - Alex

Epílogo - Carrie

Capítulo 1- Carrie

"¡Feliz cumpleaños, cariño!". Mamá me rodeó con sus brazos mientras cerraba la puerta y volví a sentirme como cuando era pequeña. Sus abrazos eran los mejores: llenos de amor maternal y orgullo.

Cuando me soltó, papá se acercó a mí y me cogió de la mano. Me agarró con firmeza y decisión, tenía una sonrisa socarrona en los labios. Probablemente nunca lo habría admitido, pero él también estaba orgulloso. La relación entre mi padre y yo podría describirse, en pocas palabras, como "complicada". Cuando era más joven, fue el mejor padre del mundo.Siempre me apoyaba en todo, siempre dedico tiempo a sus hijos. Desde que se convirtió en alcalde de la ciudad, siguiendo los pasos de su padre, el estrés le había ido carcomiendo y la persona antaño alegre se había convertido en un arribista casi tenaz.

Acababa de salir de la oficina de la universidad con el diploma en el bolsillo. Y, evidentemente, mi familia no había desaprovechado la ocasión para festejar con un pequeño comité de bienvenida.

"¡Miranda, las flores!", gritó mamá con entusiasmo, mirando por encima del hombro a mi hermana, que estaba de pie un poco más lejos, con una cara que expresaba un enfado absoluto. Cuando se unió a nosotras, me tendió un precioso ramo: un enorme girasol flanqueado por chillonas gerberas amarillas. Las flores procedían casi con toda seguridad del jardín de mamá, su gran pasión.

"Oh, gracias mamá", me alegré. El amarillo era mi color favorito. Amarillo, como el sol. Si la alegría tuviera un color, sin duda sería el amarillo.

"Entra primero, tenemos otra sorpresita para ti en el salón".

Seguí a mi familia y ya en la puerta me llegó a la nariz el delicioso olor a asado. Cuando mis ojos se posaron en la mesa del comedor, reconocí un delicioso festín.

"Pensamos que estaría bien derrochar para celebrarlo". Papá se frotó el estómago demostrativamente. "¡No deberíais haberos

tomado tantas molestias!".

"Eso es lo que les dije", sonó la voz de Miranda desde fuera del comedor.

Mamá me sonrió feliz. "Te mereces lo mejor". A mamá le encantaba hacer regalos. A veces tenía la sensación de que le gustaba más hacer regalos que recibirlos. Miranda ya estaba sentada en la mesa cuando papá se me acercó con una cajita. Conmovida, la cogí y, al abrirla, una encantadora y delicada cadena brillaba en su interior. De la cadena de plata colgaba un pequeño colgante: un diminuto corazón granate.

"¡Dios mío, mamá, papá! Es precioso". Mi madre ya estaba detrás de mí, ayudándome a ponerme la joya.

"¿Podemos comer ya, por favor?". Miranda interrumpió este momento tan significativo para mí. Como siempre. A veces tenía la sensación de que ella me envidiaba por celebrar los éxitos o porque nuestros padres me prestaran más atención. Pero se trataba de mi graduación, carajo. No iba a dejar que me lo arruinara después de tantos años de estudio y trabajo duro.

Unos instantes después estábamos sentados a la mesa ricamente puesta. Mamá había pensado realmente en todo: un jugoso asado, patatas a las finas hierbas, verduras varias y una ensalada. En el centro de la mesa había también una pequeña tarta de chocolate de postre y junto a ella pequeñas brochetas de fruta. Probablemente un equipo de fútbol entero podría haberse alimentado con toda esa comida.

"Está delicioso, mamá", dije entre bocado y bocado.

"En eso tiene razón, Susan. Está delicioso. Te has vuelto a superar". Mi padre cortó una patata y la mordió. "Por cierto, deberíamos hablar de la campaña alguna vez".

"¡Oh, papá, otra vez no!", refunfuñó Miranda, que había permanecido callada. "Política esto, política lo otro. Siempre se trata de esta estúpida política".

Hugh Dunlap, con las sienes manchadas de un digno plateado, frunció el ceño. Quería a Miranda, como supongo que se quiere siempre a un polluelo. Pero en este punto los dos nunca estaban de acuerdo. Cuando se trataba de celebraciones familiares o comidas

juntos, casi se podía esperar a que el aire empezara a estar tenso. Porque mi padre no podía evitar hablar de política. En realidad, nuestra familia tiene un bufete de abogados, pero él era alcalde con alma y corazón. Decidió pasar por alto el comentario de Miranda.

"Pronto se celebrarán las elecciones a la alcaldía y tenemos que ganarlas. El destino del rancho y nuestro futuro depende de estas elecciones".

Sentí que me empezaban a sudar las palmas de las manos. Si hubiera echado un vistazo a mi smartwatch, habría visto con seguridad que mi pulso se aceleraba como loco. Desde que era pequeña, mi mayor deseo era seguir los pasos de mi padre. Quería formar parte del ayuntamiento, igual que él entonces. Y quería dirigir el rancho que había pertenecido a la familia Dunlap durante generaciones y que se había convertido en el centro neurálgico de la comunidad de Prescott. El rancho no sólo era un hito histórico en la ciudad y estaba estrechamente ligado a la historia de Prescott, sino que también era donde tenían lugar todos los acontecimientos importantes: la feria anual, los actos benéficos, los bailes.

"Papá, sobre eso...". Hice acopio de todo mi valor, pero se me hundió el corazón. "Ya que tengo la graduación en el bolsillo, me gustaría centrarme en lo que es realmente importante para mí. Y eso es la ciudad y el rancho. Me gustaría...". Me había estado mirando las manos, pero cuando levanté la mirada, me encontré con los férreos ojos del alcalde Hugh Dunlap.

"Carrie, ya hemos hablado de esto antes", dijo.

"Podrías centrarte por completo en las elecciones si me confiaras el rancho. Y para mí, sería un primer paso en la dirección correcta". Hacia mis sueños.

"Creo que tu compromiso es realmente grande, Carrie. Pero acabas de salir de la universidad. Has estado sentada en aulas abarrotadas y estudiando libros hasta este momento. Nunca has trabajado en un negocio antes, y mucho menos dirigir uno. Lo siento, cariño. Pero no puedo confiarte el rancho".

Sentí que se me hacía un nudo enorme en la garganta. A través de mis ojos empañados por las lágrimas, me pareció ver algo parecido a una sonrisa en la cara de Miranda.

"Papá, no quiero nada más que eso. Podría cubrirte las espaldas. Y entraré en política tarde o temprano, como tú".

"Pero todavía no. Tienes que ganarte la confianza, Carrie. No puedes esperar que confíe en alguien sin ninguna experiencia con el rancho".

Me hubiera gustado protestar, pero ni una palabra salió de mis labios. Sabía que era inútil discutir con mi padre. Ese era uno de sus puntos fuertes y una de las razones por las que era un buen alcalde. Una vez que se decidía por algo, no se movía ni un milímetro.

No quedaba nada del ambiente festivo. Miranda miraba fijamente su comida, pero pude vislumbrar una sonrisa en sus labios. Mamá parecía entristecida. Siempre me había apoyado en mis sueños, pero al menos en lo que a eso se refería, tampoco podía convencer a papá de hacer nada. ¿Y papá? Dio un monólogo durante el resto de la comida sobre por qué ganar las elecciones era crucial para el rancho y cuál era la mejor manera de organizar la campaña.

"¿No estás contenta?", la voz de mi padre me llegó mientras hurgaba desganada en mi plato con el tenedor. Hacía unos instantes que no le escuchaba.

"¿Qué?".

"Me pregunto si no estás contenta de que te haya conseguido el puesto".

"¿Qué puesto?" Uf, no iba a mejorar el humor de mi padre con esta admisión directa de que no le había estado escuchando.

"Trabajarás como becaria en la oficina a partir del lunes".

Sentí que se me iba todo el color de la cara y que una sensación de náuseas se extendía por la zona del estómago. ¿Unas prácticas en su bufete? Eso era lo último que quería.

***

Y sin embargo, el lunes por la mañana, entré en el bonito edificio de ladrillo que aún databa de la época fundacional de nuestra ciudad. Con nostalgia, miré hacia la calle. Preferiría tanto estar en el rancho. Pero no servía de nada. Mi padre siempre conseguía lo que quería, incluso en aquel momento.

"¡Hola, Carrie!", me saludó Rod cuando entré en la oficina. Rod tenía la misma edad que mi padre, pero ahí terminaban las similitudes. Rod Hankins era el socio de mi padre. Siempre llevaba camisas de colores y una sonrisa en los labios. Aún no había llegado el día en que no estuviera de buen humor. Era lo que se dice una persona alegre. Sólo en la sala del tribunal podía cambiar de un momento a otro y convertirse en un abogado duro. A veces, cuando le miraba así, me recordaba a mi padre.Era tan alegre cuando sólo era abogado. Rod siempre me recordaba dolorosamente dónde habría estado mi padre si hubiera tomado un camino diferente, menos ambicioso.

"Me alegro de verte, Rod". Me abrazó.

"Me alegro de verte", balbuceó feliz. "Sabía que empezarías con nosotros tarde o temprano. Y quién sabe, quizá pronto seas Socio Junior". Me guiñó un ojo cariñosamente. Sabía que lo hacía con buena intención. Rod era mi padrino y le conocía de toda la vida. Él y su mujer Melinda eran de la familia.

Después de charlar un poco, el propio Rod se ocupó de enseñarme mi lugar de trabajo. Conocía la oficina como la palma de su mano. Había pasado muchas horas allí, cuando mi padre aún no era alcalde pasaba mucho tiempo trabajando en la oficina Después sólo su nombre se asociaba con la oficina. Sólo para algunos clientes selectos dejaba la alcaldía y se ponía la toga.

Mi lugar de trabajo era acogedor. Rod había puesto flores frescas en mi mesa y yo tenía una magnífica vista de la ciudad. Incluso podía divisar a lo lejos la montaña Mingus, que dominaba nuestra ciudad. Rod me dio una carpeta para que me abriera camino. Comencé a hojear con desgana, pero el entusiasmo que había observado tantas veces en Rod y también en papá no se materializó. En lugar de eso, empecé a mirar el reloj y a calcular los minutos que tendría que estar aquí sentada.

Y este procedimiento se repitió día tras día hasta que completé la primera semana. Aunque los compañeros eran agradables, el trabajo en sí me parecía horrible. Pocas veces me había sentido tan desanimada y abatida en mi vida.

Capítulo 2 - Alex

Dejé que mis ojos vagaran entre la multitud. La sala estaba abarrotada, el público apretujado como sardinas en lata. Escuchaban mientras hablaba y esperaban, embelesados, cuando hacía una pausa significativa. Todo el público eran hombres, jóvenes y mayores. No era de extrañar. El curso que había desarrollado se llamaba "El curso de riqueza para solteros" y estaba dirigido a solteros de todas las edades que querían enriquecerse con su estilo de vida. Y yo era la mejor prueba de que podía funcionar. No sólo hice una fortuna con mi coaching de vida, sino que también viví mi vida mejor. Y todos estos hombres querían hacer lo mismo. No podía culparlos por querer hacerlo.

"¡Gracias, gracias chicos!", hice una leve reverencia mientras en la sala empezaban a aplaudir y el público me festejaba como si fuera una estrella del pop o algo así. Cuando salí del escenario por la pequeña entrada lateral, me sentí genial. Ver cómo podía inspirar a esos hombres para que hicieran algo por sí mismos y disfrutaran de sus vidas siempre me producía una sensación estimulante. Mi padre me había acusado a menudo de vivir tan bien gracias a nuestra fortuna familiar y de que todas las fiestas y el ser mujeriego me llevarían a la tumba. Pero ya se lo había demostrado a él y a todos los demás.

Mi teléfono vibró cuando entré en el camerino. En realidad, nada me apetecía más que quitarme el traje, ponerme algo más cómodo y beberme una botella de agua. Hacía un calor espantoso fuera, y en esta habitación era aún peor. Pero al final eché mano del aparatito que nunca, ni siquiera en eventos como éste, soltaba.

"¿Sí?", dije en el micrófono, pero inmediatamente me sentí culpable. Después de todo, la persona al otro lado de la línea no podía evitar que yo estuviera deseando una ducha fría y un poco de paz y tranquilidad.

"Um. Siento molestarte".

"Heather", mi voz ya se volvía más amistosa al reconocer la voz de mi asistenta. La chica era aún joven, inexperta y, lo más importante, mi prima. Por eso la había contratado, porque con todas las demás asistentas anteriores había acabado en el dormitorio tarde o temprano. Y luego, cuando les rompía el corazón a las chicas, renunciaban. No podía estar buscando constantemente una nueva ayudante, así que contraté a Heather. Eso no podía pasarme con ella. Era como una hermana para mí.

"Me pediste que te llamara en cuanto llegara el informe".

"¿Y?", inquirí con curiosidad. Hoy se publicaban las últimas cifras de las empresas más influyentes y yo sabía que mi empresa estaba muy cerca de la barrera de los mil millones.

"Dos millones de dólares".

"¿A los mil millones?".

"Sí, exactamente", confirmó Heather, pero pude oír en su voz que había más.

"Suéltalo". Heather nunca había sido capaz de ocultarme nada. Y si pasaba algo, yo podía intuirlo.

"Bueno, Build-Up Hearts dio una rueda de prensa tras el lanzamiento". Eso no sonaba bien. Build-Up-Hearts era la empresa competidora. "Se han propuesto superar a Stacks-Life".

"Esos completos idiotas", comenté, deteniéndome bruscamente. Por un momento tuve la sensación de que las paredes del pequeño pasillo se cerraban sobre mí, pero sabía que era sólo la rabia que sentía en las tripas lo que me hacía ponerme rojo. Respiré hondo. Una vez. Dos veces. "¿Así que intentan superarnos? Pueden intentarlo durante mucho tiempo".

Heather murmuró algo, pero no la entendí bien.

"Muchas gracias por hacérmelo saber".

***

"John, quiero que Stacks-Life sea la empresa de life coaching con más éxito que haya visto Estados Unidos".

John, mi gerente, agitaba su pajita en la bebida que tenía delante. Una de esas sombrillitas adornaba el vaso y, por el color

antinatural de la bebida, ya me di cuenta de que no iba a poder tragarme aquel brebaje. Probablemente algo con baya de saúco y un sorbo de prosecco. Agradecido, le di un sorbo a mi whisky.

"Quiero que todo el mundo conozca Stacks Life. Quiero que los hombres de toda América hayan oído hablar de nosotros, por lo que a mí respecta, incluso los de Europa".

"Te has propuesto eso", dijo John con un brillo en los ojos, pero luego se puso serio. "¿Qué tienes en mente?".

"¿En entrevistas? ¿O programas de entrevistas? Podría hablar de mi filosofía de vida y...".

"Un reality show".

"¿Qué?".

"Bueno, un reality show. Eso es".

"¿Quieres decir como ese programa con las Kardashians?".

"Exactamente. Piénsalo. Hace unos años, ni una sola persona conocía a Kim Kardashian y a su familia. A día de hoy, no creo que nadie sepa realmente a qué se dedican. Pero ganan una fortuna y todo el mundo las conoce".

Al principio, sentí inquietud al pensar en la gente que me veía en la pantalla durante mi vida. Sabía que todo estaba montado en estos programas. Claro. Pero si te seguían las cámaras 24 horas al día, 7 días a la semana, seguro que en algún momento se te caía la máscara, y sinceramente no me apetecía.

Pero el punto de John tenía mérito. Las Kardashian se habían hecho mundialmente famosas gracias a su programa y en ese momento no tenían ni productos ni negocio. Yo, en cambio, tenía algo que comercializar además de mi cara bonita. Tal vez un reality show era justo lo que necesitaba. Y limitaría las grabaciones para que no filmaran toda mi vida.

Capítulo 3 - Carrie

Lo odiaba todo de este trabajo, excepto a Rod, claro. Se había tomado muchas molestias conmigo y me había dado un trato especial. Me dio acceso a algunos expedientes especialmente emocionantes y tenía que hacer tareas mucho mejores que las del típico becario. Sin embargo: no podía y no se me permitía seguir así, porque estas prácticas no me llevaban más lejos. Ni podría seguir los pasos de mi padre y convertirme en político, ni me acercaría más a mi sueño de hacerme cargo del rancho. Sentía que los días en la oficina eran un desperdicio de mi vida, así que al final de la semana me acerqué a Rod, que me recibió en su despacho con ojos cómplices. Sin dirigirme a él, asintió.

"Has durado mucho, Carrie".

"No pasa nada". "Sinceramente, lo sospechaba incluso antes de que entraras en el despacho. Conozco tus sueños, Carrie. Y no tienen nada que ver con esta oficina". Se levantó y se acercó a mí para poner su pesada mano en mi hombro.

"Lo siento mucho, Rod".

"No lo sientas. De verdad que no. No te disculpes por perseguir tus propios sueños". Sonrió. "Aunque tampoco sé cómo se lo vas a explicar a tu padre".

Y tenía razón. De camino a casa, mi mente daba vueltas como una rueda de hámster. ¿Cómo iba a hacerle entender a mi padre que el bufete no era el lugar para mí? ¿Cómo iba a convencerle de que me confiara el rancho? Tenía miedo de confesarle a mi padre que había abandonado las prácticas. Pero tenía aún más miedo de enterrar mis sueños.

Cambié de acera para llegar al aparcamiento del bufete, estaba parada en un semáforo y observé a un padre con su hija pequeña. Los dos estaban de pie al otro lado del cruce y parecían absortos en una animada conversación. El padre se inclinaba un poco para que su hija no tuviera que estirarse tanto. Le hablaba muy seriamente, no como si sólo tuviera seis o siete años. Tenía la mano apoyada en

la espalda, dispuesto a protegerla de cualquier mal. Sabía que mi padre me quería. Y yo le quería a él. Pero nunca habíamos tenido ese tipo de relación y probablemente nunca la tendríamos. La envidia me picó en el corazón.

Una vez en el coche, decidí no precipitarme. No tendría que contárselo a papá de inmediato. Rod se quedaría callado y era viernes. Así que no se darían cuenta si no conducía hasta la ciudad al día siguiente. Y para el lunes, podría encontrar una buena oportunidad para hablar de ello.

***

Pero había hecho mis cálculos sin pensar en mi hermana.

"¡Ha dejado las prácticas!". Miranda me señaló con el tenedor mientras se reía de nuestro padre. Pude ver cómo la sangre se le iba de la cara, dejando una fachada pálida como la tiza. Mamá se atragantó con un trozo de patata.

"¿Tú qué?", retumbó mi padre tras un ominoso segundo de silencio. "Dime que no".

Mi mente iba a mil por hora. ¿Cómo iba a saber Miranda que había abandonado las prácticas? Por otra parte, Prescott, con sus poco menos de 40.000 habitantes, tampoco era una ciudad especialmente grande: la gente se conocía a menudo por las esquinas. Y la gente cotilleaba.

"Papá, yo...". La desesperación me hizo llorar. En el pasado, lo sabía, mi padre habría aceptado esta decisión. Probablemente incluso me habría apoyado. Pero seguramente tampoco hubiera tenido que aceptar el trabajo, porque papá me conocía lo suficiente como para saber que el trabajo en el bufete no era para mí. Estaba enfadado conmigo. Me recorrió una oleada de nostalgia. Añoranza del hombre que fue una vez y que rara vez brillaba.

"¿Sí?", me interrumpió con voz imperiosa. Sólo quería salir corriendo de la habitación, conducir hasta el rancho y esconderme en algún lugar junto a los establos y dejar que el olor de los caballos me adormeciera. En lugar de eso, vi palpitar las arterias del cuello de mi padre.

"Odiaba ese trabajo. Totalmente", se me escapó la verdad. "Te agradezco mucho que me hayas organizado esto, pero no puedo. El bufete de abogados no es donde me veo. Quiero ser político. Y quiero trabajar en el rancho. Eso es lo que realmente quiero". Suspiré suavemente e intenté captar la mirada de mi madre. Parecía pensativa. Sabía que sólo quería lo mejor para nosotros. Pero también sabía que ella no llevaba la voz cantante en este matrimonio. En los últimos años, me pregunté muchas veces por qué una mujer que en realidad era tan fuerte se ponía voluntariamente a la sombra de su marido.

"¿Qué quieres hacer en el rancho? Es imposible que puedas dirigirlo. No tienes experiencia para eso. ¿Quieres limpiar los establos? ¿Cosechar los campos?".

"Bueno, podría...".

"No, Carrie. No va a funcionar. El rancho necesita una gestión experimentada. Especialmente en este momento, con la campaña electoral a la vuelta de la esquina. Y desde luego no voy a tener a mi hija, que acaba de graduarse en la universidad, trabajando en el campo o en los establos".

"Pero tú no puedes concentrarte en el rancho. La campaña electoral te exige mucho".

"¿Y crees que puedes cubrirme las espaldas?", retumbó.

"No lo he dicho así...". Me callé, sabiendo lo inútil que era discutir con él.

"¿Sabes qué, Carrie? Está bien". Su voz adquirió un matiz gélido, pero sus palabras me hicieron levantar la vista. "Tengo un proyecto que está directamente relacionado con el rancho. Un equipo de rodaje quiere filmar una serie. Si consigues llevar el proyecto con éxito, ya veremos".

No volvió a mirarme durante la cena, pero pude intuir que era mi oportunidad. La oportunidad que había estado esperando durante tanto tiempo.

***

"¡Bueno, esto es justo lo que siempre has soñado!", se alegró Amanda por mí. Mi mejor amiga, por supuesto, conocía mi gran deseo de dirigir el rancho y seguir a mi padre en la política local. "No entiendo por qué te estresas tanto. Sólo disfrútalo y demuéstrale a tu viejo de qué estás hecha". Sus palabras deberían haberme animado. Deberían haberme recordado que tenía un éxito que celebrar. Pero una sensación de hundimiento se había instalado en la boca de mi estómago. ¿Y si realmente no estaba a la altura y mi padre acababa teniendo razón? ¿Y si fracasaba? Después de todo, tendría que pedirle que me mantuviera trabajando en la oficina y su cara luciría una sonrisa triunfal.

Suspiré: "Tienes razón. Aun así, me da miedo".

Amanda se echó su larga melena rubia platino por encima del hombro, lo que unido a su atuendo y su descarado maquillaje la hacían parecer una muñeca Barbie. Sin embargo, rápidamente se podía ver que no era en absoluto una muñeca tan superficial si se miraba detrás de la fachada.

"¿Sabes qué?". Vamos a celebrarlo. Tenemos motivos suficientes, después de todo".

Mi mirada se deslizó hacia abajo. "No puedo ir a ningún sitio así, mejor veamos una película".

Amanda saltó de la cama y corrió hacia su armario.

"¡Oh no, no!".

"Oh, sí qué quieres".

"Amanda, las dos conocemos el contenido de tu armario y también sabemos que nada de lo que hay me sienta bien".

"No seas así y pruébate esto". Rebuscó en el abultado armario y finalmente sacó un trozo de tela negra que a primera vista no podía pertenecer en modo alguno a una prenda completa y que a segunda vista se reveló como un mini vestido. Miré la escasa prenda con escepticismo. Era corto, condenadamente corto. Pero al menos no era de uno de esos colores chillones que tanto le gustaban a mi amiga.

"Venga, pruébatelo". Con cara de dolor, cogí el vestido de su mano y me lo probé en el baño. Cuando me vi en el espejo, al principio se me cortó la respiración. El vestido me cubría el trasero

con mucha dificultad. Pero cuando me miré más de cerca, tuve que admitir que me quedaba bastante bien. El vestido era muy sencillo, tenía un corte un poco asimétrico y sólo tenía un adorno dorado de filigrana en el lateral. Me gustaba. Y resaltaba, mezclado con mi pelo oscuro, esos ojos verde pálido que me gustaban especialmente de mí. Además, el vestido me hacía un poco más delgada sin dejar de acentuar mis curvas.

"Mira como te queda".

"Tienes buen tipo, debo admitirlo". Amanda asomó la cabeza por la puerta y me puso un pulgar hacia arriba.

"Estoy segura de que también encontraremos zapatos". Lo haríamos, estaba segura. Si había algo mejor surtido que el armario de Amanda, era su armario de zapatos. Y como teníamos la misma talla de pies, lo que había resultado ser una verdadera bendición en la escuela primaria cuando retozábamos por el rancho y sus zapatos quedaban incrustados de barro después, eso tampoco sería un problema.

Ni siquiera un cuarto de hora más tarde, poco antes de las nueve, estábamos sentadas en el pequeño coche de Amanda y nos dirigíamos a M-Pire, el club más de moda de la ciudad. Me sentí un poco perdida ante la idea. Normalmente era reacia a ir a esos sitios. Pero pensé en el hecho de que me había graduado y que podría demostrar mi valía en el rancho. Bailar toda la noche no me vendría mal para celebrar todos los logros y también para despejarme.

Aparcó el pequeño coche rápidamente y no tardamos en entrar en la discoteca. A nuestro alrededor la gente bailaba ondulante y atronaba la música. Aunque al principio me sentí un poco abrumada por el volumen, pronto sentí que la música se apoderaba de mí. Amanda sonrió con picardía cuando se dio cuenta.

"Suéltate", soltó una risita y tiró de mí hacia la pista de baile.

Y lo hice. Bailamos durante horas y, al final, incluso el miedo a que el escaso vestido se subiera y dejara todo al descubierto se desvaneció.

"Necesito un descanso", jadeé. Amanda, por su parte, seguía bailando. "Voy al bar a tomar algo".

Me abrí paso entre la multitud de cuerpos y finalmente llegué a la sala contigua, donde la música sonaba un poco más tenue. Aliviada, me di cuenta de que aún quedaba un asiento libre en la barra. Me subí con cierta torpeza al taburete de la barra, el vestido me quedaba bien, el diseñador era realmente bueno. cogí mi bolso y miré la pantalla de mi teléfono y me di cuenta de que era más de medianoche. Con razón me dolían los pies.

"¿Qué le sirvo?", me preguntó el camarero cuando llegó mi turno.

"¿Qué me recomienda?", pregunté, esperando que sonara a flirteo. Me resistía a admitir que sabía tanto de bebidas y cócteles como de altas matemáticas.

"¿Qué tal un Seabreeze?", me guiñó el tipo del delantal y con el pelo alborotado. Parecía guapo, pero probablemente tendría unos 20 años y, por tanto, unos cuantos menos que yo.

"Vale, me encantaría". No sabía lo que había detrás de ese nombre, pero desde luego necesitaba unas vacaciones junto al mar.

"Lo mismo digo", sentí una corriente de aire a mi lado cuando sonó una voz cálida y profunda.

"Enseguida".

"¿También necesitas un poco de mar?", pregunté, girándome, con la broma atascándose en mi garganta mientras miraba el impactante rostro de mi vecino. Sinceramente, nunca había visto un hombre tan fascinante en toda mi vida.

"¿Qué?". Claramente no entendió mi pequeño juego de palabras, o mi humor era tan profundo hoy que no podía reírse de mi broma.

"No importa". Le di la espalda y me centré en el camarero, que parecía estar haciendo malabares con las botellas. De ninguna manera iba a quedarme mirando al desconocido, pues temía que si lo hacía no podría apartar la mirada. Incluso en el breve vistazo que le eche, me di cuenta de lo atractivo que era. No era una belleza clásica, parecida a los modelos de Calvin Klein o Hugo Boss. En cambio, su rostro era de una belleza austera, destacando en él una sombra de barba y una de sus cejas marcada por una cicatriz.

"Y tu nombre, ¿importa?". Intenté sonreír, pero sentí que me había avergonzado más de la cuenta. Respiré hondo antes de intentar reunir toda mi confianza.

"Carrie, me llamo Carrie".

"Encantada de conocerte, Carrie. ¿Viene Doug a la vuelta de la esquina, o está bien si me uno a ti?".

Vaya. Mi miedo de haber hecho un chiste jodidamente malo se evaporó al instante. Lo cual, hay que reconocerlo, me intrigó un poco el hecho de que aludiera a King of Queens. Me encantaba esa serie y cada vez que no me encontraba bien, desenterraba los viejos episodios y me sentaba frente al televisor con un trozo de helado.

Lo miré con curiosidad. Sus ojos eran del color del hielo glacial y brillaban aún más en contraste con su pelo oscuro. Un color de ojos inusual para un hombre cuyos rasgos no sugerían precisamente los de un típico americano blanco.

"¿Y con quién tengo el placer?".

"Alex", sonrió y me tendió la mano. Era suave y descansaba cómodamente en la mía, ni sudorosa ni fría como el hielo. Su apretón de manos fue firme y, cuando volvió a soltarme, me dolía un poco el meñique por el fuerte contacto.

Los minutos siguientes pasaron volando. Alex y yo charlamos. Bebimos otro Seabreeze y después pasamos a las cervezas. Este tipo me fascinaba tanto que apenas notaba mi visión cada vez más borrosa y mi lengua cada vez más pesada. En algún momento nos sentamos muy cerca el uno del otro. Podía sentir el olor agrio que emanaba de él.

"Vámonos a casa", una voz me sacó del pensamiento que acababa de intentar expresar en lenguaje hablado.

"¿Qué?", arrastré un poco las palabras y miré a Alex, la persona que se nos había unido. Amanda tenía la ceja derecha levantada con escepticismo y, si yo hubiera estado más sobria, habría sabido que no se creía lo que estaba viendo.

"A casa, ya. Venga, vamos a coger nuestras cosas del guardarropa".

"Pero si todavía no quiero y pensaba que estábamos aquí celebrando mi éxito", protesté en voz alta.

"¿El éxito?", sondeó Alex, pero le ignoré. No habíamos hablado de cosas privadas hasta ese momento y tan borracha como estaba, tampoco quería empezar.

"Vamos, Carrie. Tienes que irte a la cama".

"No eres mi madre", gemí más lloriqueando de lo que pretendía.

Alex, que se había mantenido al margen, se aclaró la garganta. Sus palabras sonaron incluso mucho más razonables que las mías, pero sabía que él también había bebido.

"¿Qué tal si duerme conmigo esta noche? En el hotel. En el sofá, por supuesto". Se rió a carcajadas, como si acabara de hacer el mejor chiste de la noche.

"No, no creo que sea una buena idea...".

"Oh, Amanda." " No seas tan... tan...".

"Aguafiestas", Alex saltó y nos reímos.

"Carrie, esto no es gracioso. Estás borracha como una cuba. Y no es posible que te quedes a dormir en casa de un desconocido".

"No es un extraño para mí. Es Alex. Ya está. Tú también lo conoces".

Los ojos de Amanda iban de mí a Alex y viceversa. Podía ver la desesperación en sus ojos, pero estaba demasiado fuera de mí como para sentir lástima por ella y seguirle la corriente.

"Carrie, yo...".

"Vete a casa, yo me quedaré aquí. Todo el mundo es feliz. Me dijiste que me divirtiera por una vez".

La contradicción ya estaba en sus labios, pero permaneció en silencio. En cambio, miró de nuevo a Alex.

"Será mejor que mañana esté de una pieza". Amanda era de todo menos mojigata y tampoco se oponía nunca a una aventura de una noche. Le di crédito por preocuparse tanto por mí.

"Tú", con la punta del dedo me atravesó la caja torácica, "llámame inmediatamente si pasa algo, ¡me has pillado!".

La miré, perpleja.

"¿Lo entiendes, Carrie?".

"Sí, sí lo entiendo".

"¿Qué hotel?", preguntó a Alex.

"El Hawk Inn de enfrente". Abrí los ojos con sorpresa. Había que pagar un buen dinero por ese lugar.

"Si no se nada de ella mañana a las diez de la mañana, iré a buscarla. Con la policía". Enfadada, Amanda salió corriendo sin decir

ni una palabra más. En algún lugar de mi interior, una voz aún sobria me susurraba que debía irme con ella y que no podía arriesgarme a que mi amiga se enfadara conmigo. Pero otra voz, la que estaba a mi lado, preguntó con una sonrisa: "¿Nos ponemos un poco más cómodos?".

***

El paseo hasta el hotel había sido corto, pero el aire frío me había hecho pensar con un poco más de claridad. Me dirigía a la habitación de hotel de un hombre jodidamente caliente. Estaba lo suficientemente bulliciosa, gracias al alcohol, como para simplemente disfrutarlo. Y sentí que me invadían sentimientos de felicidad.

En el ascensor, Alex pulsó un botón cuya inscripción me costó descifrar: "Suuuiiiite. Espera, ¿te alojas en la suite?".

Sonrió y guardó silencio. Ya había adivinado que Alex tenía dinero. Pero esto era harina de otro costal.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, dejaron ver una magnífica suite que abarcaba toda la planta. Las telas de los muebles tapizados parecían no poder permitírmelas en la vida. Tenía una necesidad imperiosa de tocarlos y a la vez miedo de ensuciarlos. Alex siguió mi mirada.

"Vamos", me cogió de la mano y nos tambaleamos juntos hacia el caro sofá. Me resistía a dejarme caer con la ropa apestando a bar, pero Alex me dio un empujoncito.

Mis manos se enterraron en la suave tela mientras amortiguaba el balanceo.

"Qué suave", murmuré de forma completamente irracional y probablemente también bastante avergonzada.

Pero no llegué a concentrarme más en la tela porque de repente sentí los suaves labios de Alex sobre los míos, saboreé su aliento cargado de alcohol.

Me besó tan apasionadamente como nunca antes me habían besado. Su mano recorrió mi mejilla y bajó hasta mi cuello. Se me puso la piel de gallina. El vestidito negro sólo cubría un poco, así que

su mano se posó en mi piel y se deslizó cada vez más abajo hasta abrazar mi trasero. Su tacto era áspero, exigente, pero no desagradable. Se despertó en mí un anhelo que nunca antes había sentido. El deseo de ser poseída por este hombre.

Gemí suavemente mientras me agarraba. Su respiración era más rápida y podía oír un gruñido bajo que salía de su garganta, lo que me excitó más. Hombre, este tipo era tan caliente. En una escala del 1 al 10, él era un 100. Completamente fuera de mi alcance, lo que lo hacía aún más excitante.

Lo acerqué más a mí y profundicé nuestro beso mientras sus manos avanzaban por el dobladillo del vestido, desapareciendo finalmente bajo la tela negra y la seda de mis bragas. Cuando me penetró primero con uno y luego con dos dedos, solté nuestro beso y gemí con avidez. Sus dedos se abrieron, provocando en mí sonidos más animales que humanos. Gimoteando, me arqueé hacia él para que pudiera penetrarme más profundamente. Mientras hundía otro dedo en mi interior, empezó a mover la mano rítmicamente. Sentía cómo mis entrañas palpitaban y lo apretaban con fuerza. Quería más, mucho más.

"Te gusta, ¿eh?", respiró contra mi cuello antes de arrodillarse. Me separó las rodillas con suavidad pero con firmeza. El vestido se deslizó hacia arriba, dejando al descubierto mi parte media, que él liberó de la seda húmeda de las bragas. Cuando bajó la boca y me lamió suavemente antes de empezar a chupar, casi perdí el sentido. Mi sequía había durado más de lo que pensaba.

Sus labios rodearon suavemente la piel de mis labios vaginales, pero su lengua era áspera y posesiva. Lamió varias veces la sensible perla de mi centro antes de penetrarme con la punta de la lengua. Sentí sus gemidos como vibraciones entre mis piernas y casi me volví loca.

"Sabes bien", murmuró sonriendo mientras se echaba un momento hacia atrás. Me miró a los ojos y sentí que se me paraba el corazón. Me pareció un depredador. Un depredador feroz, hermoso sin medida. Y con esa codicia en los ojos, volvió a bajar la boca y empujó con la lengua.

Los fuegos artificiales se abrieron paso y pude sentir las pulsaciones cada vez más fuertes hasta que explotaron. Cuando casi me había corrido gritando la primera vez, Alex se levantó.

"Levántate", me ordenó y me levanté con las rodillas temblorosas y las piernas tambaleantes. Mis entrañas seguían contrayéndose gozosamente. Pero aunque mi cuerpo se sentía como si hubiera corrido una maratón, quería más.

Y él no me hizo esperar. Sus manos juguetearon con mi vestido hasta que quedó tirado en el suelo a mi lado. En una fracción de segundo, estaba desnuda delante de él, aún con su pesado traje negro. En sus ojos había una codicia que nunca había visto en un hombre, pero probablemente sí en los depredadores.

Me sonrojé bajo su mirada, pero él sólo sonrió. Una sonrisa torcida. Pesada, lujuriosa y sin embargo... ¿honesta? Esta expresión le daba algo de niño, lejos de esta codicia salvaje. En mi interior, la visión sólo hizo que aumentara mi expectación por él. Lo deseaba con toda mi alma.

Un momento después, volví a sentir sus fuertes brazos rodeándome mientras me acomodaba en el sofá. La fina tela del asiento me acariciaba el trasero y la espalda. Este material me sentaba mejor de lo que jamás hubiera imaginado.

Alex se colocó frente a mí y se desnudó sin prisas. Casi parecía como si estuviera retrasando deliberadamente el momento sólo para verme mejor. No era un striptease, parecía demasiado despreocupado por la imagen que me daba. Y sin embargo, la visión era increíblemente sexy. Se desabrochó la camisa. Lentamente. Botón a botón. A diferencia de mi vestido, dejó la camisa con relativa delicadeza sobre el sofá. Luego se quitó los pantalones, que se deslizaron por sus piernas con un movimiento suave. Contuve la respiración al darme cuenta de lo que iba a pasar.

Capítulo 4 - Alex

"Estaba buenísima", solté, trazando sus curvas en el aire. Brad soltó una risita y Henry abrió los ojos de golpe. "He tenido muchas mujeres, pero ella tenía un cuerpo fenomenal y se dejaba llevar. Era muy especial". Suspiré pesadamente y pensé en Carrie, la chica de la noche anterior. Lástima que no recordara los detalles. El alcohol había hecho algunas lagunas en mi memoria.

"Bueno, entonces tuviste una noche inolvidable", sonrió Brad. "Seguro que tú también necesitabas esa pequeña distracción".

"¿Qué quieres decir?", me animé.

"Bueno, pensé que estabas de fiesta porque viste el precio de las acciones de Build-Up Hearts y necesitabas emborracharte un poco". Mi compañero se encogió de hombros, pero yo notaba que empezaba a burbujear dentro de mí. Stacks-Life era mi bebé. Yo había hecho crecer esta empresa y esta empresa amateur me estaba robando mi lugar en la cima.

"Lo siento, tío. Pensé que lo sabías". No, no lo sabía. Y mis amigos probablemente vieron la sorpresa en mi cara. Cogí mi bebida, pero ni siquiera eso pudo calmar mis nervios.

"Cálmate, Alex", interfirió Henry, que había permanecido bastante callado hasta entonces. "Estarás bien", intentó animarme.

"¿Tú qué sabes? Tú con tu trabajo seguro de 9 a 5 en el que no tienes que preocuparte de nada...", le regañé, bajando la mirada y fijándome en las venas del dorso de la mano, que destacaban de forma poco saludable. Mi tensión probablemente estaba por las nubes.

"Vamos, Alex. No hace falta que nos menosprecies", intervino Brad. Mis dos compañeros habían ido a la escuela primaria conmigo. Habían rechazado los trabajos que les había ofrecido en mi negocio y habíamos jurado no pelearnos nunca por dinero. Y normalmente a los chicos no les importaba que yo estuviera en un nivel completamente diferente en la liga salarial. Cuando estábamos

juntos, volvíamos a ser los tres niños, corriendo por la calle en nuestras bicicletas de montaña.

"Lo siento", refunfuñe, sabía muy bien que había cometido un error y que definitivamente no podía desquitarme con ellos. "Voy a tomar el aire".

Tenía que salir de allí. Fuera del bar. Fuera de las cuatro paredes que me rodeaban. Había una ira irracional burbujeando en mi interior ante la situación y sentía que me estaba volviendo loco. En mi infancia, mi padre nunca perdió la oportunidad de menospreciarme. Toda mi familia siempre había creído que no saldría nada de mí. Siempre decían, Alex, el chico que siempre andaba por ahí y no se tomaba nada en serio. Quería demostrarle a ellos y a mí mismo que podía ser el mejor. Quería ser el mejor.

"¿John?", había cogido inconscientemente el teléfono y tecleado el número de mi mánager.

"¿Mm?", murmuró el joven pero capaz hombre al otro lado de la línea.

"¿Cómo vas con el marketing? Te dije que necesitaba más publicidad". Sonaba antipático, lo sabía. Pero no tenía ganas de tranquilizarme.

"Estoy en ello, Alex. Algo así no se hace de la noche a la mañana".

"Las acciones de Build-Up Hearts ya han subido de la noche a la mañana, me acabo de enterar".

"Escucha, lo del reality show".

"¿Sí?".

"He encontrado un lugar donde podemos rodar. Un rancho. Es propiedad de un político local. Nada menos que el alcalde Dunlap. Podrías montar un piso de soltero allí para el show, recoger mujeres y esas cosas. Tal vez incluso llevar a alguna chica allí contigo". Me reí cínicamente en mi mente. Este iba a ser el programa más corto del mundo en lo que se refería a llevarse a una sola mujer a la cama.

"Vale, bien. A mí me parece bien", dije en su lugar. "Envíame los datos, quiero ponerme en contacto con el responsable. Quiero acabar con esto lo antes posible".

***

"¡Señor Dunlap! Encantado de conocerle", le tendí la mano al caballero que tenía enfrente, que la cogió con cierta vacilación.

"Señor Stacks, encantado de conocerle".

Nos sentamos en los cómodos sillones de cuero, que casi se perdían en el enorme salón. Una chimenea en el lado opuesto daba a la estancia un encanto rústico pero acogedor. Sobre la chimenea colgaban algunos retratos. Una foto de familia. Fotografías individuales de dos niñas. Una de las niñas, de unos cinco o seis años en el cuadro, me resultaba familiar. Pero no quería parecer que me quedaba mirando el cuadro. Me volví hacia el tipo que tenía enfrente.

"¡Lindo lugar el que tienes aquí!",le felicité por la oficina. John no había prometido demasiado, la granja podría haber salido de un libro de ilustraciones del oeste. Fuera, algunos mozos de cuadra correteaban, los caballos estaban en los prados, brillando al sol, y en el campo de arena un joven estaba adiestrando a un caballo cuando llegué en mi coche. Delante de la vieja casa, al más puro estilo, había una enorme varanda con decoración suficiente para toda una tira del oeste. Sin embargo, a excepción de la oficina, la casa estaba vacía. Dunlap me había contado durante la pequeña visita que sus padres vivían aquí, hasta que compró y reformó una pequeña villa no muy lejos, la propiedad había estado vacía desde que su padre murió y su madre se trasladó a una residencia de ancianos.

"Vaya al grano, señor Stacks". La voz algo ronca del hombre mayor me desconcertó. Por lo que yo sabía, además de político era abogado. ¿No tenía que ser especialmente diplomático?

"Bueno, me gustaría hacer una especie de reality show aquí en el rancho", empecé a explicar. "Una especie de dating show". Intenté presentarle la idea del programa lo mejor que pude, pero ya me daba cuenta, por su ceño cada vez más fruncido, de que no le gustaba nada la idea.

"Señor Stacks, de acuerdo. Pero no creo que quisiera un espectáculo así en mi rancho". Frunció el ceño. "Soy político y abogado, como seguramente sabe. La tele-basura", enfatizó la

palabra como si fuera algo patético, "no sería muy buena publicidad para el rancho que está estrechamente asociado con mi propio nombre y el de mi familia".

"Entiendo sus preocupaciones, señor Dunlap. Pero puede estar seguro de que su rancho y su reputación no se verán perjudicados".

"¿Puede prometerme eso?", resopló. Pero la pregunta era puramente hipotética, porque no me dejó responder en absoluto. "La verdad es que no me lo planteo mucho".

"¿Qué te parece la idea si te ofrezco un millón por ella?". De repente hubo movimiento en la expresión de Dunlap. Parecía estar haciendo números en su cabeza, sopesando si un poco de tele-basura en su rancho valía el equivalente a un millón de dólares.

"Mm... De todas formas, estaba barajando la idea de traspasar el rancho a mi hija", reflexionó de repente en voz alta. Se me ocurrió que debía de ser gilipollas. Si realmente le importara la buena reputación de la familia y del rancho, no metería a su hija en el asunto. Pero sonreí, porque realmente quería rodar en este rancho.

"Bueno, podrías construir fácilmente otro rancho con ese dinero. Quién necesita el viejo entonces", sonreí e hice un movimiento de tirar. No estaba sonriendo, pero parecía que le había tocado la fibra sensible.

"Tiene razón, señor Stacks. Creo que tiene razón".

"También me encantaría conocer a su hija y trabajar con ella", le afirmé aún más.

"Seguro que sí", murmuró Dunlap y preferí ni siquiera cuestionar el tono ambiguo. Y lo que es más importante, abandoné el estudio y el rancho unos minutos después. Con un trato hecho con un apretón de manos. Yo pagaría a Dunlap un millón y a cambio él me cedería el rancho, que le daría a su hija, para el rodaje.

Capítulo 5 - Carrie

"¡No es posible que hables en serio!", exclamé mirando a mi padre desconcertada. El político que siempre estaba tan preocupado por su imagen iba a poner el rancho a disposición de la producción de semejante espectáculo de sordidez? "El rancho goza de una reputación enormemente buena por aquí. Si metemos en el rancho a un vividor como ése y luego monta aquí un espectáculo de desprestigio, nos habremos jugado nuestra buena reputación". Pensé en todas las consecuencias que eso acarrearía. Nuestro salón de banquetes se utilizaba a menudo para bodas o fiestas de empresa. ¿Y qué dirían los socios criadores? Teníamos algunos sementales Quarter y Paint Horse de primera clase, pero si rodamos aquí una serie de tele-basura, sería una burla para nuestro programa de cría.

"Es un hecho, Carrie". Papá abrió de un empujón la puerta de su despacho y dejó que se cerrara de golpe, por lo que casi me choco con ella al seguirle.

"Eres un político y el dueño de este rancho. No puede ser que te convenga asociarte con un programa como éste", me quejé.

"Tienes toda la razón, querida". Odiaba el tono en que me hablaba, abismal. Tan condescendiente. Tan arrogante. Era mi padre y le quería. Pero en ese momento, me recordaba más a un vómito. "Por lo tanto, el rancho ya no será mío en este momento".

"¿Lo vendes?", se me escapó con tal pánico que mi voz fue más bien un chillido. Cuando me ofreció la posibilidad de supervisar el rodaje de la película, todo sonaba a que iba a tener mi oportunidad. Que podría demostrar mi valía,con ese proyecto y tal vez hacerme cargo del rancho algún día.

"No, te lo regalo. A ti". Estaba sentado detrás de la pesada mesa de caoba, sin levantar la mirada durante unos segundos. Sentía la adrenalina correr por mis venas. ¿Me lo estaba dando? ¿Seguro que había decidido confiar en mí y cederme el rancho? ¿Mis sueños se

hacían realidad después de tanto esperar? Pero entonces me atravesó la cabeza como una flecha envenenada.

"¿Cuál es la trampa?".

"¿La trampa, Carrie? Oh, vamos, no pienses eso. Sólo pongo como condición que esta serie se pueda rodar en el rancho". Se aclaró la garganta. "Me he dado cuenta de que tenías razón. Quiero poder concentrarme más en el bufete y en la política. El rancho me ha costado mucho tiempo y dinero. Más de lo que podría haberme devuelto. Si quieres dirigirlo, no me interpondré en tu camino. Pero el rodaje está en marcha".

Sus palabras eran definitivas, lo sabía. Su tono no admitía discusión. Me mordí la lengua para no decir nada precipitado. Era cabezona. Pero mi padre también lo era. Si le contestaba, podría cancelar todo y acabar vendiendo el rancho a un extraño. El rancho estaba tan estrechamente ligado a nuestra familia como nuestra sangre. No permitiré que eso ocurra. Furiosa, salí de la oficina.

***

"¿No puedes hablar con él?". Estaba junto a mi madre en la cocina. Removiendo varios ingredientes, probablemente horneando sus famosos brownies, que eran lo primero que desaparecía en todas las fiestas del Día de los Fundadores.

"Carrie, cariño, tu padre no va a dejar que me entrometa en eso". Suspiró pesadamente. Ella también había sufrido el cambio que mi padre había hecho en los últimos diez años.

"Pero mamá, no es posible que él quiera un espectáculo de tele-basura como ese en nuestro rancho. No importa quién sea el dueño entonces, su nombre estará asociado a él".

"No lo sé, Carrie. Pero estoy segura de que tu padre lo tiene todo pensado. Lo siento, pero no puedo ayudarte en eso".

Estaba tan frustrada que me dolía. Quería desahogarme. Gritar. Despotricar. Y llorar. Estaba tan cerca de mi objetivo y, sin embargo, sentía que no había dado ni un paso más. Todo lo contrario.

"¿Mal día?". Miranda estaba sentada en el sofá de la sala cuando salí de la cocina. Sinceramente, era la última persona a la que quería

ver en ese momento. Miranda nunca estuvo de mi lado. Éramos hermanas, pero nunca había sentido entre nosotras ese supuesto vínculo mágico entre hermanos. Así que asentí secamente y me senté en el sillón junto a la chimenea. Mis ojos se posaron en las fotos familiares de la pared. Miranda y yo celebrando el Día de los Fundadores. Mis padres en su boda. Una foto mía con mi caballo en una de nuestras exhibiciones.

"Ahora escúpelo".

Pensé mucho en hablar con Miranda sobre esto. Nunca había sido una buena hermana y nunca me había ayudado ni aconsejado. Pero era la última persona a la que podía recurrir para que me apoyara.

"Papá quiere darme el rancho". Me di cuenta de que estaba confundida.

"Así que eso es lo que querías". Apenas podía pasar por alto el agudo matiz de su voz, pero apreté los ojos y sacudí la cabeza antes de continuar.

"Pone como condición que me filmen un programa de telebasura en el rancho. Nuestra imagen quedaría arruinada".

"Carrie", la voz de Miranda adquirió un tono serio y menos sarcástico. "¿Sinceramente? Olvídate ya del estúpido rancho. Tienes un título excelente. Haz algo con él. También hay buenas oportunidades profesionales en otros campos. Desde que eras pequeña, has querido ser político y dirigir el rancho. Como papá. ¿Por qué no haces lo tuyo? ¿Por qué quieres ser como papá? Míralo, ¿es eso realmente lo que quieres? ¿Tú también quieres cambiar como él?".

Suspiré pero no contesté. ¿Y si por fin tenía que quitarme de la cabeza ese sueño de niña pequeña y seguir adelante? Por otro lado, no podía evitar pensar en todos los días felices en los que había salido corriendo de nuestra mansión por la mañana y había corrido al rancho de mis abuelos. Cómo mi abuelo me había enseñado a montar y la abuela a hacerme amiga de un caballo, cómo habíamos cultivado verduras en el huerto y cómo Jack, el mozo de cuadra, me había dejado montar en el tractor. El rancho era la cuna de nuestra

familia y estaba estrechamente ligado a tantos recuerdos maravillosos. Y me encantaba trabajar con los caballos.

"Piénsalo, Carrie. Pero creo que es mejor que no te hagas cargo del estúpido rancho". Con eso, se levantó y salió de la habitación. Mi cabeza retumbó. ¿Y si mi hermana tenía razón? Tal vez realmente sería mejor pensar en alternativas. Sinceramente, ¿tenía realmente alguna posibilidad de conseguir un puesto en la política? ¿Haría, como mi padre, carrera política? ¿O simplemente languidecería en algún colegio electoral haciendo café mientras otros estaban en la cima?

Casi inconscientemente, cogí mi teléfono y llamé a una plataforma en la que se podía buscar empleo. No estaba segura de lo que buscaba. Honestamente, ni siquiera sabía por qué estaba buscando un trabajo. Por qué no me limitaba a saltar por encima de mi sombra, conseguir la estúpida foto del programa y luego dirigir el rancho como siempre había imaginado. Ampliar el programa de cría. Contratar a otro entrenador. Tal vez obtener una licencia de entrenador. Meterme en política. En cambio, me desplacé a través de los listados. Algunos aquí, en el barrio. Otros en ciudades lejanas. ¿Y si empezaba una nueva vida en otro lugar?

Capítulo 6 - Alex

Los cubitos de hielo de mi vaso ya empezaban a derretirse cuando la llamativa figura de John, mi representante, se abrió paso por fin a través de la puerta de la pequeña cafetería.

"Aquí estás", le saludé impaciente. "¿Y bien?".

El hombre se sentó frente a mí y, casi como para provocarme, primero se quitó la chaqueta y echó un vistazo al menú. Luego soltó:

"Si tenemos suerte, podrás hablar en una de las mayores conferencias de negocios del mundo. ¿No es fantástico?".

"¿Si tenemos suerte? ¿Qué quieres decir?".

"Todavía está por confirmar, pero soy muy bueno...".

"¿Por qué aún no está confirmada mi presencia, John?". Podía sentir la impaciencia con respecto a la tardanza de John, sentía la sangre corriendo por mis venas. "Te dije hace unas semanas que necesitaba publicidad desesperadamente. Buena publicidad. ¿Y todo lo que puedes conseguir es una cita con el dueño del rancho, un par de cámaras y una aparición en un evento que ni siquiera está confirmado?".

"Alex, yo... ¡Realmente estoy haciendo lo mejor que puedo! Pero tu modelo de negocio no es para todos. Los corazones Build-Up se centran en la atención plena, el yoga y todas esas cosas. Está totalmente de moda. A todo el mundo le encanta. Nuestro público objetivo, en cambio, es un poco más difícil de alcanzar".

"¿Te refieres a hombres jóvenes que quieren tener éxito con las mujeres y en sus trabajos? No lo dices en serio, ¿verdad? Es imposible que tengamos menos demanda que un par de gurús del yoga que encienden sus varitas de incienso a las seis de la tarde en punto", respondí con sorna. Sentí que la ira se apoderaba de mí. "¿Sabes lo que pienso? Que tengo un director completamente incompetente".

"Alex...".

"Déjalo ya, John. Estoy realmente cansado de las excusas. Creo que es el momento óptimo para empezar a buscar un nuevo

gerente".

"No puedes hacer eso".

"Sí, puedo hacerlo. Y lo haré".

Cogí mi cartera y dejé 10 dólares sobre la mesa. Mucho más de lo que había costado la limonada, pero tenía suficiente dinero para dar la propina correspondiente. Sin mediar palabra, salí corriendo de la pequeña cafetería.

***

Cuando entré con el coche en la larga entrada de la casa de mis padres, sentí un nudo en el estómago. Mis padres y yo habíamos acordado que vendría a cenar una vez a la semana. Y por el bien de mi madre, siempre cumplía. Pero por lo que respecta a mi padre, siempre me sentía incómodo en cuanto entraba en casa bajo su mirada escrutadora.

Así que no me di especial prisa en meter mi Mercedes AMG Clase G en la pequeña plaza de aparcamiento de grava reservada a los invitados. Acaricié con cariño el volante del coche. Aunque estaba tan encaprichado de mi coche como muchos hombres, mi coche era diferente de los deportivos de los demás: un todoterreno de lujo y confortable. A veces soñaba que un día tendría suficiente dinero y suficiente éxito para dejar de viajar tanto. Entonces me compraría una cabaña en el bosque, tendría un perro y pasaría allí la mitad de mi vida. Podía oler literalmente el aroma de las agujas de pino. Pero esta ensoñación se interrumpió bruscamente cuando llamaron a la ventanilla. Mi padre estaba junto a la puerta del conductor.

"Hola, hijo mío", me saludó cuando abrí la puerta. Sabía que me quería. Y no es que siempre hubiera sido un mal padre para mí. Yo también le quería. Pero era... complicado. Mi padre siempre había querido un trabajo sólido para mí y una vida con los pies en la tierra. Después de todo, él había hecho algo. Y lo mismo había hecho su padre antes que él. Un vistazo a la finca familiar lo confirmaba. Pero cuando empecé a pasar mis vacaciones semestrales como un playboy, me cerró el grifo por primera vez. Nuestra buena relación se enfrió y las acusaciones aumentaron. Más aún cuando convertí mi

estilo de vida en una profesión. Mi padre no me había dado ni seis meses por aquel entonces. De eso hacía ya casi diez años y unos cuantos millones.

"Hola, papá". Caminé a su lado hasta la casa donde mi madre ya nos esperaba. Había vuelto a preparar la comida más deliciosa, prescindía con orgullo del ama de llaves o cocinera y cuando, una hora más tarde, tomamos el último bocado, estaba a punto de reventar. Los pantalones me apretaban mucho más que antes.

Mientras mi madre se escabullía a la cocina, mi padre me dirigió una mirada apreciativa.

"¿Cómo va el negocio?". Sabía que lo preguntaba por educación. En realidad, no le interesaba saber cómo iba Stacks-Life ni si yo tenía éxitos o no. En secreto, siempre tuve la sensación de que sólo esperaba que me arruinara para poder unirme a su empresa o, al menos, seguir un camino diferente.

"Muy bien".

"Build-Up-Hearts ha repuntado bastante, ¿eh?", se hizo eco. Por supuesto, como todo el mundo, tenía que insistir en esto.

"Mh", gruñí.

"Quizá deberías volver a pensar en mi sugerencia de la última vez", me espetó. Recordé su oferta. Iba a empezar a trabajar en su empresa. Una empresa de construcción. Fundada por algún bisabuelo. El orgullo de mi padre. Pero no el mío.

"Gracias, papá. Pero tengo un objetivo en mente, ya lo sabes".

"Sí, lo sé. Convertirte en el entrenador de vida con más éxito. Pero chico, eso son tonterías".

"¿Tonterías? Papá, eso es exactamente lo que la gente necesita. En estos tiempos. Muchos están completamente desorientados. Yo puedo darles perspectiva. Mostrarles cómo triunfar en la vida".

"Quieres decir, cómo ponen un colchón tras otro".

Ouch. Sabía que no era así. Oírlo de mi padre seguía doliendo.

"Papá, estoy teniendo éxito con ello. Y el éxito va en aumento. He echado a John, voy a...".

"¿Has echado a John?", se hizo eco mi padre, atónito. John, hay que reconocerlo, no sólo había sido mi representante. John era también un viejo amigo del colegio y, no menos importante, el hijo

de uno de los amigos de mi padre. "¿Has echado a John? ¿Por qué?", retumbó, mirándome completamente atónito.

"No estaba haciendo su trabajo".

"Alex, era el mejor de su curso. Estuvo lealmente a tu lado todo el tiempo. Sabe lo que hace. ¿Por qué demonios lo echaste?".

"Le dije hace semanas que yo...".

"Estabas impaciente, ¿eh? Como siempre lo fuiste. Cuando eras niño, si no te daban el osito enseguida, llorabas como un mariquita. Con tu calentura, ya no lloras. En cambio, arruinas las relaciones comerciales y cometes errores".

Me habría gustado derramar el contenido del jarrón de flores sobre la cabeza del hombre sentado frente a mí, que se parecía tanto a mí, pero no me atreví. Sólo habría reforzado su postura.

"Sabes qué, papá, tal vez sea hora de suspender esta relación para siempre. Me pregunto por qué demonios sigo viniendo aquí cada semana aunque no tengas ni una palabra buena que decir de mí. ¿Cuándo vas a aceptar que me gusta hacer lo que hago? ¿Y que se me da bien?". Resoplé, aunque no era mi intención. "¿Sabes qué? Todo esto es innecesario. No tengo por qué aguantar esto". Me levanté, tirando la silla en la que había estado sentado. Cogí las llaves del coche y corrí hacia la puerta por la que me había escapado alegremente de niño para jugar en el enorme parque de la urbanización.

"No puedes hacerle eso a tu madre", me gritó mi padre, pero yo ya no le escuchaba. En ese momento, simplemente no me importaba nada. Cerré la puerta de un portazo y entré corriendo en el coche.

No fue hasta que entré en mi coche, estaba sentado en el asiento de cuero con el motor en marcha listo para irme lejos, y en aquel momento miré mi teléfono.

"Hola, Alex. Sé que me has despedido. También es el último mensaje mío. Te quieren en la conferencia. Te enviaré el número por mensaje de texto. Entonces puedes resolverlo todo por ti mismo. John".

Debajo, John había adjuntado un contacto. Al menos estaba eso. Al menos podría hablar en la conferencia. Los representantes más

importantes de muchas industrias estarían allí. Y yo podría dar a conocer aún más mi nombre. Y con él, Stacks-Life.

Capítulo 7 - Carrie

Seguiría adelante. Me lo debía a mí misma y se lo debía al rancho. Amaba este lugar con todo mi corazón y no iba a permitir que la descabellada idea de mi padre desacreditara el negocio por el que generaciones de nuestra familia se habían dejado la piel. Acabaría con ello y luego trabajaría con más ahínco en la buena imagen del rancho. Nadie se acordaría de este reality show una vez que pusiera en marcha mis planes.

Pero por mucho que me convenciera y por mucho coraje que me infundiera, recorrí el largo camino de entrada a la granja con una sensación de impotencia. La vista de los caballos pastando tranquilamente en el prado no pudo calmarme esta vez. Cuando vi los numerosos coches y la gente correteando desde lejos, me hubiera gustado dar media vuelta y esperar que aquello lo deshiciera todo. Pero no podía darme la vuelta. Eso significaría que rompería el trato con mi padre y entonces él vendería el rancho a un inversor cualquiera que no tuviera nada que ver con el patrimonio familiar.

Era el primer día de rodaje de esa maldita serie que probablemente avergonzaría a nuestro rancho, y ya tenía los nervios a flor de piel. Mi estado de ánimo no mejoró cuando vi que el aparcamiento estaba lleno de remolques. Todavía no podía creer que mi padre pusiera en peligro el prestigio histórico del rancho por unos pocos dólares, de los que realmente tenía suficientes. Le quería, pero en aquel momento no pude evitar preguntarme qué estaba dispuesto a hacer por dinero. ¿Era realmente tan avaricioso?

Aparqué el coche en uno de los prados que no se utilizaban para pastar. Salí lentamente del coche, pero dejarlo para más tarde no ayudaba. Me acerqué al establo y eché un vistazo a las yeguas con sus crías. No estaban en boxes, como era habitual en otras granjas. Este era uno de los cambios que ya había podido imponer con mi padre en años anteriores. Los establos de los distintos grupos eran espaciosos y estaban conectados con una gran zona abierta para que los animales pudieran moverse a sus anchas. Sólo había algunos

boxes para los caballos enfermos, las yeguas muy preñadas o las yeguas cuyos potros tenían pocos días.

Mientras me apoyaba en la pared del establo, vi cómo más coches, remolques y personas se unían a la multitud que ya estaba allí. El patio se estaba llenando de gente. Me preguntaba dónde se suponía que estaban rodando cuando había cámaras, gente y coches por todas partes. Ya no era el idílico entorno de un rancho.

Un vistazo al reloj me indicó que mi cita con el responsable del rodaje era inminente. Habíamos quedado a las 9 de la mañana para conocernos. Esa misma mañana empezaría el rodaje. Sin embargo, yo no sabía con quién ponerme en contacto. Hasta ese momento, mi padre se había encargado de todo lo relativo al rodaje. Así que yo tampoco sabía cómo era el siniestro cerebro que dirigía todo.

"Disculpe", me acerqué a una joven que pasaba a mi lado con un café en la mano y una carpeta. Me miró molesta. "Oiga, espere un momento. ¿Dónde puedo encontrar al señor Stacks? ¿Ha llegado ya?". Debería, porque eran casi las nueve.

"¿Qué quieres?", me arengó la mujer. El pelo le colgaba un poco desordenado en la cara. La expresión de su cara dejaba claro lo que pensaba de que yo le hablara así. Probablemente no sabía con quién estaba hablando. O simplemente no le importaba. Para las pelusas del espectáculo, yo era probablemente sólo la idiota del pueblo que puso su granja a disposición.

"Estoy buscando al señor Stacks. Tenemos una cita en", miré mi reloj, "dos minutos".

"Mira, realmente no tengo tiempo para esto". Me interpuse en su camino para que al menos se detuviera un momento. Seguro que no era mucho pedir. Pero en lugar de irritarse, pasó a mi lado tropezando conmigo, no sé si por accidente o a propósito. Lo que sí sabía era que de repente me ardía el brazo. Su taza de café cayó al suelo, dando manotazos, después de haber vertido la mitad de su contenido sobre mí.

"Vale", le grité, "¡ya he tenido bastante! Soy la dueña de este rancho y exijo que me lleve a su supervisor inmediatamente".

"¿Hay algún problema aquí?", interrumpió una agradable voz masculina. Me giré y vi a un hombre alto. Probablemente era un

poco mayor que yo. Llevaba una camisa de cuadros metida por dentro de unos pantalones vaqueros. Llevaba un cinturón con una hebilla enorme, de las que se utilizan en la equitación del oeste y que también suelen premiar en los torneos. Estaba seguro de que el suyo no tenía ningún significado y procedía de alguna chamarilería. "Alex Stacks. ¿Y tú eres Carrie Dunlap?". La mujer del equipo de rodaje se volvió hacia Stacks y lo miró con expresión amorosa. Mi mirada también se desvió hacia su rostro, pero estaba oculto por una gorra de visera. Sus ojos estaban en la sombra, pero algo me resultaba familiar en el gesto anguloso de su boca. No sabía dónde lo había visto antes. Por otra parte, estaba aquí para hacer un espectáculo. Tal vez lo conocía de alguna revista de cotilleos.

"No, está bien, señor". Contestó a la pregunta que él le había hecho primero, sin prestarme más atención.

"¿Todo bien? Tu compañera de trabajo acaba de derramar la mitad de su café sobre mi brazo sólo porque le pedí que hiciera algo". Soné más enfadada y me sentí más agraviada de lo que realmente estaba. Probablemente era un efecto secundario de los sentimientos que todo este alboroto estaba causando en mí.

"Alice, ¿es eso cierto?".

"Yo, bueno...". Se giró como una colegiala a la que regaña el profesor que le gusta en secreto. Yo, por mi parte, levanté las cejas y me señalé el brazo.

Stacks miró de mí a Alice y viceversa, como si quisiera hacerse una idea exacta de la situación. A medida que le miraba, la sensación de que le había visto antes se hacía cada vez más insistente. Había visto a este hombre antes. Pero no sabía dónde. Probablemente había visto un cartel o algo así. Por lo que yo sabía, era una especie de gurú del estilo de vida. No me interesaban esas cosas, pero estaba segura de que su imagen había aparecido en alguna revista o folleto publicitario.

"Lo siento mucho, señorita Dunlap", pero su voz sonaba cualquier cosa menos comprensiva. Probablemente lo decía para no poner en peligro el rodaje. "Y Alice, en cuanto a ti... No puedes hacer eso, lo siento. Espero profesionalidad absoluta de la gente con la que trabajo. Por supuesto, se te pagará por cada hora que ya

hayas trabajado en el proyecto. Pero más allá de eso, me temo que tendremos que separarnos".

"Pero... Pero... Señor Stacks, ¡necesito el dinero! Por favor!", había lágrimas brillando en sus ojos. Pasé de un pie a otro avergonzada. Sinceramente, tampoco me pareció justa la reacción, con café y groserías o sin ellas.

"Lo siento mucho, pero es mi última palabra. Váyase. La señorita Dunlap y yo queremos hablar de algo antes de empezar a rodar". La espantó con una mano como si fuera un insecto molesto. Me quedé con la boca abierta ante tanta sangre fría. ¿Así que tenía que trabajar con este tipo los próximos días, incluso semanas? Ya odiaba a este hombre. Y más cuando Alice rompió a llorar y salió corriendo.

"Tú... Tan... Argh", resoplé y me aparté de Stacks para correr tras Alice. Que se había portado mal, sin duda. Pero eso no era motivo para echar a una joven a la que claramente le vendría bien el dinero.

"Alice, espera", grité tras ella, pero la chica no se detenía. Cuando la alcancé, le puse la mano en el hombro y la giré para que me mirara.

"¿Qué más quieres? ¿No te basta con que esté en paro? ¿Cómo demonios se supone que voy a pagar mis facturas?".

"Lo siento muchísimo, no era mi intención".

"Oh bueno, pasó de todos modos. No te importa una mierda. Tienes este hermoso rancho aquí y sin duda suficiente dinero. Yo no", me gritó. Cuando estaba a punto de replicar, otro sollozo desgarrador me interrumpió. "Primero pierdo a mi hijo, encima he perdido mi trabajo. ¿Sabes lo que te hace eso? ¿Perder el trabajo? ¿Perder un hijo? Maldita sea....", se mordió los labios, visiblemente avergonzada por su repentino arrebato de emoción y por la información que claramente no había querido compartir conmigo.

"Lo... Lo siento muchísimo. Quiero decir..." Nos quedamos en silencio un momento. "¿Te gustan los caballos?", pregunté finalmente de la nada, a lo que Alice se limitó a mirarme sin comprender.

"Qué, quiero decir, sí, claro. ¿A quién no?", sonrió brevemente entre lágrimas. "Bueno, por eso solicité ser temporal en el rodaje.

De adolescente me volvían loca los caballos y siempre soñé con tener mi propio poni. Pero nunca pudimos permitírnoslo".

"¿Te gustaría trabajar en un rancho?", le sonreí, esperando fervientemente que no se lo tomara a mal. En lugar de eso, se rió suavemente, con un sollozo aún resonando en ella. La chica parecía tan destrozada en aquel momento: tenía los ojos inyectados en sangre y ojeras de grasa. Si le hubiera prestado un poco más de atención, seguro que me habría dado cuenta antes de que tenía un mal día y habría reaccionado mucho menos injustamente.

"Sí, me encantaría. Porque estoy buscando trabajo, ya sabes", bromeó a medias.

"Vale", me alegré sinceramente y le acaricié el brazo. "¿Ya conoces el edificio de oficinas? Tendré una conferencia rápida con el señor Stacks, luego iré allí y hablaremos de todo lo demás". Alice asintió y siguió su camino. Detrás de mí oí de repente unos aplausos.

Al girarme, miré la cara cínica de aquel hombre tan guapo.

"Chapeau. Pocas veces me he sentido avergonzada por alguien en tan poco tiempo. ¿Qué fue todo eso, Dunlap? ¿Primero enfrentas a la chica conmigo y luego la contratas?".

¿Desenmascarado? Despediste a una joven desesperada porque cometió un error. "¡Eso es inhumano!", le grité. Sabía que tenía que mantener la boca cerrada. Dependía del favor de este hombre. Si decidía llevar su espectáculo a otra parte, estaba jodida.

"¿Primero te pones así porque Alice te derramó café en el brazo y luego te quejas cuando lo aprovechas a tu favor?".

"Ajá, ¿a mi favor? Me habría bastado con que simplemente le hubieras dicho a tu empleada que tal vez debería ser un poco más amable. No te pedí que pusieras a la pobre chica en la calle". Mi voz había adquirido un siseo amenazador. Este tipo, aunque condenadamente guapo, era un asqueroso hasta la médula.

Frustrada y despistada, me llevé la mano al pelo y tiré de la goma que sujetaba el moño. Cuando mi pelo quedó abierto sobre mis hombros, levanté la vista.

"Un momento. ¿Tú?".

"¿Ya hemos pasado al tuteo?".

"¿No eres tú la chica de M-Pire?".

Mi cabeza empezó a zumbar y en cuanto lo dijo, se me cayeron las vendas de los ojos. El tipo no me había parecido tan familiar porque hubiera visto su cara en algún estúpido póster o en alguna revista. Me resultaba familiar porque había tenido con él el mejor sexo de mi vida unos días antes, había desaparecido a la mañana siguiente y me había dejado dinero en la mesa. Al recordar este último detalle, me puse roja y di un paso atrás.

"Me alegro de volver a verte", sonrió irónicamente, sin avergonzarse lo más mínimo. Por su expresión soñadora, me di cuenta de que él también estaba recordando nuestra noche juntos. Joder, mi nuevo socio era mi ligue de una noche.

"El placer es mío. Yo... um... Creo que ya está todo listo. Sólo ten cuidado de no asustar a los caballos. Yo... Tengo que ir a la oficina. Alice está esperando allí. Quiero decir, tengo que irme".

Me apresuré a salir sin mirarle de nuevo. Joder, aquello había sido jodidamente embarazoso. Y la sensación que amenazaba con abrumarme seguramente duraría los próximos días y semanas... hasta que él y su jodido cuerpo bien fornido volvieran a abandonar el rancho, para no volver a ser vistos jamás. Y yo creía que la imagen del rancho era mi mayor problema. Deseaba que lo fuera.

Capítulo 8 - Alex

"Bien, allá vamos". Me senté en la paca de heno frente al granero. Steve, el jefe de producción, estaba a mi lado sorbiendo el café que le había traído. "¿Cuál es la mejor manera de empezar?". Steve era un tipo alto y larguirucho. Me había caído bien desde el principio, por eso me sentí bien dándole las riendas.

"Debes de conocer al Bachiller, ¿verdad?". Asentí con la cabeza, aunque no me hacía mucha gracia que pensara en "The Bachelor" en relación con mi programa.

"Pero yo no quiero encontrar a la mujer de toda la vida, quiero seguir siendo Bachelor", argumenté.

"Sí, claro. También me interesa más que te hagas primero una idea general".

Asentí.

"Esto es un rancho. Así que aquí hay muchas jinetes jóvenes y guapas". Señaló a su alrededor y yo le seguí. Llevaba muchos años montando a caballo y había ganado algunos premios, como la gran hebilla que llevaba puesta. Por el momento rara vez tenía la oportunidad, pero esperaba que algún día, el sueño de tener una cabaña en el bosque,y un caballo propio se hiciera realidad algún día. "Y seducirás a tantas de estas jóvenes y hermosas chicas como puedas".

"Vale, ¿y hay tantas chicas en la granja que eso va a funcionar?", pregunté dubitativo. Sólo conocí a una mujer en la granja y ella ciertamente no dormiría conmigo una segunda vez después de la actuación anterior. Steve guiñó un ojo.

"Hemos contratado a un par de actrices, por supuesto".

"¿Creía que esto era un reality?", pregunté, desconcertado.

"Alex, no has prestado mucha atención al formato, ¿verdad? En los realities suelen participar actores aficionados. Las chicas que contratamos son de la ciudad. Saben más o menos dónde se meten". Volvió a guiñar el ojo. Esta vez de forma más ambigua. "Si las seduces, será totalmente real". Se rió y en algún lugar, muy en el

fondo de mi mente, una pequeña resistencia se encendió. Seducir a mujeres era una cosa. Seducir a mujeres que habían sido reclutadas y pagadas por ello, aunque sólo fuera indirectamente, por otro lado, me resultaba extraño. Al final, sin embargo, asentí.

"Sólo hay un problema", insistió Steve de repente, y me di cuenta de que se sentía incómodo.

"¿Y cuál sería?".

"La dueña del rancho, Carrie.... ha hecho toda una lista de reglas. Para proteger la reputación del rancho", imitó su voz dramáticamente. "No quiere que ocurran cosas subidas de tono".

"¿En un reality show que es más o menos sobre sexo? ¿Sobre un soltero enrollándose con tantas chicas como sea posible?".

"Entendido", confirmó Steve. Maldita sea, eso iba a ser un problema.

"Hablaré con ella", suspiré, dejando caer pesadamente mi mano sobre su hombro. Terminé nuestra conversación asintiendo con la cabeza y fui en busca de Carrie.

***

Mientras buscaba a la joven, no pude evitar pensar en nuestra noche juntos. De repente, recordé sus caricias con cada fibra de mi cuerpo, como si el alcohol nunca me hubiera quitado los recuerdos. Era casi como si tuviera su olor en mi nariz. Un ligero toque de miel y vainilla. Podía recordar cómo había sentido su piel bajo las yemas de mis dedos y lo loco que me había vuelto cuando la penetré por primera vez y ella se cerró con fuerza a mi alrededor.

Miré a los lados para ver si alguien me observaba. Sentía que algo se agitaba en mis pantalones y no deseaba que ningún miembro del equipo de rodaje me viera con los pantalones pareciendo una tienda de campaña. Para evitar este bochorno, intenté pensar en otra cosa. Pero no pude. La imagen de Carrie tumbada voluntariamente delante de mí, dispuesta a llevarme dentro de ella, se había grabado a fuego en mi mente.

Me detuve bruscamente. ¿Por qué? ¿Por qué recordaba tan bien aquella noche con ella? Era una entre cientos. Me acosté con tantas

mujeres que era imposible que recordara a una sola con tanta claridad. Sobre todo porque esa noche había estado bastante borracho, como la propia Carrie.

Pero antes de que pudiera seguir pensando en ello, el timbre de mi teléfono me devolvió al presente.

"¿Sí?", pregunté por el altavoz, un poco más gruñón de lo que me hubiera gustado.

"¿Alex? Supongo que te has enterado", era Heather.

"¿Oír qué?", pregunté un poco menos malhumorado, pero más molesto.

"I... Oh, perdona. Pensé que era porque sonabas muy enfadado".

"Escúpelo, Heather". En el momento de silencio que siguió, me imaginé a la mujer menuda meciéndose en la silla del despacho. Era lo que mi prima hacía siempre que tenía que darme una noticia desagradable. Ya de niña odiaba ser portadora de malas noticias. Pero el alcance de las mismas no estaba claro para mí en ese momento, y no podría haberlo imaginado ni en mis peores pesadillas.

"Build-Up-Hearts ha sido vendida". Vale, era una noticia extraña, pero no catastrófica. No me había enterado de que el director general estaba interesado en vender.

"Vale, ¿y a quién?", fue la siguiente y lógica pregunta. Al otro lado de la línea pude oír cómo mi ayudante respiraba agitadamente.

"Al tío Chester", respondió Heather en voz baja y en ese momento sentí que perdía el equilibrio.

"Vale". Fue todo lo que conseguí decir antes de cortar la llamada y respirar hondo. La cabeza me daba vueltas. ¿Mi padre había comprado la única empresa que podía competir seriamente con la mía? ¿Por qué? ¿Por qué iba un contratista a comprar una empresa de life coaching? ¿Qué esperaba ganar con ello? Había exactamente dos posibilidades: O bien iba a deshacerse de Build-Up-Hearts y así ayudarme a llegar finalmente a la cima. O iba a vengarse. Porque si una persona podía vencerme, era mi padre. Y aunque no le hubiera creído capaz de semejante crueldad, estaba seguro de estar en lo cierto con el segundo de mis pensamientos.

Casi en trance, volví a levantar el teléfono, que aún tenía en la mano. Tecleé el número de mi padre y sonó. Una vez. Dos veces. Tres veces. No pasó nada. Ni siquiera después de la quinta vez. El buzón saltó, así que colgué, sólo para volver a marcar el número un segundo después. Lo hice una y otra vez hasta que mi teléfono ya avisaba de que se había quedado sin batería. Frustrado, me lo guardé en el bolsillo. De todas formas, aquí no podría hacer nada. Así que era mejor asegurarse de que el espectáculo fuera un éxito. Y sólo lo sería si me quitaba de encima el problema con Carrie.

***

Empujé la puerta del despacho y eché un vistazo al interior. Habían pasado muchas cosas desde la última vez que estuve allí. Carrie debía de haber remodelado y decorado el despacho antes de hacerse cargo. No quedaba ninguno de los muebles caros de su padre. Tampoco estaban las fotos familiares. Había varios trofeos en un estante en la pared. Yo sólo montaba a caballo por diversión y en algunas competiciones menores, pero me di cuenta de que se trataba de unos cuantos premios importantes. Me pregunté de quién serían. Delante de la estantería había una mesa enorme.Carrie estaba sentada detrás, hojeando una de las carpetas. Parecía molesta. Sospeché que estaba leyendo sobre los asuntos del rancho. Después de todo, yo sabía por su padre que la toma del rancho se produjo al mismo tiempo que el rodaje, así que para ella todo esto seguía siendo territorio nuevo.

"Oye, ¿podemos hablar un momento?", le pregunté con la mayor neutralidad posible, aunque notaba que se me ponía dura de nuevo. Me señaló una silla pequeña que había contra la pared y la acerqué a la mesa. Me senté rápidamente. Por suerte, la mesa ocultaba la mitad inferior de mi cuerpo, pero me crucé de brazos además: no quería correr ningún riesgo. ¿Por qué demonios esa mujer tenía ese efecto sobre mí?

Se inclinó hacia delante y un mechón de pelo le cayó sobre el hombro. Estaba impresionante, a pesar de que apenas llevaba maquillaje.

"¿De qué va esto?", preguntó sonriendo. "¿Quieres darme otra reprimenda sobre Alice?". Había algo sarcástico en su voz y tuve que sonreír. Carrie parecía la chica tranquila de al lado y encajaba perfectamente en este idilio ecuestre, pero la gatita tiene garras.

"No, creo que deberíamos olvidarnos de eso. Me gustan las reglas que has puesto".

"¿Hay algún problema con eso?", repitió ella, recostándose en su silla.

"Bueno, básicamente no. Daré instrucciones a todos los implicados para que las sigan meticulosamente. Al fin y al cabo, quiero que esto funcione".

"Entonces, ¿por qué querías hablar conmigo?".

"Una de las reglas será muy difícil de aplicar. La de las cosas picantes".

"No es negociable, Alex".

"Carrie, el programa es sobre un playboy en un rancho que liga con las vaqueras. No funciona sin un poco de sexo!", exclamé. En ese momento creí detectar un tic sospechoso en la comisura de sus labios. Sus ojos se entrecerraron. ¿Estaba enfadada conmigo? ¿Con el espectáculo?

"No quiero que se asocie el rancho con un lascivo y sus aventuras. Quiero que la gente piense en caballos de primera clase cuando oiga el nombre del rancho, no en unas vaqueras que te montan a ti en lugar de a los caballos", un tono amenazador se coló en su voz, que obviamente intentaba suprimir. "Escucha", continuó señalando con calma, "puede ser que hagas esto para ganarte la vida". Evidentemente, había buscado mi nombre en Google desde que nos conocimos aquella mañana. "Sin embargo, yo gano mi dinero con programas de cría y entrenamiento de caballos de primera clase. Si la gente piensa que el rancho es más bien un peep show, mis clientes habituales huirán de mí".

Asentí. No es que no pudiera identificarme con sus pensamientos. Carrie era, como yo, una empresaria. Y no podía tener mala publicidad.

"¿Qué tal si usamos un poco el programa para darle publicidad al rancho?", le pregunté.

"¿Qué quieres decir?”

"Bueno. Todo gira en torno a mí, por supuesto, y a cómo conseguir el mayor número posible de mujeres", expliqué, "pero siempre podemos ensalzar las virtudes del rancho aparte. Presumir de caballos. Lo bien entrenados que están. Ese tipo de cosas".

Me di cuenta de que estaba pensando. Sus facciones reflejaban una lucha interior, pero luego asintió y yo respiré aliviado.

"De acuerdo. Pero con una condición: Será porno suave. Puedes ponerle un poco de picante, pero nada de desnudos ni escenas de sexo".

"¿Por qué? ¿Crees que no valdría la pena verlas?", se me escapó y me hubiera gustado morderme la lengua enseguida. Empezaba a temer que volvería a echar abajo el trato con mi afirmación cuando, tras un gélido minuto de silencio, ella empezó a reírse a carcajadas.

"No puedo contestar a eso, no recuerdo exactamente lo bueno que eres o si merece la pena verlo, gracias al alcohol". Se rió y yo me reí con ella mientras me hervía por dentro. ¿Se había olvidado de la noche? ¿En serio? ¿Mientras yo pensaba en ello durante horas y seguía recordando su cuerpo y la sensación de tocarla?

Su risa era hermosa. Ella era hermosa. Y el hecho de que no recordara nuestra noche me volvió loco. Me habría encantado tirarla sobre la mesa y follarla en ese momento. El calor bullía en mi interior y me costaba respirar con normalidad.

Un poco presionado, por lo tanto, sólo dije: "Bueno, ¿quizás también sea porque has tenido muchos rollos de una noche últimamente?".

Vale, con eso probablemente me pasé de la raya otra vez. En lugar de eso, se rió.

"Oh no, en realidad no soy una de esas". Vale, eso fue una patada lateral. Porque yo era uno de esos. "Sólo tenía algo que celebrar esa noche. Está bien dejarse llevar un poco".

"¿Qué estabas celebrando?".

"Bueno, que conseguí trabajar en el rancho. No podía saber que me había metido en esto, y me señaló".

Me guiñó un ojo y brotó en mí el deseo de besar a aquella mujer. Pero ese pensamiento me puso en alerta. Yo no besaba a las

mujeres. Las tomaba. La penetraba. Llegué al clímax. Y entonces iba a por la siguiente. No había besos de por medio. Fue entonces cuando me di cuenta de lo atractiva que me resultaba Carrie.

Rápidamente me puse en pie.

"Me alegro de que hayamos podido arreglarlo". Le tendí la mano para cerrar el trato. Y cuando ella me dio la mano, me apresuré a salir de la oficina. Tenía claro que debía mantenerme alejado de aquella mujer. Estaba claro que me estaba nublando la mente.

Capítulo 9 - Carrie

Mamá se había superado una vez más en lo que a comida se refería. Era una buena y apasionada cocinera. Pero ni siquiera el asado y la ensalada más deliciosas podían ocultar el ambiente tenso que se había instalado en nuestra mesa. La villa estaba silenciosa como un ratón. Se podía haber oído caer un alfiler y tanto mamá como Miranda y yo lanzábamos miradas furtivas a papá. Hoy parecía especialmente estresado y cada una de nosotras temía decir algo equivocado. Así que nadie dijo nada. Comimos en silencio y casi respiré aliviada cuando terminamos el postre. Así que la comida pronto llegaría a su fin.

Pero justo cuando estaba a punto de excusarme y levantarme, papá se enderezó.

"Espero de todos vosotros, miró a su alrededor, pero se detuvo en mí, que os comportéis. Cualquier mala conducta por vuestra parte, por pequeña que sea, puede hacer que no gane la reelección. ¿Es eso lo que queréis?".

Era una pregunta retórica, pero dejó que sus palabras calaran hondo. Me sentí incómoda y me desplacé en la silla. Podía entender a papá. En política, había que ser meticuloso con lo que la gente veía. Al menor error o malentendido, tu carrera desaparecía. De hecho, eso era lo único que siempre me había molestado de la política. Por muy buenas que fueran tus intenciones para tu circunscripción y por mucho que te esforzaras, si eras culpable de algo, eras el perdedor. Y eso, aunque los pequeños y grandes escándalos normalmente ni siquiera tenían nada que ver con la política. Así que asentí en señal de comprensión y luego miré a Miranda. Sabía que ella tenía muchas menos ganas de ver a nuestro padre reelegido. Odiaba la política a muerte, aunque nunca había entendido de dónde venía su odio. Probablemente porque papá siempre nos había incordiado con la política. Como lo estaba haciendo en ese momento. No hagas esto, no hagas aquello. No des la cara aquí, no vuelvas a hablar con ese amigo.

En esos momentos, cuando pensaba en lo que ya habíamos sacrificado por la carrera de papá, lo odiaba un poco. Volví a sentir esa rabia, esa ira. Quizá si se hubiera comportado de otra manera, nuestra familia no estaría tan dividida. Tal vez Miranda sería una verdadera hermana para mí y mamá no sería sólo una esposa débil que no podía enfrentarse a su marido. Pero antes de que el nudo de la ira pudiera apretarse, mi padre volvió a levantar la voz.

"Carrie, sobre el rancho...". Oh cielos. Me iba a echar la bronca. ¿Se había enterado de que me acosté con Stacks? Todavía no podía creerlo. Alex Stacks, el empresario que convirtió su mujerío en dinero, se había acostado conmigo. No sabía si eso me parecía gracioso o humillante. Pero, ¿cómo iba a saberlo mi padre? Sólo Alex y yo lo sabíamos. Y tal vez Amanda, si lo reconocía. "Estoy muy orgulloso de ti, Carrie. Estás haciendo un gran trabajo en el rancho. No he oído más que elogios sobre ti hasta este momento. El señor Stacks está encantado de que trabajes con él y Aaron dice que estás haciendo un buen trabajo". Aaron era el jefe de cuadras y el encargado de cuidar de los caballos. "Creo que si sigues haciendo las cosas tan bien, podemos hablar de un trabajito en el Ayuntamiento. ¿Qué te parece?".

***

Me tiré en la cama después de cenar, rebosante de alegría. Vale, el reality aún pesaba mucho en mi mente, y todavía temía que la imagen del rancho se rompiera en mil pedazos si los espectadores veían a un Casanova seduciendo a vaqueras en esta misma granja. Pero en aquel momento estaba más cerca que nunca de mis sueños. Papá no sólo me había confiado el rancho, sino que incluso estaba dispuesto a conseguirme un trabajo en el Ayuntamiento. Era el primer peldaño en la escala profesional con la que tanto había soñado. Los deseos que había acariciado desde que era una niña pequeña estaban a mi alcance por primera vez y ya no parecían sólo un escenario inalcanzable. Sonreí y me perdí en ensoñaciones, imaginándome conduciendo hasta el rancho después de un duro día

en el ayuntamiento y contemplando los potros que nuestras yeguas habían tenido de los sementales ganadores de premios.

Pero mis ensoñaciones se interrumpieron bruscamente cuando la puerta se abrió violentamente. Me incorporé,y vi la cara roja y enfadada de mi hermana.

"No aceptarás su oferta", me dijo y empezó a pasearse por la habitación.

"¿Qué?". Al principio no me daba cuenta de lo que quería de mí. No teníamos una relación especialmente buena, pero pocas veces había visto a Miranda tan enfadada como en aquel momento.

"No te vas a dedicar a la política. ¿No te basta con el rancho?". Me di cuenta de que estaba a punto de volver a hablar de ese tema.

"Aceptaré la oferta", respondí por lo tanto con frialdad. No estaba dispuesta a entrar en esa discusión.

"La política ha destruido nuestras vidas, Carrie. Siempre nos ha obligado a engañar al mundo entero. Engañarnos. Estoy harta. Si también te conviertes en política, la gente sólo me señalará con el dedo". Había un tono quejumbroso en su voz, pero hice caso omiso de él.

"Eres libre de dejar la ciudad y vivir una vida lejos de nuestra familia. En lugar de eso, vives aquí. Con nosotros. En esta casa. Deberías estar al lado de tu familia, Miranda".

"No quiero esto, Carrie. No vas a meterte en política también".

"Sí, lo haré. Ese siempre ha sido mi sueño, lo sabes. Y no voy a sacrificarlo por ti. No puedes pedirme eso". Además, nunca me dio motivos para hacer nada por ella. Miranda, después de todo, ni siquiera movía un dedo por mí.

Un momento de silencio se apoderó de la habitación y sentí esa tensión opresiva como si me rodeara la garganta como si fueran dedos. No era que no entendiera a Miranda. Pero tampoco podía renunciar a mi sueño sólo porque ella sólo pensaba en sí misma.

"¿Sabes qué?", rió maliciosamente, mirándome a los ojos sin ningún amor fraternal. "Me aseguraré de que no te metas en política". Su voz era fría como el hielo cuando dijo esto y un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Miranda era mi hermana pequeña. ¿No deberíamos habernos querido y apoyado

mutuamente? ¿No deberíamos haber sido amigas? En vez de eso, ¿estaba amenazando con destruir mis metas en la vida?

"No te atreverías".

"¿Quieres apostar?", fue lo último que dijo antes de salir furiosa de la habitación. La cabeza me daba vueltas y durante mucho tiempo esa noche no pude dormir. Mis pensamientos giraban en torno al trabajo, Miranda y, sin poder evitarlo, Alex.

***

Al día siguiente supervisé el rodaje. Alex también era un mero espectador. Su aparición tuvo que esperar porque la productora quería rodar antes algunas escenas en la granja. Para los créditos iniciales, para hacer el escenario más tangible para el espectador. Mientras tanto, deseaba que no mostraran el rancho tan de cerca. Cuanta menos gente reconociera la granja, mejor.

"¿Has conocido ya a tus vaqueras?", le pregunté a Alex, que estaba a mi lado apoyado en la valla. Ambos sosteníamos un café. Alex los había traído consigo. Mi café tenía una espumosa corona de leche flotando sobre él y canela y cacao espolvoreados por encima. Me gustaba más así, cosa que Alex difícilmente podía saber. No obstante, me alegré.

"No, pero seguro que no todas son tan guapas como la dueña del rancho", sonrió y me miró de reojo con sus profundos ojos azules. Riendo, me incliné hacia delante para que mi pelo, que hoy llevaba suelto, cayera hacia delante y ocultara cómo me sonrojaba. Ya me había conseguido ya habíamos dormido juntos, su piropo me golpeó sorprendentemente fuerte.

"No creo que ninguna de estas chicas tenga ni remotamente un aspecto tan aburrido como el mío. Seguro que han contratado a algunas rubias rellenitas", me burlé de él.

Alex se rió y dio un sorbo a su café. Era guapo. Estaba un poco bronceado por su estancia en el rancho. Se le veían pequeñas pecas en la punta de la nariz y en las mejillas, que le daban un toque aniñado sin restarle nada a su belleza austera y masculina. Sus ojos almendrados estaban un poco cerrados porque el sol era cegador.

Pero aún se podía ver el brillo en ellos. Era un hombre realmente hermoso, allí de pie, aparentemente soñando despierto.

Sin embargo, de repente se movió y, casi de un tirón, se apartó de la valla en la que estaba apoyado.

"De todos modos, tengo que irme". Su voz era extraña. Fría y, en cierto modo, carente de emoción. Su voz y su expresión facial contrastaba con la forma en que habíamos estado flirteando y riendo segundos antes. ¿Qué demonios le había pasado?

Mientras se alejaba a toda velocidad, sin rumbo aparente, sentí que me cabreaba. Primero se acostó conmigo. Luego se metió conmigo. Luego flirteó conmigo y fue tan amable que pensé que podríamos llegar a ser amigos. ¿Y en ese momento no estaba segura? El comportamiento de Alex me molestaba. Y realmente me molestaba.

Disgustada, recogí mi taza de café, la alegría se había esfumado y entré a trompicones en mi despacho. Al hacerlo, mis ojos se posaron en el calendario que había junto a la puerta de entrada. Ya estábamos a mediados de mes. El tiempo pasa volando. Y... Un momento. ¿Mediados de mes? Debería haber tenido mi período hace mucho tiempo. Era a principios de mes. Llevaba diez días de retraso.

La sangre de mi cabeza corría tan fuerte que no oí abrirse la puerta. Uno de los peones del rancho estaba delante de mí, pero apenas me fijé en él. Hablaba del heno y del pienso concentrado que debía pedir para los castrados y...

"Pide lo que creas que necesitas, Bill".

El joven frunció el ceño, obviamente confundido porque yo sonaba tan frenética y despectiva

"Oh... vale, bien". Me dirigió otra mirada antes de salir de nuevo del despacho.

No podía, no me estaba permitido superarlo. Era imposible. Sólo me había acostado una vez en todos estos meses. Y habíamos usado anticonceptivos. ¿No? Seguramente mi período había cambiado debido al estrés. Amanda lo tenía todo el tiempo. Tan pronto como las cosas se ponían estresantes en el trabajo, sus periodos llegaban demasiado tarde o no llegaban. Y yo había estado bajo mucho estrés en las últimas semanas. Primero la graduación universitaria,

luego el asunto del rancho y todas las discusiones con la familia. Así que nada de eso significaba nada.

Sin embargo, un momento después cerré la puerta del despacho. Cuando casi tropecé con Alice en el patio, me puso una mano en el hombro.

"Carrie, estás blanca como la leche. ¿Estás bien?", preguntó compasiva.

"No lo estoy". "Tengo que ir al pueblo un momento. Olvidé algo. Algo importante. Si alguien me busca, dile que vuelvo enseguida. ¿De acuerdo?".

"De acuerdo", murmuró Alice. Por su expresión preocupada, me di cuenta de que no me creía en absoluto que todo estuviera bien. Afortunadamente, la joven no indagó más.

Subí a mi coche y conduje primero hasta la farmacia que había muy cerca del rancho, pero cuando me detuve en el aparcamiento me pareció un error. ¿Y si alguien me veía? Así que volví a arrancar el coche y conduje algo menos de media hora hasta uno de los pueblos vecinos. Allí busqué una tienda durante una eternidad. En la propia tienda, empaqueté casi todo lo innecesario. Caramelos. Un periódico sensacionalista. Unos cuantos pasteles de arroz. Unos lazos para el pelo. Quería que la prueba de embarazo pasara lo más desapercibida posible.

La caminata de regreso al rancho finalmente se sintió como correr el guante. Estaba impaciente por hacerme la prueba. Al mismo tiempo, lo temía. Pero cuando la puerta de la oficina se cerró tras de mí y corrí hacia el aseo contiguo, ya no había vuelta atrás.

Desembalé la prueba y leí las instrucciones, pero apenas pude entenderlas. Había una niebla espesa e impenetrable en mi cerebro. Podría haber gritado, llorado y delirado. Al mismo tiempo, quería acurrucarme en un rincón en el suelo. ¿Y si...? No, ni siquiera podía pensar en eso.

Ya estaba a punto de bajarme los pantalones para orinar en aquella maldita tira reactiva cuando me lo pensé mejor. Corrí hacia la puerta del despacho una vez más y la cerré por dentro. En ese momento no podía tener visitas no deseadas.

Luego hice la prueba.

Los cinco minutos siguientes me parecieron una eternidad. No me atreví a mirar la prueba. No quería ver el resultado. Con o sin estrés. Tenía una sensación de mierda. Había tenido demasiada suerte últimamente. Era hora de que se rompiera la racha. Era hora de que me catapultaran de vuelta a la realidad. Este examen podría matarme. No literalmente, por supuesto. Pero mi imagen desaparecería. Una mujer joven, apenas graduada de la universidad, queda embarazada de una aventura de una noche. Y de un hombre como... Oh no, eso no puede pasar. Eso significaría el fin de mi carrera política, que ni siquiera había comenzado. Y quién sabe, tal vez mi padre incluso me quitaría el rancho de nuevo. Cortaría el contacto. O, peor aún, ¿me metería en alguna oficina suya? Pasara lo que pasara, nadie podía enterarse de esto. No podía estar embarazada. E incluso si lo estuviera, nadie podría saberlo. Jamás.

Y cuando por fin miré el test, supe que mi mundo se venía abajo: embarazada. Entonces mis ojos se volvieron negros.

Capítulo 10 - Alex

"Tu charla empieza en 20 minutos. ¿Estás preparado?".

Asentí a la chica, que habló frenéticamente por los auriculares y salió del vestuario. Suspiré y me dejé caer en el cómodo sillón. Respiré hondo una o dos veces. Luego volví a coger el teléfono. En algún momento mi padre tenía que contestar. No era posible que me ignorara durante el resto de su vida a partir de ese momento. Sinceramente, me costaba creer lo peleón que era mi viejo. Sí, nos habíamos peleado la última vez que nos vimos, como solíamos hacer. Pero que comprara a los rivales como venganza y luego me ignorara por completo era demasiado, incluso para nuestros estándares.

Pero daba señal de llamada hasta que de nuevo saltó el buzón de voz. Igual que las cien veces anteriores. Mi padre estaba dispuesto a hacer todo lo que estuviera en su mano para humillarme. Y para bien o para mal, tuve que renunciar a intentar negociar. Si no estaba dispuesto a hablar conmigo, sería mejor reforzar la defensa para estar preparado ante su ataque.

Llamaron a la puerta y supe que tenía que subir al escenario de inmediato. Hablaría en Life CONcepts, la mayor conferencia del sector. Era mi oportunidad de brillar. Para conseguir que nuevas personas se fijaran en mí. Para conseguir nuevos clientes. Necesitaba aclarar mis ideas para no desaprovechar esta oportunidad. Pero inevitablemente, mis pensamientos volvían a mi padre. Y a Carrie. Sinceramente, no sabía cuál de los dos me distraía e irritaba más. Eso me asustaba, porque no podía, bajo ningún concepto, confundirme durante mi discurso.

Una vez más respiré hondo y exhalé.

"Empieza el espectáculo", me dije a mí mismo con ánimo y me levanté de la silla.

Cuando los focos me enfocaron y pude oír a innumerables personas agitarse en sus asientos, cogiendo sus teléfonos y blocs de notas, me encontraba en mi elemento. Fui capaz de olvidarme de

todos los pensamientos en cuanto empezó mi charla. Mi cuerpo se relajó notablemente. Me sentía como pez en el agua. Todo iba bien. El público se reía en las partes en las que había insertado pequeños chistes y, por lo demás, estaban pendientes de mis labios con interés. Estaba seguro de que esta actuación me daría buena publicidad.

Cuando terminé, las luces se atenuaron ligeramente y volví a colocar el micrófono que había cogido en su sitio habitual, en el pie del micro. Pero justo cuando estaba a punto de bajar del escenario, el presentador del espectáculo se acercó a mí. Me rodeó los hombros con un brazo y sonrió tan ampliamente que se podrían haber hecho fotos promocionales de dentífricos con su sonrisa. Sonreí forzado y nervioso. ¿De qué iba todo aquello?

"¡Gracias, Alex, por este post tan inspirador y motivador! Creo que hablo en nombre de todos cuando digo que ha sido esclarecedor. Pero es vuestro turno, querido público. Declaro abierto el turno de preguntas".

¿Tiempo de preguntas? Intenté no mostrar mi asombro. No sabía nada de un turno de preguntas. No me había preparado para ello. Maldita sea. Una mujer se adelantó. Qué bien. Con mi concepto basado en la vida de un playboy, sólo podía ser una feminista que quería matarme. Pero su pregunta resultó ser inofensiva. Al igual que las tres preguntas siguientes. Dónde conseguí mi capital inicial. Cómo se me ocurrió la idea. Y así sucesivamente. Eran las preguntas habituales que me hacían, así que ya tenía preparada una respuesta adecuada.

Volví a relajarme. Pero el siguiente tipo que se levantó entre el público esbozó una sonrisa torcida. Astuto. Inmediatamente volvió la inquietud.

"¿Es cierto que tu padre se va a hacer cargo de la empresa competidora?".

"Me temo que no puedo comentar nada al respecto", murmuré, con la voz traicioneramente aguda.

"¿Pero es cierto que tu padre compró Build-Up Hearts?", inquirió el periodista.

"Eso..., sí, es cierto".

"¿Va a trabajar con su padre? ¿Tienes intención de hacer alguna colaboración?".

"En este momento, me temo que no puedo comentar nada al respecto".

"¿No has hablado con tu padre de ello?".

"Bueno, mi padre y yo.... hemos...".

"Señor Stacks, ¿sabía usted lo de la adquisición?", preguntó otro periodista.

"¿Es cierto que está enfrentado con su padre?".

Siguieron más preguntas, que parecían desbordarse. Sin embargo, la sangre en mis venas corría tan fuerte que apenas podía entender lo que se decía. Sentí que me mareaba y una sensación de hundimiento se extendió por la zona de mi estómago.

Tenía ganas de vomitar. Empujé el micrófono en la mano del presentador y corrí hacia la salida del escenario. Sólo cuando estuve de pie al aire libre detrás del edificio del evento sentí que podía respirar de nuevo. Pero poco a poco se me fue metiendo en la cabeza lo que acababa de ocurrir. Me di cuenta de que era, con diferencia, el momento más embarazoso de toda mi carrera hasta el momento. Maldita sea. La prometedora charla se había convertido en un auténtico desastre.

***

Habían pasado unos días desde la conferencia. El rodaje iba bien, pero el asunto de la charla chapucera y mi padre pesaba mucho en mi mente. Seguía sin responder a una sola llamada. Había podido contactar con mi madre, pero sólo había suspirado y me había dicho que tendría que arreglármelas solo.

"Ya puedes tomarte un descanso", gritó el director. Solté a la chica rubia que estaba abrazada a mí y me aparté. Pude ver la expresión de dolor en su cara, pero un momento después mis ojos se fijaron en su enorme busto, especialmente favorecido por la camisa de cuadros que llevaba abierta por arriba, y olvidé que un momento antes había sentido lástima por ella. Al final, se llevó un

buen cheque a casa. Como compensación por los sentimientos heridos.

"¿Te apetece un café?". Reconocí inmediatamente la voz a mi espalda y tuve que admitir a regañadientes que mi corazón dio un pequeño brinco de emoción.

"Me encantaría", respondí, sonriendo ampliamente mientras me volvía hacia Carrie. En los últimos días y semanas, habíamos enterrado el hacha de guerra y todos los recuerdos de nuestra noche juntos. Oficialmente, al menos. Extraoficialmente, en ese mismo momento, recordé el coño húmedo en el que me había hundido lujuriosamente. Del rosa de sus pezones, que ella estiró lascivamente hacia mí. Y de su gemido, que había sonado tan áspero.

Carrie obviamente no esperaba un no, ya tenía dos tazas en sus manos, su contenido humeante. Me puse a su lado y estaba a punto de coger una cuando negó con la cabeza.

"Esta es para ti". Enarqué una ceja. "Hoy prefiero un cacao". Sonrió con timidez. Así que lo dejé estar.

"Pero sí que le has dado la vuelta a esa rubia, ¿eh?", repitió, señalando a la chica de antes.

"Supongo que sí. No seguí su mirada, sino que miré a Carrie.

"Quiero enseñarte algo", volvió a centrar su atención en mí.

"¿Sí?", me pregunté. No tenía ni idea de a dónde quería llegar.

"Bueno, ya que vas a estar recreando la vida de granja en nuestro rancho, pensé que podría mostrarte algunas de las características especiales con las que tratamos aquí". Soltó una risita de niña y me habría encantado darle un abrazo. Maldita sea, ¿qué sentido tenían esos pensamientos? Pero enseguida me tranquilicé. Carrie se había convertido en una amiga importante para mí en las últimas semanas.

"Bueno, entonces veamos qué quieres enseñarme".

Me cogió del brazo, un cosquilleo me recorrió y me condujo por un largo prado hasta un edificio más apartado. Nunca había estado aquí. El rodaje tenía lugar principalmente en el granero, en los campos de entrenamiento y en el establo principal. De algún modo, siempre pensé que este edificio estaba vacío.

"Por aquí", murmuró y tiró de mí hacia el pequeño cobertizo. Dentro olía a heno y se oía un crujido en alguna parte. Poco a poco, el típico sonido que hacían los caballos al aplastar los tallos de heno se cristalizó. Un sonido relajante.

"Aquí está", dijo apoyándose en la pared enrejada de un espacioso box. Los boxes eran una rareza en la granja. Carrie era de la estricta opinión de que los caballos eran animales de rebaño y tampoco estaban hechos de azúcar. Por eso, años atrás había conseguido convencer a su padre para abandonar el clásico sistema de boxes. La razón por la que este caballo, de color rubio miel y ojos apacibles, estaba de pie en este box sólo me quedó clara cuando mis ojos se acostumbraron a la luz algo tenue y pude ver un movimiento en la esquina.

Allí estaba un potro de extremidades delicadas, todavía tambaleante, probablemente no tenía ni medio día. Puede que yo sea poco sensible, pero esta visión no me dejó frío. Estuve apoyado con cuidado en los barrotes y me maravillé ante la pequeña criatura. Siempre había estado rodeado de caballos, pero nunca había visto un potro. Y menos uno tan joven.

"Entonces, ¿he prometido demasiado?", rió Carrie. Cuando aparté la mirada, con dificultad, de la criaturita para escrutarla, vi una sonrisa tan cariñosa en sus labios que sentí una punzada en el pecho. Un segundo después saboreé algo caliente. Cacao mezclado con canela.

Sus labios eran muy suaves. Mis manos se introdujeron en su pelo, que se deslizó sedoso entre mis dedos. Abracé a Carrie fuertemente contra mí y me perdí en aquel momento que nunca debería haberme permitido. Sin embargo, me sentí tan bien.

Suspiré suavemente al sentir el cálido cuerpo de Carrie apretándose contra mí. Sus curvas encajaban perfectamente con mi cuerpo. Sentí que los pantalones empezaban a apretarme. Ella también tenía que sentirlo. Sus labios se formaron en una sonrisa contra los míos. Dios, eso era tan sexy.

Pero el momento no duró mucho porque, de repente, me apartó de ella con suavidad pero con firmeza.

"No... no deberíamos hacer esto, Alex". Durante un segundo me quedé allí de pie. Una extraña sensación me invadió. Sólo mucho más tarde sería capaz de ubicar este sentimiento: Herido y rechazado. En ese momento, aquel sentimiento sólo me irritaba.

"Oh... vale". "Lo siento".

"Mira, está bebiendo".

Me alegré de la distracción y miré al pequeño que estaba de pie cerca de su madre y empezaba a beber. Sonreí, pero algo iba mal. Carrie me ocultaba algo. Había sentido que le había gustado el beso. No había ninguna explicación lógica para que me apartara, excepto que tenía algo que ocultar.

Capítulo 11 - Carrie

"Alexander Stacks", tecleé en el buscador, conteniendo la respiración mientras el cursor daba vueltas sobre el botón de búsqueda. ¿Era realmente una buena idea buscar a Alex en Google? Sinceramente, no estaba segura de querer saber quién era el padre de mi hijo. Al fin y al cabo, parte de su negocio consistía en rodar reality shows subidos de tono en mi rancho. ¿Qué podía haber detrás de un hombre como él?

Exhalé un silbido y pulsé el botón. El momento en que apareció la página de resultados de la búsqueda se hizo terriblemente largo. No entendía por qué mi padre, como alcalde, no abogaba por una expansión adecuada de las conexiones a internet en el pueblo. Pero bueno, él pertenecía a otra generación. A él no le importaban cosas como Google, Instagram y similares.

Lo primero en lo que me fijé fue en la foto de Alex en el borde derecho de la imagen, que al principio estaba pixelada pero luego se fue haciendo cada vez más nítida. Llevaba un traje negro con camisa negra y sonreía arrogantemente a la cámara. Tenía una de esas entradas de "gente importante" en las que aparecía inmediatamente una biografía cuando los buscabas en Google. Estupendo. Sabía que tenía dinero. Pero no esperaba que jugara en una liga tan alta. Hojeé la fecha de nacimiento de Alex y clavé los ojos en el número que había detrás de la fortuna.

"Uf", se me escapó al darme cuenta de que Alex tenía dinero suficiente para pagar todos los gastos del niño, y de por vida, con un guiño. Al principio, este pensamiento me tranquilizó. Tampoco éramos pobres, pero un niño era caro y yo no quería pedir ayuda a mis padres. Luego, sin embargo, enseguida me asaltó el mal presentimiento: me acusaría de aprovecharme de él. De quedarme embarazada a propósito para conseguir su dinero. Todo mi interior se contrajo ante ese pensamiento.

Seguí buscando y finalmente hice clic en un enlace a Wikipedia.

"CEO de Stacks-Life", murmuré para mis adentros. No tenía ni idea de qué era esa empresa. ¿No debería haber oído el nombre antes si ganan sumas tan enormes de dinero?

Así que mi siguiente búsqueda me llevó a la página web de un servicio de asesoramiento vital. De nuevo, un Alex sonriente en una de las fotos, pero esta vez con unas chicas de pechos rollizos en su brazo izquierdo y derecho. Nunca lo habría admitido, pero la imagen me estrujó el corazón.

"...cómo cualquier hombre puede pasar a la historia como un playboy y hacerse rico. Te mostraremos...".

¿Ésta era la filosofía de su negocio? Conmocionada, cerré el navegador y me recosté en la silla. Sentí como si el mundo girara a mi alrededor y el suelo a mis pies se balanceara. Por suerte estaba sentada, de lo contrario me habría caído con toda seguridad.

Sabía que no era trigo limpio y, por la campaña de marketing que se estaba llevando a cabo en nuestra granja, al menos había adivinado que no era inocente. ¿Pero que ganaba su dinero con esta estafa? Eso me golpeó inesperadamente fuerte.

Siguiendo un estúpido instinto, incluso en ese momento me reprendía a mí misma y trataba de detenerme, me incliné de nuevo hacia delante y abrí una nueva ventana del navegador.

"Las novias de Alex Stack", fue el siguiente término que busqué.

Los titulares de los artículos que encontré lo decían todo: Las 1.000.000 mujeres de Stack, o incluso Cómo Alex Stack se liga a cinco mujeres en una noche.

El segundo titular en particular me hizo sentir mal. ¿Era yo una de esas mujeres? ¿Me había enamorado de él, como tantas mujeres antes que yo? Estaba embarazada de ese hombre, maldita sea. Y sabía que, en algún lugar de mi corazón, después de todos estos últimos días y aquel beso celestial, había pensado que tal vez podría haber algo más.

En cambio, era más consciente de que me había dejado llevar por una tonta ilusión. Una ilusión. Alex era inalcanzable para mí.

Apagué el ordenador como si estuviera en trance y me levanté. De todas formas, no iba a poder trabajar. No tenía sentido quedarme en la oficina sumida en mis pensamientos. Me había liado con uno

de los vividores más ricos del mundo y tenía que cargar con las consecuencias. El sentimiento de haber sido humillada no me llevaría a ninguna parte.

Cuando me dirigí al baño, mis ojos se posaron en el espejo. Frente a mí había una mujer de aspecto agotado. Su rostro estaba extrañamente hundido y un rubor poco atractivo se había extendido por sus mejillas. Las ojeras la hacían parecer un mapache.

Me levanté con cuidado el borde inferior de la camisa. Normalmente tenía una figura absolutamente normal. No era delgada, más bien regordeta. Tenía mis zonas problemáticas. Sin embargo, creía que el bulto de mi vientre era nuevo. Eso era una completa tontería. No estaba preparada para que se me notara nada. Mi imaginación me estaba jugando una mala pasada. Aun así, la sensación que había sentido al verlo me inquietaba. ¿No debía sentirme feliz? ¿Orgullosa? ¿Por qué no sentía nada? Dejé que mi mano descansara un momento sobre mi estómago e inspiré y expiré profundamente. Me escuché a mí misma. Pero no había nada. Ningún eco. Ninguna sensación. Y me di cuenta, porque la idea de no sentir nada por mi hijo nonato me parecía horrible.

***

Y ese pensamiento no me abandonó en las siguientes horas. Ni cuando fui de compras. Ni cuando me senté en la terraza a tomar una taza de cacao. Ni cuando saqué al perro de la familia, Spencer, a pasear por el bosque.

"¿Mamá?", pregunté en voz baja y entré en la cocina, no sin volver a mirar a mi alrededor para asegurarme de que no había nadie. Pero, ¿quién podría oírnos? Papá seguía en su despacho del ayuntamiento y mi hermana estaba con unos amigos.

"¿Sí, cariño?", preguntó mi madre, dándose la vuelta.

"¿Podemos hablar de algo un momento?", pregunté con cautela, incapaz de mirarla a los ojos.

Siempre había soñado con sorprender a mis padres con esta noticia. Lo había imaginado todo tan bonito. Esperaba un hijo de un hombre que me quería. Un hijo de ensueño. Y les daría a mis padres

algún regalo cursi: una camiseta con la inscripción "Mejor Abuela" o algo así. En lugar de eso, de pie en la cocina, frente a mi atónita madre, soltaría una bomba en un momento.

"¿Va todo bien?", respondió mi madre, dejando el paño de cocina y acercándose a mí. Parecía preocupada.

"Yo...", no sabía cómo decirlo. No sabía cómo darle la noticia. Inevitablemente, surgirían preguntas. Preguntas que no podría responder. Sin embargo, tampoco podía seguir guardándolo. Había llegado a un punto en el que necesitaba el apoyo, el respaldo y el consuelo de alguien.

"Estoy embarazada", dije entrecerrando los ojos, sin querer ver la reacción de mi madre. Pero no había duda del sonido de sorpresa que hizo. Probablemente todos los habitantes de la casa habrían oído su grito atónito si no me hubiera asegurado de que todo el mundo, excepto nosotros, estaban fuera. "¿Qué.... Quiero decir, ¿de quién?" Abrí los ojos. Había esperado esa pregunta, pero no lo difícil que sería mentirle. Sus ojos reflejaban tantas emociones: alegría, asombro, sorpresa, esperanza... pero, sobre todo, alegría.

"Un rollo de una noche, mamá", contesté, esperando que lo dejara así.

"Vale", asintió. Con una mano, buscó una de las sillas por detrás y se dejó caer en ella. Durante un rato ninguna de las dos dijimos nada. Yo me apoyé en la encimera y ella se quedó sentada, las dos con la mirada perdida, incapaces de encontrar palabras.

"I... Me alegro", rompió por fin el silencio mi madre. Y supe que lo decía en serio. Una sola mirada a su cara me decía que estaba deseando tener ese nieto con todas las fibras de su cuerpo. "No son exactamente las circunstancias ideales, pero.... haremos que funcione, calabacita". Sonrió con tanto cariño que mi corazón amenazó con romperse. Mientras que mi padre siempre fue un poco despectivo y frío, mi madre era todo lo contrario. Una mujer cálida y afectuosa. Susan Dunlap era como una madre gallina. Siempre nos apoyó a Miranda y a mí. Nos protegió y nos dio la seguridad que un niño necesita desesperadamente en este mundo. Sabía que ella también sería ese refugio seguro para mi hijo como siempre había sido para nosotras.

Pero eso fue exactamente lo que me rompió el corazón en aquel momento: ¿podía yo ser una madre así? No sentía nada por el niño. Mientras me escuchaba a mí misma, no había nada. Ningún sentimiento maternal, ninguna ilusión.

"No eres feliz", me dijo mi madre. No era una pregunta, sino una amarga constatación.

"Es tan surrealista", respondí, y me senté a su lado en una de las sillas. "No siento que vaya a tener un bebé. Si eso tiene sentido".

Mi madre asintió. "Así me sentía yo entonces. Es perfectamente normal". Me acarició suavemente el brazo mientras me inclinaba hacia un lado y me fijaba en un árbol del jardín a través de la ventana. Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas.

"No, mamá. No me refiero a eso. Por el niño. No siento nada por el niño". Ninguna anticipación. Ni emoción. Ni amor.

El silencio volvió a caer sobre nosotras, esta vez entristecido. Como una niebla espesa y negra.

"¿Has hablado con el padre? ¿Sabe lo del niño?".

Me quedé callada.

"Oh, Carrie, por favor. Tienes que decírselo", su voz había adquirido un tono desesperado. "Sabes quién es el padre, ¿verdad?".

"¡Por supuesto, mamá!", solté. Lo cual sonó más reprobatorio de lo que debería. Si trabajar juntos no nos hubiera vuelto a unir, ni siquiera habría sabido el apellido de Alex. Si se hubiera quedado en ese único encuentro de aquella noche, no habría sabido dónde encontrar a Alex ni cómo contactar con él.

"Tienes que decírselo, amor. Tiene derecho a saberlo".

Suspiré profundamente.

"No puedo, mamá. Sinceramente, tampoco creo que él quiera saberlo". Alex se ganaba la vida siendo un playboy. De acostarse con tantas mujeres como le fuera posible. Así que un hijo no sólo le costaría la manutención, sino que pondría patas arriba todo su plan de vida y su carrera. No podía imaginarlo ni remotamente emocionado por ser padre.

"Carrie...", intentó decir mi madre, pero la interrumpí.

"Créeme, no es buena idea contarle esto".

La expresión de su cara fue respuesta suficiente, pero reprimió cualquier otra palabra. Para que no cambiara de opinión, me levanté.

"Ni una palabra a papá. Y mucho menos a Miranda", dije antes de salir de la habitación.

Unos minutos después, vagaba sin rumbo por el jardín. Caminaba de un lado a otro, me sentaba en el pequeño banco junto al estanque del jardín, para volver a levantarme un momento después y corretear entre los frondosos árboles.

Cada vez dudaba más de si quería tener el bebé. ¿Sería una buena madre? ¿Era justo para el niño tenerlo si yo ya tenía tantas dudas?

Capítulo 12 - Alex

Molesto, aparté de una patada una piedra que había delante de mí. Las actrices se reían a carcajadas en el otro extremo del prado, los del rodaje discutían acaloradamente un plano de cámara... y yo me quedaba allí de pie, estúpidamente. Nadie me pidió mi opinión y, para ser sincero, cada vez tenía más dudas sobre si este rodaje era realmente lo que mi negocio necesitaba.

Sobrio, busqué a tientas mi smartphone y abrí Twitter. En la casilla de búsqueda escribí "build-up hearts". Sólo en los últimos minutos, decenas de personas debían haber publicado sobre el negocio de mi padre. Me centré en los tuits de periódicos y profesionales, pero con cada breve publicación, mi mente se volvía más y más oscura. Podía oír literalmente cómo me hervía la sangre. Probablemente mi corazón latía tan rápido y fuerte que todo el mundo estaba a punto de mirarme. La exitosa empresa Build-Up-Hearts en la vía rápida, era uno de los titulares. Chester Stacks conquista la industria, el siguiente. Mi padre demostró una vez más lo que siempre me había echado en cara: Yo no era tan bueno como él. El hecho de que estuviera haciendo que Build-Up-Hearts fuera aún más competitiva y, de paso, pasara a toda velocidad a Stacks-Life, despertó en mí al adolescente que se había estado culpando todos estos años: no eres lo bastante bueno.

Sentí que me estaba amargando. Que mis demonios interiores, que creía enterrados desde hacía tanto tiempo, volvían a salir a la superficie. Pero no podía hacer nada al respecto.

"¿Alex? ¿Estamos listos?", me hizo señas el productor y yo aparté el maldito teléfono. Mirar fijamente esa pantallita tampoco iba a cambiar ni mejorar la situación.

"Preste atención..." El tipo nos había hecho señas a las actrices y a mí para hablar de la siguiente escena. Apenas escuché y a medida que empezaba el rodaje tuve que ir corrigiendo.

"Señor Stacks", me llamó uno de los cámaras, "un poco más a la izquierda". Ajustó la cámara, ¿por qué no la enfocó? ¿Por qué la

chica no se movió un paso a un lado?

"Un poco más", murmuró. "Sí, eso es. Un poco más hacia atrás. Quiero el fondo bien...".

"Estás despedido", solté.

"¿Qué?" sobresaltado, el hombre que acababa de estar de pie inclinado sobre su equipo se levantó y me miró fijamente.

"Estás despedido", repetí.

"¡No puedes hacer eso así como así! Yo informo al equipo de producción, no a usted".

"El equipo de producción depende de mí. Os despido a todos o sólo a ti. ¿Entonces?".

Indeciso, el tipo me miraba a mí y al jefe de producción. Estaba tan desconcertado como el tipo de la cámara, pero no me importó. Parecía que todos los que estaban cerca contenían la respiración.

"Steve, no pasa nada", me retrucó el jefe de producción mientras me miraba nervioso. El hombre era consciente de que no podía bromear conmigo en ese momento.

Steve, resopló con frustración pero no pudo soltar más réplicas. En lugar de eso, recogió sus cosas y abandonó el plató. Tuve la sensación de que todo el mundo me miraba. Había una tensión palpable en el ambiente. Mi atención, sin embargo, se centró en una persona en particular: Carrie.

Estaba de pie junto a una de las puertas, a cierta distancia. Era la única que no me miraba a mí, sino a Steve. Me invadió un sentimiento punzante de celos, capaz de hacer que mi estado de ánimo, ya de por sí de mierda, se volviera aún más de mierda.

"¿Sigues buscando un nuevo mozo de cuadra, supongo? ¿Vas a contratarlo también?", grité, molesto. Sabía que estaba haciendo el ridículo en ese momento, pero la ira hervía y bullía en mi interior. A grandes zancadas me dirigí hacia ella. Cuando sólo nos separaban unos metros, la miré a los ojos. Su mirada era triste. Y de alguna manera parecía cansada. Terminé.

"No te atrevas a ofrecerle trabajo a él también", le espeté. El hecho de que no me contestara me estaba matando. Empecé a enrojecer. "Tú no eres el basurero que limpia después de mí. Métete en tus asuntos".

Me pareció ver algo parecido a dolor en su mirada, pero Carrie se echó atrás de inmediato y su expresión se volvió inexpresiva. Sin mediar palabra, se dio la vuelta y se marchó. Al volver al plató, todos me miraron fijamente.

"Volver al puto trabajo", espeté.

***

Cuando todos se recuperaron un poco, el rodaje continuó. El ambiente era pésimo, pero la escena estaba lista al cabo de una hora. Me sentía culpable. La rabia había desaparecido, pero pensaba con pesar en cómo había tratado a Carrie. No sabía de dónde venía ese sentimiento. No sentía ni una pizca de compasión por Steve. Por Carrie, sin embargo, lo sentía terriblemente, y me sentía como un completo idiota.

"¿Carrie?". La puerta de la oficina sólo estaba entreabierta, no había nadie dentro. Me dirigí al establo y luego al picadero. Allí a Carrie le gustaba sentarse y mirar. Sin embargo, nunca la había visto montar. Me pregunté si tendría su propio caballo. ¿O estaría aquí sólo por negocios?

Mi pregunta obtuvo respuesta cuando por fin la encontré en uno de los corrales. Tenía los brazos alrededor del cuello de un caballo Paint de aspecto poco impresionante, pero bondadoso. ¿Estaba llorando? Sus hombros parecían temblar.

"¿Carrie?", le pregunté en voz baja para no asustarla. Lentamente bajó los brazos y su mano derecha se posó en el cuello del caballo como buscando apoyo. Podía entenderla bien. En mi vida, los animales habían sido a menudo el único apoyo que me quedaba.

"¿Podemos hablar un momento?", le pregunté suavemente.

"Como quieras". La sospecha estaba clara en su voz. Estaba enfadada conmigo. Y probablemente dolida, que era mucho peor.

"Quería disculparme. Antes, allí... Estaba tan enfadado".

"Porque un cámara te pidió que te apartaras".

La afirmación casi me hizo enfadar de nuevo. ¿De verdad pensaba que era tan superficial como para dejar que algo así me

afectara?

"No", dije. "Es... Mi padre".

Se rió con amargura, cosa que no pude reprocharle. Mi declaración sonaba como una excusa condenadamente pobre.

"Compró la empresa rival".

"¿Y?", preguntó. Me di cuenta de que tenía curiosidad, pero no quería admitir la derrota y echarme atrás.

"No lo hace porque le guste o algo así. Quiere acabar conmigo. Siempre ha despreciado mi concepto de negocio. El coaching vital como playboy", reí con amargura. En el momento que lo decía, me asaltaban unas cuantas dudas silenciosas.

"Quiere darme una lección arruinando mi negocio".

Se hizo el silencio. Carrie miró al suelo. Parecía estar pensando.

"Mm", refunfuñó finalmente.

"Sé que no es excusa. De verdad, me pasé nerviosamente la mano por el pelo, pero estaba tan frustrado que me desahogué con ese tío y también contigo. Me comporté como un completo idiota. Y lo siento mucho".

"Lo entiendo", dijo, levantando la vista. Esperaba que siguiera enfadada conmigo. En cambio, una sonrisa suave y vacilante se dibujó en sus labios. Sentí un nudo en el estómago. Dios, qué guapa estaba. Me habría encantado estrecharla contra mí en ese momento. Y luego arrastrarla detrás de las almohadillas y desnudarla con placer. En lugar de eso, me mordí los labios y esperé que ella no notara el bulto que empezaba a formarse en mis pantalones.

"De verdad que lo entiendo", repitió. "Puede que mi padre no sea tan gilipollas, pero también me pone siempre obstáculos. Como este rodaje, por ejemplo". Se rió y sonó tan bien que casi tiro por la borda todas mis buenas intenciones.

"No siempre es fácil mantener esa imagen de soltero y estar a la altura de todas las exigencias", admití, sin saber a dónde quería llegar. Carrie enarcó una ceja, así que rápidamente añadí: "Es que tengo mucha presión. La gente está muy pendiente de lo que hago. Es agotador. Y luego lo de mi padre... Como he dicho, lo siento mucho. Me siento como una mierda, pero no debería haberla tomado contigo o...", titubeé, "con nadie".

Nunca había sido tan sincero. Ni con otra persona, ni conmigo mismo. Pero era verdad, me di cuenta en ese momento. Y fue una constatación aterradora.

"No pasa nada". "Alex, yo...".

"¿Sí?", repetí, mirándola profundamente a los ojos. Ni siquiera me había dado cuenta de que nos habíamos acercado. Sólo la valla seguía separándonos, unos pocos pasos... y posiblemente una pequeña descarga eléctrica.

"Oh, olvídalo", contestó apresuradamente, agitando la mano delante de la cara como si quisiera ahuyentar las moscas. "Sólo quería decirte que te entiendo. Eso es todo".

Todo, una mierda. La miré con desconfianza. Algo molestaba a la joven que tenía delante, pero no sabía qué. Sin embargo, tenía la sorda sensación de que tenía algo que ver conmigo.

"Puedes hablar conmigo", le contesté. "Creo que nos hemos hecho una especie de amigos, ¿no?". Cuando dije eso, me sentí mal. Los amigos no se deseaban como yo deseaba a Carrie cada día que pasaba. También leí algo parecido a la reticencia en sus ojos, pero no respondió.

En lugar de eso, acarició al caballo y se deslizó con elegancia por debajo de la valla eléctrica sin tocarla.

"Tengo que volver a la oficina. Te veré mañana, seguro", dijo y me dejó allí de pie. Era yo quien se sentía herido. Me había desahogado con ella, le había pedido sinceras disculpas y me dejaba allí plantado.

Normalmente, su comportamiento me habría molestado. Las mujeres inaccesibles eran demasiado agotadoras para mí. Sobre todo porque podía divertirme fácilmente sin tener que perseguir a nadie. Y sin embargo: en ese momento deseaba a Carrie aún más.

La quería en mi cama, desnuda,haciendo el amor con ella. Y después, simplemente tumbarnos juntos. Hablar. Y más tarde hacerlo de nuevo, otra vez. Hasta quedarnos sin aliento,nos quedáriamos tumbados hasta el día siguiente, abrazado a ella. Sacudí la cabeza.

"Tío", refunfuñe en voz baja cuando ella estuvo fuera del alcance de mis oídos. "¿Alguien me ha golpeado en la cabeza con algo o

estoy soñando despierto?", me volví hacia el pinto que se había acercado confiadamente a la valla y soplaba amablemente sobre mi pelo.

Le di una palmadita mientras cuidaba de Carrie.

Me dije que sólo estaba mirando su trasero, que sobresalía por debajo de los vaqueros. Pero no estaba tan seguro.

Capítulo 13 - Carrie

"Mira qué miserable parece. Llora y llora y llora".

"Sí, pocas veces he visto un bebé tan infeliz", mi madre y mi hermana se inclinaron sobre una cuna. En ella yacía un pequeño bulto llorando amargamente.

"Sabíamos que no sería una buena madre. Pero que sería así de mala", intervino una voz familiar. Mi mejor amiga, Amanda, se sumó, y entonces las tres mujeres se giraron.

"Eres una desgracia. Una desgracia. Una madre voraz. Y una desgracia".

Quería defenderme. Quería acercarme a la cuna y coger a mi hijo en brazos, ayudarle. Pero al mismo tiempo, cada fibra de mi cuerpo se resistía y no podía moverme.

No estaba preparada para ser madre. Aún no quería ser madre. Quería llevar el rancho. Y tener una carrera. Convertirme en política. Pero, al mirarme, veía ropa vieja y harapienta, cubierta de manchas. En una mano sostenía un biberón, en la otra un paño. Y el llanto del niño me volvía loca. Una locura.

La ira hervía en mi interior y empecé a ver rojo. Literalmente. Las caras de mi madre, mi hermana y mi amiga se pusieron moradas, luego rojas. Toda la habitación brillaba rojiza. Y sentí cómo burbujeaba en mi interior.

"Madre cuervo. Madre Cuervo. Madre cuervo".

Un grito salió de mi garganta. Incluso el bebé se calló, asustado. Cerré los ojos para no tener que ver nada más. Y grité hasta que mi voz se apagó y sólo se oyó un graznido parecido al de un cuervo. Madre cuervo.

Cuando volví a abrir los ojos lentamente, el catre seguía allí, pero había dos hombres de pie frente a él. Alex sujetaba al niño con ambos brazos.

"Es feo".

"Y es una carga", replicó mi padre. Tenía un vaso en la mano y un acre olor a alcohol flotaba hasta mí. Yo seguía sin poder

moverme.

"No lo quiero".

"Yo tampoco lo querría si fuera tú", confirmó mi padre, palmeando reconfortantemente la espalda de Alex. "Pero es tuyo para siempre. Y de ella. Estáis conectados".

Ni siquiera se fijaron en mí. La sonrisa en los labios de mi padre era de suficiencia, Alex parecía dolido. La niña empezó a llorar, pero él la sostuvo hábilmente lejos de él con ambos brazos.

Apriétala contra ti, consuélala. No puedo, quise gritarle. Pero ni un sonido salió de mi boca.

"Al menos ya puede quitarse de la cabeza para siempre ese tonto sueño de la política. No funcionará con un niño. Y con el padre tampoco...", se rió mi padre. "Jodiendo a las mujeres y sacando provecho de ello también. No, no. Atado a ti, su reputación ha desaparecido".

Alex también se reía. Alegremente. Sus voces se clavaron en mi corazón, dejando profundos surcos y un sentimiento sin fondo de desesperación e impotencia.

Entonces mi padre volvió a ponerse serio: "La chica es una desgracia. La vergüenza de la familia".

Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza.

Empapada en sudor, me desperté de esta horrible pesadilla.

***

"Pareces cansada", observó Alice cuando entró en mi despacho ese mismo día para hablarme de los potros.

"Puedes decirlo: tengo un aspecto de mierda. Ya me he mirado hoy en el espejo, así que no se me ha pasado por alto", soné un poco molesta, pero sonreí ampliamente. Alice siempre me llamó la atención de forma positiva en los últimos días. Trabajaba duro, era cariñosa con los caballos, tenía una conexión especial con los animales, aunque ella afirmaba con rotundidad que no había trabajado ni hecho nada parecido antes de ser contratada aquí en la granja.

Cogí mi rebeca y me levanté.

"Vamos a ver a las yeguas. Siento que el techo se me cae encima de todos modos".

Alice asintió y me abrió la puerta.

Caminamos juntas en silencio hasta la parte del rancho que estaba un poco más apartada. Allí habíamos estabulado a las yeguas preñadas para que no se enteraran de la filmación. Las pobres hembras eran redondas como una pelota, así que no teníamos que estresarlas con la gente del rodaje correteando por allí.

Mientras miraba el establo donde estaban las yeguas de cría, ya paridas, pensé en el beso con Alex. ¿Por qué me había besado? ¿Había intentado conquistarme otra vez? Pero si era así, ¿por qué? Por lo que yo sabía, llevarse a una mujer a la cama más de una vez no era exactamente su estilo.

Sacudí la cabeza como si eso fuera a librarme de los pensamientos indeseados. Alice me miró pensativa de reojo.

"Lo siento, ¿qué?", me di cuenta de que debía haber dicho algo.

"Carrie, ¿estás realmente bien para trabajar?".

"Sí, yo... Sí, por supuesto, sólo que tengo muchas cosas en la cabeza. Cosas de familia". Eso ni siquiera era una mentira. Excepto que se trataba de mi propia pequeña familia.

"Lo entiendo". Alice parecía arrepentida.

"No, yo... No quise decir que no fuera asunto tuyo". Le sonreí disculpándome. "Te has convertido en una de mis mejores amigas, después de todo", afirmé, sabiendo con todo mi corazón que no era ninguna exageración. Sí, no hacía mucho que nos conocíamos. Pero Alice había crecido en mí. Y estaba segura de que esta amistad duraría. Nos entendíamos sin palabras. A veces incluso me entendía mejor que con Amanda.

"Si quieres hablar de ello, estoy aquí. Lo sabes, ¿verdad?", repitió ella y yo asentí.

"Gracias, Alice". Miré a mi alrededor. Habíamos llegado a las yeguas y no había nadie más que nosotras. "Dime, ¿cómo estás de todas formas?".

La última vez que estuvimos hablando de su pérdida, se había planteado ir a terapia. Yo le ofrecí todo el apoyo que podía como jefa y amiga.

"Bueno, fui a ver a una mujer. Una terapeuta de la ciudad. No parecía especialmente competente", Alice encorvó los hombros, "pero la verdad es que tampoco me lo esperaba. Creo que le preocupan más los dramas normales de los pueblos pequeños, no perder un bebé".

Asentí.

"Si quieres, podemos buscar otro terapeuta. Yo podría llevarte. Así no tendrías que depender del autobús y podrías echar un vistazo por los pueblos de alrededor a ver si encuentras a alguien", le ofrecí.

"Qué amable, gracias". Su sonrisa se ensanchó, pero la tristeza no desapareció. "Ya han pasado tres meses".

Asentí con la cabeza. ¿Qué podía decir?

"¿Quieres hablarme de ella?", pregunté con cautela tras un momento de silencio. A estas alturas ya sabía que "Alice" no había sufrido un aborto espontáneo. Su pequeña había muerto a los pocos días de nacer. Un defecto genético congénito.

Alice se rió entre lágrimas. "Era tan hermosa, Carrie. Dios, era preciosa". Rebuscó en su bolso y sacó su teléfono. "Mira."

Tocó la pantalla negra, que cobró vida. La imagen de fondo era de una Alice completamente acabada con el mundo pero rebosante de alegría. Y en su brazo había un pequeño bulto. El corazón me dio un vuelco al ver esta imagen. No estaba segura de sí tropezó por lástima o se detuvo por la emoción.

"Es preciosa como un cuadro", coincidí con ella.

"Espera, tengo otra en la que está mirando a la cámara". Se desplazó a través de innumerables fotos, todas mostrando a la pequeña Olive.

Nos sentamos en el prado frente a las yeguas y durante casi media hora miramos las fotos en silencio. Olive en su cuna. Olive en brazos de su madre. Olive en brazos de sus abuelos, llorando amargamente. Olive conectada a tubos y cables. Una Alice llorando inclinada sobre la cuna.

Y durante esos minutos, Alice lloró tan desenfrenadamente que tuvo que parar una y otra vez porque ya no podía reconocer las imágenes.

"Siento haberte llamado la atención", murmuré. Debería haberlo sabido. Sabía el agujero al que la estaba arrastrando al recordarle lo que, de todos modos, apenas podía reprimir durante unas horas seguidas.

"No, no. Por favor, no te disculpes". Miré a mi amiga y me di cuenta de que sonreía. Estupefacta, le pregunté: "¿Por qué?".

"Mientras la gente la recuerde y pregunte por ella, está aquí. ¿Es real? Un mundo en el que nadie conociera el nombre o la cara de Olive sería mucho más cruel. Puede que sólo la conozcas por fotos, pero la conoces. Y eso significa mucho para mí". Le acaricié suavemente los brazos.

"Cuando descubrí que estaba embarazada, estaba increíblemente cabreada conmigo misma, con el mundo y con mi ex. El tipo me abandonó. Pensé en interrumpir el embarazo", confiesa Alice. "Pero decidí no hacerlo. Tenía curiosidad. Curiosidad por mi hija. Y con cada día que ha vivido en mi vientre, con cada patada que me ha dado, me he enamorado más de ella. En nueve meses se ha convertido en mi universo. Puede que sólo la haya conocido unos días, pero la querré el resto de mi vida. Me ha enseñado que hay que disfrutar de cada momento. Especialmente aquellos, con nuestros seres queridos".

Qué razón tenía. En ese momento, un sentimiento cálido surgió en mi interior y mi mano recorrió inconscientemente mi vientre, acariciándolo. Había una personita dentro. En lugar de lamentarme por mi carrera, que podría haberse ido al garete, debería pensar en lo que otras mujeres darían por poder cambiarse por mí. Para poder tener su bebé.

"Tienes razón", murmuré.

***

Llevaba un rato dándole vueltas a varios correos electrónicos. No lo habría creído posible, pero el programa también nos ha traído algo de publicidad positiva. Ya se habían emitido los primeros episodios del reality show de Alex y nuestro semental "Guns'n'Night" había

aparecido en una escena. Desde entonces, no hemos dejado de recibir consultas de propietarios de yeguas.

Mi mirada se desvió de la pantalla a la ventana. Fuera ya estaban ocupados rodando de nuevo. Alex llevaba hoy una cazadora de cuero negra, una camisa negra y vaqueros azules. Nada fuera de lo común, pero muy sexy. Estaba apoyado en uno de los tractores y parecía enzarzado en una acalorada conversación con una de las personas del rodaje. Me había prohibido repetidamente ver el rodaje en los últimos días. Al final, seguía acercándose a las mujeres. Eso era sólo para la cámara, pero ya no podía negar mis celos. Le miraba todo el tiempo absorbiendo cada detalle. Cuando indicaba algo con el brazo, la camisa se estiraba sobre sus músculos. Inevitablemente, apreté las piernas. El cosquilleo en el abdomen era cualquier cosa menos la reacción que quería permitirme con respecto a Alex.

"Debería sacarme a este tipo de la cabeza", me amonesté. "De ninguna manera debo dejar que me afecte. No es un hombre para una relación. Se gana la vida acostándose con cuantas más mujeres mejor y recomendando lo mismo a otros hombres". Me sentía un poco extraña hablando sola, pero necesitaba escuchar los argumentos sobrios y doloridos. Interiorizarlos. No había forma de que pudiera desarrollar sentimientos por Alex.

Por otro lado, era el padre de mi hijo.

Tienes que decírselo, me había repetido mi madre una y otra vez desde que tuvimos aquella conversación en la cocina. Pero, ¿era realmente la forma correcta? ¿Cómo reaccionaría? Estaba casi segura de que me rechazaría. Pero, ¿y si... si incluso me exigía que abortara? Un niño. Después de todo, eso podría destruir su reputación.

Pero entonces recordé lo cariñoso que reaccionó ante los caballos. Y lo que había dicho: que era difícil estar a la altura de la imagen que el público tenía de él. ¿Y si estaba cansado de ser el eterno soltero? ¿Y si en realidad quería una familia y un refugio seguro y sólo se aferraba a su actuación por el bien de los negocios?

Me levanté bruscamente de la silla.

Mi madre tenía razón: tenía que decírselo. Tenía derecho a saber que iba a ser padre. Y si no quería saber nada del niño (ni de mí), si

así fuera, al menos yo tenía la certeza. No podía obligarme a abortar. Y en general: cuando el niño creciera, preguntaría quién era su padre. No quería ser yo quien confesara que el padre ni siquiera sabía que tenía un hijo.

La puerta del despacho se cerró de golpe y yo ya estaba de camino hacia Alex, que estaba tomando un café en uno de los carritos del equipo de televisión. Nerviosa, saqué mi teléfono para esperar hasta que Alex ya no estuviera rodeado de todos los demás. Quería pedirle una conversación cara a cara. Y no me apetecía que eso ocurriera delante de todos esos testigos. Me desplacé sin rumbo por las redes sociales intentando no quedarme mirando a Alex como un bicho raro.

"El alcalde Dunlap pierde respaldo", rezaba uno de los titulares. Irritada, hice clic en él.

"El político regional Hugh Dunlap, actualmente candidato a un tercer mandato como alcalde de Prescott, está perdiendo cada vez más apoyo popular. Según el experto en política Michael Anders, las polémicas que rodean al rancho familiar son la causa de la caída de votantes. Según Anders, Dunlap se jugó la confianza al poner uno de los monumentos más antiguos de la ciudad en manos de su hija mayor, Carrie Dunlap. Además, el político fue acusado de utilizar el rancho, rico en tradiciones, como telón de fondo de un reality show sexual. Esto, continuó Anders, es incoherente con la agenda conservadora del alcalde y le cuesta credibilidad al político".

¿Qué demonios? Había perdido bruscamente todo el valor para hablar con Alex. Si Alex se enteraba de que estaba embarazada, lo sabría todo el mundo. Y no estaba dispuesta a sacrificar la carrera de mi padre, y sobre todo la mía, por eso. Inmediatamente fui a la guía telefónica y marqué el número de mi padre.

Ya tenía en la punta de la lengua un "te lo dije, que el programa era una mierda de idea". Pero ni siquiera llegué a esperar el primer tono de llamada. Sentí que alguien había venido a ponerse a mi lado. Sobresaltada, levanté la vista.

"Alex", le espeté.

"Ahórratelo", me siseó. Su voz era fría como el hielo y su rostro estaba distorsionado por la ira. Irritada, le miré.

"¿Qué ocurre? ¿Le pasa algo al rancho...?".

"He dicho que te lo ahorres. Los dos sabemos lo que pasa".

"¿Qué sabemos?".

"Que estás embarazada, eso es lo que sabemos".

Me gritó, pero luego miró rápidamente por encima del hombro para asegurarse de que nadie le había oído.

Se me heló la sangre en las venas. ¿Cómo lo sabía?

Capítulo 14 - Alex

"¡Eres lo peor, Carrie!", le espeté en la cara. Pude ver cómo se estremecía. ¿Creía que iba a pegarle? Sorprendido, di un paso atrás. Pero mi ira no se disipó. Por el contrario, se volvió más y más ardiente.

"¿Cómo lo sabes?", preguntó, pasándose la mano frenéticamente por su largo pelo castaño.

"No importa, ¿verdad?".

"Sí, para mí sí. Sólo se lo he contado a mi madre".

"Bueno. Entonces se lo habrá cotilleado a tu hermana".

Pude ver cuánto le dolió esa afirmación. Probablemente a mí también me habría dolido, dolía muchísimo ser traicionado por alguien en quien confiabas. Alguien que te quería. Yo estaba experimentando eso de primera mano.

Todo me daba vueltas en la cabeza.

"¿Por qué no me lo dijiste? ¿Cómo has podido ocultarlo? ¡Tengo derecho a saberlo!". "Y por ti".

"Yo estaba... Tenía miedo, no sabía qué hacer. Tuve que aceptar la verdad por mí misma, después de todo".

"Ahórrate esas mentiras y excusas".

La miré. Había miedo sincero reflejado en sus ojos. Parecía desesperada. La creí. Sin embargo, no estaba dispuesto a ceder. Lo que había hecho era imperdonable. Todos estos últimos días estuve pensando en ella una y otra vez. Cuestionando mi estilo de vida por haber conocido a esa mujer. Pero todo eso se había derrumbado como un castillo de naipes.

Parecía tan frágil que me hubiera gustado tomarla en mis brazos. Pero yo mismo estaba tan herido que no estaba preparado para dar un solo paso hacia ella.

"Nadie puede saberlo, ¿me entiendes?".

Aquello había calado hondo. Me di cuenta. Si antes parecía angustiada, yo la había destrozado con esas palabras. Antes de que mi propio corazón se rompiera, me di la vuelta y me fui.

***

Esa noche, mientras bebía una cerveza con los chicos en el bar, no podía dejar de pensar en Carrie. En cómo se había cruzado de brazos para protegerse el estómago cuando le había gritado. Por muy enfadado que estuviera con ella, ese gesto estaba grabado a fuego en mi memoria. No sabía si lo había hecho consciente o inconscientemente, pero en cualquier caso, estaba protegiendo a nuestro hijo. Sin embargo, el pequeño apenas tenía el tamaño de un kiwi o algo así. Lo sabía porque había buscado antes en Google. De hecho, había buscado en Google más cosas que me parecían completamente absurdas: muebles para bebés, nombres, suplementos para embarazadas. En algún momento tiré el teléfono a un rincón y me fui al bar, contento de haber quedado esa noche.

"¿Qué pasa, tío?", Brad me dio una palmada en el hombro mientras Henry se reía entre dientes. Probablemente ya se había tomado una o dos cervezas de más.

Nada, mucho trabajo, repliqué. Sin embargo, tenía ganas de contarles lo que estaba pasando. Quería hablarles de que una persona que significaba más para mí de lo que me gustaba admitir me había mentido. Y quería decirles que iba a ser padre. En menos de un año, una pequeña criatura me estaría mirando y algún día, dentro de dos años quizá, me llamaría papá. Qué sé yo lo rápido que aprenden esas cosas los niños. Pero yo ya me lo había imaginado. Y aunque sabía lo desastroso que era un niño para mi imagen, no podía negar que, de algún modo, la idea me había hecho sentir bien. Muy bien. Una y otra vez mis pensamientos se desviaban y podía ver a Carrie en mi mente, sosteniendo un pequeño bulto en sus brazos.

"No nos tomes el pelo, Alex", se aclaró la garganta Henry. "Te conocemos mejor de lo que te gustaría". Brad asintió exageradamente.

"En realidad no es nada. Sólo lo de mi padre. Ya sabes. Lo que me recuerda que yo también debería preparar algo para mañana". Empujé la silla hacia atrás y me levanté. "Disfrutad de la noche, chicos. Volveré la próxima vez, lo prometo". Dejé la cerveza que

apenas había tocado y salí del bar antes de que Henry o Brad pudieran decir nada.

Una vez en casa, me refugié en mi estudio. Por primera vez desde que vivía en mi mansión, la sentía vacía y fría. Mi despacho parecía impersonal y prohibitivo. Maldita sea, ¿qué me estaba pasando?

Sentía un profundo vacío en mi interior que me dolía. Estaba increíblemente enfadado y dolido. ¿Cómo pudo mentirme así? ¿Por qué no había acudido a mí? ¿En serio le había hecho sentir a Carrie que no podía hablar conmigo de algo así? Realmente pensaba que nos habíamos convertido en algo parecido a amigos en las últimas semanas. Pero...

Ella me traicionó. Al menos eso era lo que sentía. Y sabía que no podía dejar que eso me afectara.

Capítulo 15 - Carrie

"¿Cómo has podido hacerme esto? Soy tu hermana, maldita sea", le grité a mi hermana mientras lágrimas calientes rodaban por mis mejillas. Por supuesto, era consciente de que no debía esperar mucho de Miranda, pero al menos en lo que a eso se refería, había confiado en su silencio.

"¿Y cómo lo has sabido?", seguí.

"No te preocupes, no es culpa de mamá", sonrió con veneno. "Quizá quieras asegurarte de que la próxima vez que tengas una conversación confidencial no haya nadie realmente en casa". Su risita terminó de rematarme. ¿Cómo podía mi propia hermana ser tan despiadada conmigo? En momentos así, me preguntaba si tal vez una de nosotras era adoptada. Cuando pensaba en los hermanos de amigas que me rodeaban, veía relaciones especiales llenas de amistad y confianza. Miranda, en cambio, parecía odiarme. "Y que el niño es de Alex... bueno, tengo mis fuentes y puedo atar cabos".

"¿Se lo has dicho a alguien más aparte de Alex?", pregunté débilmente, sabiendo que no tenía sentido discutir con ella.

"No, pero quizá debería decírselo a papá. Seguro que le hace ilusión ser abuelo", otra vez esa risita.

"No te atrevas, Miranda. Si no lo haces por mí, hazlo por papá. Ya tiene bastante con lo suyo".

"Bueno, ya veremos." Ella le dio la espalda. "Invítame a la fiesta del bebé, hermanita." Salió de la habitación sin dudarlo ni compadecerse. Nunca la habría puesto en una situación así, a pesar de todas las diferencias que teníamos, y luego la habría dejado llorando en el salón.

"¿Qué ha sido todo eso?", preguntó sorprendido mi padre al entrar en la habitación. Por un momento temí que nos hubiera oído. Pero su cara de despiste me tranquilizó. "¿Os habéis vuelto a pelear?", siguió preguntando.

"Todo va bien, papá". En realidad, debería haberle preguntado por la campaña, pero me faltaba todo el valor. Además, me sentía

terriblemente incómoda a su lado. Mantener este secreto e ir así a sus espaldas me parecía terriblemente mal,a pesar de tener una relación tan tensa con él "Si algo va mal en el rancho, tienes que decírmelo, Carrie", su voz era urgente. Por supuesto, sólo pensaba en su reputación. Cómo había podido imaginar por un momento que le importaban mis sentimientos. Suspiré.

"No te preocupes, papá. Hemos recibido un montón de solicitudes de sementales gracias al rodaje e incluso algunos clientes nuevos que quieren estabular sus caballos con nosotros. El rancho va muy bien", respondí, y no era ninguna mentira. Aunque el rodaje del programa tuvo un impacto negativo en la carrera de papá, el rancho se benefició inesperadamente de la publicidad.

Y eso en realidad me reconfortó. Mientras mi vida se desmoronaba poco a poco, había al menos un pequeño rayo de esperanza.

***

El ordenador se puso en marcha tan lentamente que dudé de que siguiera funcionando. Nerviosa, hice girar un bolígrafo entre los dedos sin dejar de mirar la pantalla. Estaba tan ensimismada que me sobresalté cuando se abrió la puerta. Era Alex.

"Hola", se me escapó y lo miré, estupefacta. No esperaba que volviera a hablarme después de nuestra última conversación.

"Sí, hola", respondió sin ton ni son. Parecía errático y nervioso, pero no me pareció nada raro dada nuestra situación. Me hubiera gustado preguntarle cómo se sentía. Incluso me pregunté si no estaría contento. Después de hablar con Alice, lo vi un poco más claro e incluso un poco de expectación se había mezclado en mis, sombríos pensamientos.

Alex caminó hacia mi escritorio y se apoyó en él. Parecía estar pensando en cómo dirigirse a mi. Pero no encontraba las palabras adecuadas, así que se hizo un silencio incómodo. Yo también estaba nerviosa por su figura, que sobresalía por encima de mí, así que me levanté. Seguía siendo bastante más baja que él, pero ya no me resultaba tan extraño.

"Carrie, yo...", empezó cuando pudimos mirarnos a los ojos. Dios, era tan guapo. Parte de su pelo caía enredado en su frente y sus ojos.... Me flaquearon las rodillas. No era de extrañar que este hombre conquistara a innumerables mujeres. No era una belleza clásica. No era de los que se contratan para anuncios de Hugo Boss. Pero era hermoso y deseable de una forma tan única que dolía.

Mis ojos se movieron de sus ojos a sus labios. Cómo me gustaría besarle. Cuánto deseaba que me abrazara.

Pareció adivinar mis pensamientos, porque algo parecido a un rubor apareció en sus mejillas. Sonreí. Y de repente él también sonrió. Aquel momento fue tan silencioso como precioso. Por un segundo, todo lo que nos agobiaba y nos separaba se quedó bloqueado. En aquel despacho sólo había dos, bueno, en realidad tres, personas unidas por el destino.

Fue él quien borró la distancia que nos separaba y se plantó de repente frente a mí. Con su fuerte mano, me agarró la nuca, obligándome a mirarle. El mundo se detuvo durante un breve instante antes de que nos besáramos.

Sus labios eran ásperos y su barbilla rozaba mi piel. Pero no me importó. En lugar de eso, apreté mi cuerpo contra él. El calor se disparó entre mis piernas cuando sentí que su pene se endurecía. Nuestros cuerpos se acurrucaban tan perfectamente que no podía ser una coincidencia.

Cuando su lengua entró en una danza con la mía, mis piernas amenazaron con ceder y dejé escapar un suave suspiro. El cuerpo de Alex se estremeció y me devolvió un gruñido posesivo. Pero al momento siguiente se separó de mí. Lo que quedaba era frío. Tanto frío que me estremecí y, por reflejo, me rodeé con los brazos.

"No deberíamos haber hecho eso. No podemos...". Se pasó la mano por el pelo, me pareció tan vulnerable y desesperado, como un niño pequeño cuyo perro se hubiera escapado. "Cuídate, Carrie".

Salió furioso del despacho. En aquel momento estaba demasiado confusa para pensar en sus palabras con más detenimiento. No fue hasta mucho más tarde cuando empecé a repasar la situación y me invadió una maldita sensación de inquietud.

En mi vida me había sentido a menudo un poco fuera de lugar. Tal vez incluso abrumada. Pero nunca me había sentido tan indefensa, desesperada y sola como en aquel momento.

Capítulo 16 - Alex

"Me alegro de verte", sonreí a la chica que tenía delante. Tiffany tenía unas piernas largas, que tampoco intentaba ocultar bajo su ropa. Lo mismo ocurría con su busto rollizo. Su pelo negro caía en una trenza sobre los hombros. Sus ojos azules estaban acentuados por un perverso maquillaje oscuro. Estaba guapísima. La mezcla perfecta entre chica alternativa y Barbie.

"El placer es mío", dijo con voz un poco chillona, pero eso no debería desanimarme. Henry me había concertado una cita con ella, yo no le había prometido demasiado cuando dijo: "Tengo una colega que creo que te gustará". Estaba delante de su casa, cuando apareció le abrí la puerta del coche.Entro y elegantemente se sentó en el asiento de cuero.

"He elegido un restaurante coreano elegante. Espero que te guste la comida asiática". Tiffany asintió.

"Claro", se rió. "No conozco a nadie a quien no le guste la comida asiática". Donde tenía razón, tenía razón.

El viaje resultó entretenido. Mi acompañante tenía un sentido del humor fabulosamente seco y nos interesaban músicos parecidos.

Al llegar al restaurante, un camarero nos indicó nuestra mesa. Por supuesto, había hecho una reserva de antemano y mi nombre contaba para algo en ese restaurante. Como siempre he dado propinas generosas, estaban dispuestos a agasajarme con una dedicación extra.

"¿Ya han elegido?", preguntó el camarero del restaurante al cabo de unos instantes.

"Un banchan por favor y bibimbap para cada uno", pedí tras consultar a Tiffany. "Y dos Coca-Colas".

Mientras esperábamos la comida, charlamos animadamente sobre un concierto al que ambos habíamos asistido a principios de año.

"La verdad es que no pensaba que tuvieras tan buen gusto musical". Ella me observaba con miradas que literalmente me

desnudaban. En mi interior, sin embargo... nada se movía. Pero culpé de eso al estrés al que había estado sometido en los últimos días.

"Bueno, no siempre puedes guiarte por las apariencias", le respondí un poco mordaz. Al momento siguiente pensé en Carrie. Me pregunté qué tipo de música le gustaba.

"Aunque tu aspecto es absolutamente delicioso", contestó con vivacidad. Vaya. Hasta ese momento, Tiffany me había parecido un poco reservada, pero estaba claro que no pensaba dormir sola esa noche. Sabía que eso debía excitarme. Me gustaban las mujeres que sabían exactamente lo que querían. Y desde luego no iba a empujar a una mujer tan guapa como Tiffany, con la que además me llevaba bien, fuera del borde de la cama.

"Ah... aquí viene nuestra comida", me apresuré a decir. Por suerte, el camarero estaba dando vueltas por las filas de mesitas, algunas de las cuales estaban separadas entre sí por tabiques y ofrecían así un poco más de intimidad. A Tiffany y a mí nos sentaron al final de la sala, generosamente amueblada y algo escasamente iluminada, en una pequeña elevación. Las velas parpadeaban mientras el camarero colocaba la bandeja con los pequeños cuencos de banchan en el centro de la mesa. Se me hizo la boca agua. Y para ser sincero, también me alegraba que pudiéramos comer. Esto evitó que Tiffany hiciera más insinuaciones ante las que yo no tenía ni idea de cómo reaccionar.

Cuando nos sirvieron el bibimbap, estaba seguro de que habíamos pedido demasiado. Y así fue. Cuando llevábamos media hora sentados, aún quedaba mucha comida. Sólo el banchan habría bastado para saciarnos.

"Después de una comida tan deliciosa, deberíamos hacer algo de ejercicio, ¿eh?", me coqueteó Tiffany. Vaya, esa frase era tan directa que casi podría haber pasado por un chiste. Sin embargo, cuando me reí, los labios de Tiffany se torcieron en una fina línea.

"Escucha, Tiff. No creo que debamos hacer ninguna actividad después de cenar". Yo mismo no sabía de dónde había salido este desaire. Nunca habría rechazado a una mujer atractiva hasta hace unas semanas. Y menos a una como Tiffany. Pero Carrie zumbaba

en mi mente: su sonrisa, sus manos en el estómago, la forma en que se peinaba hacia atrás. No podía quitármela de la cabeza y eso no era una buena base para saltar a la cama con la siguiente mujer. Sabía que la única razón por la que había organizado esta cita era para dejar de pensar en Carrie. Pero el plan se consideraba oficialmente un fracaso, tuve que admitirme a mí mismo.

"¿Estás intentando dejarme?", jadeó Tiffany. "Las cosas iban bien entre nosotros. Habría esperado algo más de un tipo que vive de ser un playboy".

"Yo también esperaba algo más de esta cita que una edición gótica barata de Barbie", rebatí. Vale, eso fue injusto. Tiffany estaba deslumbrante y no se parecía en nada a una Barbie barata. Pero no tenía valor para discutir con esta mujer sobre si quería echar un polvo o no.

"Vaya. Sabes qué, realmente eres un gilipollas", me espetó a la cara. "Y además eres un estafador. Exitosa vida de soltero. Eres un inútil, Stacks. Ni siquiera puedes mantener una cita con éxito". Así que había leído sobre mi empresa y su eslogan.

"Si estás tan bien informada, estoy seguro de que también sabes que como hombre, definitivamente debes mantener los estándares". El siguiente golpe bajo el cinturón. Pero esta mujer no era mucho mejor.

La expresión de su cara cambió de desconcierto a ira. Estaba preparado para que saltara sobre mí y me arrancara los ojos en un momento. Sin embargo, conservó la última pizca de dignidad y salió corriendo del restaurante. Fuera, estoy seguro de que estaba cogiendo un taxi.

Así que cuando el camarero trajo la cuenta, permanecí sentado unos instantes. No tenía ningún deseo de encontrarme con Tiffany en la calle de camino a mi coche. En lugar de eso, me pregunté qué acababa de ocurrir. ¿Por qué había levantado ese muro interior en cuanto se puso manos a la obra?

Sin embargo, enseguida me di cuenta de cuál había sido la causa de esta barrera: Carrie. Pero no sólo. En voz baja, muy baja, una voz susurró en mi mente: "Vas a ser padre". Y no era una voz que

sonara amenazadora. No era una voz desagradable. Más bien, sonaba llena de expectación.

Sacudí la cabeza. Tenía que ser todo aquel estrés. No podía explicarlo de otra manera.

***

"Hola, señor Stacks", me sonrió mi gerente. Larry Hodge había solicitado el puesto de nuevo gerente y al final lo consiguió. El joven era demasiado entusiasta, pero parecía leal y dedicado a mí. Si se pasaba de la raya, yo sería capaz de frenarlo.

"Alex es suficiente, Larry", le ofrecí amablemente. Mi jefe trabajaba en estrecha colaboración conmigo. Y me gustaba que la gente fuera cordial entre sí dentro de la empresa. Otros directores generales podrían verlo como una debilidad o un problema del que podría surgir una estructura corporativa resquebrajada. Yo, en cambio, quería que la gente se sintiera cómoda y también dispuesta a hablar conmigo abiertamente y a respaldarme lealmente.

"Oh, um. Vale. Así que", se sentó frente a mí en mi escritorio y sacó una gran carpeta, "no tengo buenas noticias para ti. La competencia está aumentando visiblemente y al reality show tampoco le está yendo tan bien como hace unas semanas".

Asentí. Eran cosas que ya me temía.

Hablamos de algunas cosas más en general antes de dejar que Larry se fuera a comer. Pase todo el día en nuestra sede corporativa. Compré aquella casa vieja de ladrillo por poco dinero. Cuanto más éxito tenía la empresa, pero yo la había reformado. A estas alturas, el edificio era una verdadera atracción: los elementos modernos y antiguos se complementaban a la perfección. En mi luminoso despacho, inundado por el sol, cerré los ojos unos instantes. La luz del sol me hacía cosquillas en la cara y conseguí, aunque sólo fuera por unos segundos, olvidar todo lo que me preocupaba y disfrutar del momento.

Pero cada vez pensaba más en mi padre, en el reality show y, por último, una y otra vez en Carrie y el niño. Mi hijo. Este pensamiento me dolía en el pecho como nunca antes lo había sentido. No estaba

seguro de cómo me sentía. Ni por Carrie, ni por mi hijo no nacido. Pero sabía que esta situación me estaba pesando mucho,de la desesperación que sentí en ese momento, creció de nuevo la ira. Esta ira irreprimible y desesperada. Me sentía traicionado. Podía nombrar este sentimiento claramente.Se apoderó de mí como un demonio.

Las piezas del rompecabezas encajaron en su sitio ante mis ojos, como por sí solas. La serie es cada vez menos popular. La traición de Carrie. La necesidad de evitar más daños a mi negocio.

"¡Señor Stacks, me alegro de tener noticias suyas!", sonó la alegre voz del alcalde. Dunlap tosió brevemente antes de continuar. "¿De qué quiere hablarme?".

"Señor Dunlap, lamento informarle de que tenemos que poner fin a nuestra cooperación" .Me quede sin palabras. Normalmente no habría soltado la bomba, pero la adrenalina corría por mis venas desde que cogí el teléfono.

"¿Cómo tienes que.... Espera, ¿qué?". La voz de Dunlap rodó. Probablemente estaba viendo evaporarse en su mente el dinero que le había prometido.

"Puedes quedarte con el depósito, por supuesto, y te pagaré nuestra parte del tiempo que hemos ocupado tu rancho", aplacé al hombre cada vez más molesto al otro lado de la línea.

"¡No puede hacer eso!", graznó Dunlap. Las cosas debían de ir peor para su campaña de lo que decían los periódicos, de lo contrario el político no reaccionaría con tanto pánico.

"Sí que puedo. Está en la cláusula 76 de nuestro contrato. Lo siento mucho, señor Dunlap, pero esta decisión no puede ser modificada. Mi asistente se pondrá en contacto con usted en los próximos días para tomar nuevas medidas".

Colgué. No quería escuchar las quejas del viejo. No quería escuchar nada. En mi interior se agitaban todo tipo de sentimientos: alivio, porque podía salvar la audiencia del programa cambiando de ubicación. Satisfacción, porque sabía que sería una venganza adecuada contra Carrie. Incluso podría perder el rancho. Después de todo, el pago estaba condicionado a que la serie se filmara en el

rancho. Pero también sentí un profundo tirón en la zona del estómago que no pude interpretar con claridad.

Necesitaba despejarme, así que cogí mi chaqueta y me levanté. Justo enfrente del edificio había un pequeño parque. A esa hora del día, los dueños de perros estaban allí, paseando a sus mascotas durante la pausa para comer antes de volver corriendo al trabajo. Me encantaban los perros. Y me encantaba observarlos.

Compré un café en el pequeño bistró que había junto al negocio y me acomodé en uno de los bancos del parque. Primero resoplé un poco y luego sorbí la infusión caliente. Mi pulso volvía poco a poco a la normalidad y notaba cómo ese momento de relajación me sentaba bien.

Hasta que sonó el teléfono. Por un momento me pregunté si debía mirar para ver quién era. Luego, sin embargo, temí que fuera mi ayudante o Larry. Pero la sangre se me heló en las venas cuando vi su nombre en la pantalla.

"No contestes", murmuré para mis adentros. No importaba lo que quisiera que hiciera, no quería hablar con Carrie. Me pregunté si su padre ya habría hablado con ella. ¿Quizá sólo quería hablar de la organización del espectáculo?

Dejé el teléfono a mi lado e ignoré el tono de llamada lo mejor que pude. Cuando se hizo el silencio, respiré hondo. Bien. Pero a los pocos segundos volvió a sonar, y de repente me di cuenta de lo que también podía significar esa llamada.

"Carrie, ¿le pasa algo al niño?", pregunté sin aliento mientras cogía la llamada.

"Maldito gilipollas". Vale, el niño estaba bien. "¿Cómo puedes ser tan cruel? ¿Cómo coño puedes hacerme esto?". Sonaba sin aliento y su voz estaba manchada de lágrimas. Una puñalada me atravesó el corazón, me puse a la defensiva. No podía dejar que me afectara. ¿Le había importado cuando me ocultó el embarazo? ¿Se había planteado siquiera una vez que también era mi hijo y que tenía derecho a saber que estaba embarazada?

"Lo siento, Carrie, pero no voy a hablar de esto contigo".

"¿Quieres vengarte de mí y hacer que mi padre me odie?", preguntó, atónita. "¿Cómo puedes hacer algo así?".

"No se trata de ti ni de mí". Claro que se trataba de ella y de mí. "Es que la audiencia ha caído en picado. El programa ya no va bien. Voy a buscar una nueva ubicación y reelaborar el concepto. Eso es todo".

"Mentiroso", susurró ella. Lo que siguió fue el tono de fin de llamada.

Capítulo 17 - Carrie

"¿Qué has hecho para que Stacks se eche atrás?", retumbó mi padre, paseándose arriba y abajo por el comedor. Me senté como un caniche relegado al final de la larga mesa, con la mirada fija en las manos cruzadas frente al estómago.

"No lo sé, papá", murmuré. "De verdad que no lo sé. Yo tampoco puedo explicarlo".

"Tiene que haber pasado algo, Carrie. No me jodas. Stacks no se echa atrás así como así, ¿verdad?".

"Dijo algo de malas audiencias", intenté tranquilizar a mi padre. Por supuesto que sabía exactamente por qué Alex se había retirado. Pero eso significaba que tendría que contarle a mi padre lo del embarazo, y no estaba en absoluto dispuesta a hacerlo.

"¿Sabes realmente cuánto dinero estamos perdiendo por esto? Por no hablar de la mala prensa. Me gritó, golpeando la mesa con tanta fuerza que me estremecí.

"Papá, lo sé. Pero tampoco me lo explico. No sé por qué quiere liquidar el contrato".

"Algo habrá pasado, estoy seguro. Y también estoy seguro de que estás involucrada". Se detuvo y me miró con su mirada fría y apreciativa. Sentí como si pudiera ver todos mis secretos, todo lo que ocultaba. Por un momento pensé que me iba a rendir. Pero no lo hice. Me mantuve firme.

"Papá, lo siento mucho. Pero no sé por qué lo hizo".

"Habrá consecuencias, señorita", refunfuñó, levantándose de la mesa. "Voy a tener que volver a pensar bien qué hacer con el rancho".

Me golpeó en lo más profundo. Mi padre sabía que yo había puesto mi corazón en el rancho. El hecho de que hablara de quitármelo era un comentario hiriente y frío.

"Tengo que irme ya", dije con voz entrecortada por las lágrimas, sin mirarle. "Tengo una cita". Afortunadamente, podía estar segura

de que no preguntaría. Simplemente no le importaban las citas que yo pudiera o no tener.

"¿Estás bien, cariño?". Mi madre parecía realmente preocupada cuando entré en la cocina llorando.

"Sí, estoy bien". No me creyó en absoluto "Yo te llevo", dijo mi madre en voz tan baja que mi padre no pudo oírla desde la habitación de al lado. "No puedes conducir así. Acabarás estrellándote".

Tenía razón. Estaba completamente destrozada y me sentía muy mal. El apoyo mental sería muy bienvenido.

"Mmm", me limité a refunfuñar.

"Cariño, voy a ir con Carrie. Tengo que hacer unos recados en la ciudad". Oírla hablar tan alegre y amablemente a mi padre casi me hizo sentir enferma de rabia. ¿Cómo podía seguir saliendo en su defensa cuando él se comportaba tan a menudo como el hacha en el bosque?

No quise seguir pensando en ello y cogí mi mochila.

***

"Por favor, siéntate, Carrie. El médico estará con usted en un momento". La enfermera de recepción era amable. Nos conocíamos desde hacía algunos años; al fin y al cabo, yo acudía regularmente a las revisiones.

Mi madre y yo nos sentamos en la sala de espera, las dos con cara de nervios. Se acercaba la primera ecografía. Probablemente debería haber pedido cita mucho antes, pero hacía mucho tiempo que tenía bloqueado el embarazo. Ir al médico sólo habría hecho realidad lo que, de todos modos, era inevitable.

Después de confesárselo todo a mi madre, ella insistió en la cita. Después de todo, dijo, tenía que asegurarse de que su nieto estaba bien.

"¿Carrie? Puedes sentarte en la sala de tratamiento tres. La doctora estará con usted en un momento". Mamá y yo nos levantamos pesadamente. Al entrar en la sala de tratamiento, me sentí como si flotara sobre las nubes o a través de una niebla espesa

y densa. Los sonidos parecían llegarme sólo amortiguados. La sangre se me agolpaba en los oídos.

"Tienes que decírselo a tu padre", soltó mi madre mientras la puerta se cerraba de golpe tras ella. La miré totalmente desconcertada.

"¿Le has oído tratar conmigo antes?", inquirí incrédula. "¿Te das cuenta de lo que pasará si le digo que estoy embarazada? ¿El resultado de una aventura de una noche?". Las dos lo conocíamos y, de hecho, no necesitaba recordarle a mamá que se volvería completamente loco.

"¿Pero a lo mejor es lo bastante feliz como para pasarlo por alto?", siguió ella, a lo que yo puse los ojos en blanco.

"Eso no te lo crees ni tú". Soné más agresiva de lo que quería. Lo único que le importaba a mi madre era que a la familia le fuera bien. Una mentira, tan grande además, obviamente no le interesaba.

"No podrás ocultarlo de todos modos, Carrie". En realidad tenía razón en eso.

"¿Y si me obliga a abortar?", interpuse. Por supuesto, yo misma ya había pensado en interrumpir el embarazo. Al final, sin embargo, había sentido que no podía. Quería ese bebé, aunque llegara a mi vida en el momento más inoportuno y en las condiciones más difíciles.

"No lo hará", me aseguró mi madre. Se sentó en la silla junto al catre en el que yo me había sentado. "Claro que se enfadará. Pero nunca te obligaría a abortar a su nieto nonato". Guardó silencio un momento y me acarició el brazo con la mano. "Y si lo hace, te ayudaré a asegurarte de que no llegues a eso". Ajá, así que ni siquiera mi madre estaba segura de cómo reaccionaría. Suspiré con fuerza.

"¡Díselo, por favor!" Su voz había adquirido un tono suplicante que tocaba algo muy dentro de mí. Pero el miedo a confesarle el embarazo a mi padre era mayor. Mucho mayor. Estaba a punto de protestar cuando la puerta se abrió de golpe.

"¡Ah, hola Carrie!", aleteó la doctora Austin. "Ya he oído de qué va el día de hoy. ¡Vaya, vaya, vaya! Creí haberte pedido que me avisaras cuando quisieras empezar la planificación familiar".

Me arranqué una sonrisa. "Para ser sincera, seguro que habría hecho lo mismo. Sin embargo, esto no estaba planeado". La sonrisa de la médica se apagó.

"Oh, eso es... Molesto. ¿Y estás aquí por un descuido?".

Negué con la cabeza.

"No, a menudo ocurren cosas inesperadas. O algo así", murmuré con poca convicción. "En realidad, sólo me gustaría hacerme una ecografía. Un examen y eso".

La doctora Austin asintió y recuperó la sonrisa. La mujer algo fornida de mechones oscuros y rizados era un alma verdaderamente alegre y amaba a los niños más que a nada. El hecho de que otra de sus pacientes estuviera embarazada era sin duda motivo de alegría para la doctora.

"Bueno, allá vamos. Vamos a hacer algunas investigaciones. ¿Sabe cuánto tiempo lleva embarazada?".

Asentí con la cabeza y calculé cuándo me había quedado embarazada.

"Llega un poco tarde para el primer examen, pero no importa. Por favor, túmbese y exponga un poco el vientre. Sí, eso es. Espere, hace un poco de frío".

El gel que se aplica antes de una ecografía me dio una sensación de frío en la piel y un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Pero luego fue rápido. Al principio sólo había sombras blancas y negras en el monitor. Nada que yo pudiera identificar. Pero entonces la doctora me explicó esas sombras y, de repente, una pequeña criatura apareció ante mis ojos. Había una cabeza y... ¿una nariz? Y ahí, las manos.

De repente, la pequeña criatura se dibujó ante mis ojos. Parpadeé para que no se me saltaran las lágrimas, pero en ese momento todos mis sentimientos estallaron. Esos sentimientos que había temido no tener. Había amor. Y orgullo. Y expectación. Tanta expectación.

Mi madre me acarició suavemente el pelo y enterró su cara contra mi cuello. Podía sentir que ella también temblaba de lágrimas. Sin embargo, cuando pude volver a mirarla a la cara, vi la que

probablemente era la sonrisa más amplia que mi madre había lucido nunca.

En aquel momento, aunque breve, tuve la sensación de que tal vez todo podría cambiar a mejor.

***

Alice pidió un cacao grande con malvaviscos. Yo tomé una magdalena y un té.

"Dime, ¿cómo te fue? ¿Va todo bien con el bebé?", preguntó mi amiga mientras esperábamos nuestros pedidos. Hacía unos días que le había confesado que estaba embarazada. Aunque ya contaba a Alice entre mis confidentes más cercanas, me había costado darle la noticia. No estaba segura de si mi embarazo le haría perder la cabeza. Pero al final se me escapó y, en contra de lo que temía, no sólo se alegró, sino que se había vuelto literalmente loca. Inmediatamente decoró todos sus tableros de Pinterest con temas de bebés y me acosaba con ideas sobre qué hacer, qué comprar, cómo decorar la habitación, etcétera.

Estábamos sentadas en ese pequeño café y mi amiga quería saber con todo lujo de detalles cómo había ido la ecografía. Mientras nos ponían delante nuestras humeantes bebidas, rebusque en mi bolso.

"Aquí", murmuré, mientras mis ojos se desviaban de la personita de la ecografía a la pared de enfrente, cubierta de hiedra artificial. El café era pequeño y acogedor. Nos habíamos sentado en un rincón tranquilo,quería evitar las miradas indiscretas, no quería paredes con orejas.

"Oh Dios, Carrie", sonó un temblor en su voz.

"Lo siento, no debería habértela enseñado", me disculpé inmediatamente y fui a apartar la foto. Pero Alice puso la mano sobre ella y negó con la cabeza.

"No pasa nada. Claro que me recuerda a mi niña, pero me alegro mucho por ti. Si no puedo ser mamá, puedo ser la tía Alice, ¿no?". Se rió y no pude evitar unirme a su risa. Nunca habría creído que esta joven se haría un hueco en mi corazón tan rápidamente. Pero

ya era mejor hermana para mí de lo que jamás lo sería mi hermana biológica.

"Muy bien", solté una risita.

"Entonces, ¿qué pasa en este momento? ¿Todo bien con el bebé?". Por supuesto, este era un punto de particular importancia para ella. Y no podía culparla. Después de todo, yo misma estaba encantada de que el examen hubiera ido bien. Inevitablemente tuve que pensar en el momento en que había llamado a Alex. En aquel momento, cuando me enfadé, apenas había prestado atención a sus palabras. Pero cuando repasé la conversación, sus palabras me impactaron.

"¿Le pasa algo al niño?".

Aunque no había mostrado el menor interés por el niño y me había jurado varias veces que bajo ningún concepto hiciera público que estaba embarazada y menos de él, aquellas palabras no salían de mi mente. Parecía muy preocupado. ¿Quizá se preocupaba por nosotros?

"Todo va bien", murmuré cuando Alice me dio un codazo, sacándome de mis ensoñaciones.

"¿Ya sabes qué va a ser?", inquirió Alice.

Negué con la cabeza. "En realidad no se veía y, para ser sincera, aún no sé si quiero saberlo". Me encogí de hombros.

"Estoy muy orgullosa de ti, Carrie". La frase salió de la nada, pero al instante se me llenaron los ojos de lágrimas. ¡Esas malditas hormonas!

"Gracias", susurré.

"Lo digo en serio. Eres increíblemente fuerte. No muchas mujeres jóvenes tendrían la fuerza y el valor de mantenerse fuertes en tu situación. Estás saliendo adelante. Estoy muy orgullosa de ti". Su mano encontró la mía y por un momento nuestros dedos se entrelazaron. La sensación de calidez que sentí fue increíble. Por supuesto, tenía una buena amiga. La relación con Amanda era diferente,siempre fuimos amigas, pero con Alice podía hablar de cosas que Amanda simplemente no entendería. Me sentí un poco mal ante la idea. Pero, ¿quién dijo que el corazón de una persona no era lo suficientemente grande para dos amigas?

Sinceramente, no sabía qué decir. Tenía mucha suerte de tener gente como Alice a mi alrededor en esta situación.

"Aunque deberías volver a hablar con Alex", continuó hablando Alice mientras yo permanecía en silencio. "Sé que no quiere oír nada de esto. Pero quizá vea las cosas de otra manera cuando le enseñes la foto de la ecografía".

Me encogí de hombros. Sinceramente, no me lo podía imaginar. Alex me había estado enviando señales contradictorias desde que supo lo del bebé. A veces parecía preocupado, otras veces no quería saber nada del niño ni de mí. Sólo Alice y Miranda sabían de quién era el niño. Miranda lo había descubierto. Probablemente había escuchado a mamá, a mí y a Alex y luego juntó una cosa con la otra. O había hablado con Amanda, que por supuesto sabía con quién me había ido de la fiesta. O había estado en el club y nos había visto. Quién sabe. El hecho era: que de alguna manera ella lo sabía y me hizo mucho daño.

Y yo se lo había confesado a Alice después de que me lo pidiera una y otra vez. Desde entonces me estuvo dando la lata para que volviera a hablar con Alex. Aparte de los aspectos financieros que había que aclarar, ella también creía que Alex estaba interesado en el niño, pero sólo que aún no se lo había confesado.

"Ya veremos. Quizá tengas razón". Suspiré pesadamente. "Lo intentaré más tarde, cuando volvamos al rancho. Después de todo, hoy debería estar allí de nuevo. Al menos el episodio que pusieron, supongo que querían terminarlo en el rancho antes de retirar la producción".

Lo que trajo mis pensamientos de vuelta a un problema completamente diferente: El rancho y la producción.

Me aferré a mis pensamientos mientras disfrutábamos de nuestras bebidas en el café. Alice se dio cuenta de que necesitaba ese momento y no indagó más ni me presionó.

Mientras conducía mi camioneta de vuelta al rancho, Alice me abrazó.

"Todo irá bien, te lo prometo".

Y realmente esperaba que tuviera razón.

Sobre todo porque en ese momento Alex dobló la esquina.

"Me alegro de haberte encontrado". Su voz ya me resultaba familiar, pero desde que supo lo del embarazo se le había colado un matiz frío. "Sólo quería que supieras que ya hemos terminado. En los próximos días haré que el equipo desmantele todo y entonces habrá paz aquí".

Tranquilo. Sabía muy bien lo que había hecho al poner fin al contrato. Que el rancho y mi carrera pendían de un hilo... por su culpa.

"De acuerdo", alcancé a responder. Me costaba controlar la voz. Casi temía echarme a llorar si decía una palabra más. Por eso no dije nada, sino que metí la mano en el bolsillo. Saqué la foto, que ya estaba un poco arrugada. La había visto tantas veces desde la cita con la médica, animándome a mí misma, que las esquinas ya estaban rasgadas.

Mi mano acercó la foto en su dirección y mi mirada buscó la suya. Pero en lugar de mirarme a mí, o a la foto, negó con la cabeza.

"No hagas eso, Carrie. Si hubieras querido que formara parte de vuestras..., vuestras vidas, te habrías sincerado conmigo desde el principio. Ese es tu problema".

Ciertamente habría usado muchas palabras para describir mi embarazo, pero llamar a mi hijo un problema nunca se me habría ocurrido.

"Que te jodan", fue todo lo que pude decir.

***

Por la noche me quedé largo rato sentada en el borde de la cama, contemplando la imagen del pequeño ser humano que crecía dentro de mí. La escena de la tarde con Alex se repetía una y otra vez en mi mente y el dolor que sentía no disminuía.

Acaricié suavemente el papel con los dedos.

"Nos las arreglaremos, cariño". Repetí esta frase tantas veces como si fuera un mantra. Sin embargo, la creía de verdad. Y cada vez que lo decía, más. No necesitaba a Alex. No necesitaba a papá. Sólo necesitaba mi propio valor, a mi hijo, a mi madre y a mis

amigas. Lo superaremos. Nos mantendremos unidos y superaremos todos los obstáculos.

Capítulo 18 - Alex

Me desplacé sin rumbo por los resultados de búsqueda que veía en el navegador: una réplica de un castillo europeo, una cabaña cerca de las montañas, un parque de atracciones... La cuestión de dónde quería que continuara la producción de la serie era acuciante. La pausa en el rodaje no era tan mala, ya que habíamos producido suficientes episodios, pero el tiempo no tardaría en apremiar si no se me ocurría algo.

Cuando llamaron a la puerta, mi "adelante" sonó relativamente molesto.

"Hola, Larry, espero que traigas buenas noticias".

"Mm... siento decepcionarte, um, a ti".

Suspiré pesadamente, pero señalé la pesada silla frente a mí en mi mesa.

"Es como si los números de audiencia siguieran cayendo en picado, Alex". Extendió ante mí unos gráficos que mostraban la progresión de los índices de audiencia. Las cifras iban claramente a la baja. Me habría encantado romper las malditas cifras, despedir a Larry y tirar mi silla de oficina por la ventana, pero me contuve. Nada de esto cambiaría la situación. Nada de eso ayudaría a mi empresa a hacer frente a la de mi padre. Lo que realmente tenía que hacer para mejorar la situación era mantener la cabeza fría.

"Una cosa buena de todo esto", lanzó Larry con una sonrisa exasperada, "la búsqueda de una nueva ubicación puede ser innecesaria".

Su descalificación ya estaba en la punta de mi lengua, pero me arranqué una risa amarga.

"Sí, claro". Le siguió un pesado suspiro. En ese momento, sentí como si el peso del mundo entero estuviera sobre mis hombros.

"¿Algo más?".

"No, eso es todo".

"Vale, puedes irte".

El descenso estaba claro, pero yo quería estar solo. A Larry le gustaba hacer bromas inapropiadas, pero también tenía un buen conocimiento de la gente. Y seguro que se había dado cuenta de que algo me molestaba. No podía saber que no se trataba sólo de mi carrera.

Cuando la puerta se cerró tras Larry, me eché hacia atrás.

El sillón de cuero crujió y respiré profundamente. Me acordé del cuadrito en blanco y negro que Carrie me había tendido. No lo había mirado ni un segundo. No había querido verlo. Era mi hijo. En aquel momento no supe por qué no lo había mirado al menos brevemente. ¿No había querido dejar que me afectara?

¿Cómo era mi bebé? ¿Cómo era de grande? ¿Podía distinguir ya algo parecido a una cara? Para ser sincero, no tenía ni idea de lo que se podía ver en una ecografía. Nunca me habían interesado esas cosas. Sinceramente, nunca había creído que fuera a ver una imagen así en mi vida. Al fin y al cabo, un bebé y mi estilo de vida eran totalmente contradictorios. Sin embargo, no podía quitarme esa imagen de la cabeza. Y, por mucho que no quisiera admitirlo, tampoco podía quitarme a la madre de la cabeza.

Antes de que pudiera pensar en ello, marqué el número de Carrie.

"¿Qué quieres?", sonó su voz desdeñosa. No me sorprendió después de nuestro último encuentro hace una semana.

" Mira, lo siento. Reaccioné mal".

La línea permaneció en silencio. Podía oír su respiración, pero nada más. ¿Pero qué esperaba? ¿Que se me echara al cuello y aceptara las disculpas?

"¿Podríamos quedar en algún sitio? Como, ¿en una hora?".

***

El café que había elegido era acogedor. La sala estaba dividida en pequeños rincones, sonaba música suave de Lana del Rey y olía a pasteles.

Carrie eligió una mesa en el rincón más alejado. Un biombo de flores y hojas artificiales, pero de aspecto real, nos daba un poco de

intimidad.

"¿Por qué querías verme?", me preguntó. Tenía las cejas levantadas y el ceño fruncido. Estaba guapísima. Se había trenzado el pelo largo en una coleta que le caía sobre el hombro y le abrazaba el pecho izquierdo. Sus pezones resaltaban bajo la fina tela y sentí que algo se agitaba en mis pantalones al verla. Respiré hondo para no dejarme llevar por mis pensamientos.

"Me gustaría ver la foto".

"Sus ojos se abrieron de par en par. "¿En este momento de repente?". Sonaba tan dolida. Y yo era el que había causado ese dolor.

"Reaccioné mal cuando quisiste enseñármela. Me gustaría verla, sí".

Rebuscó brevemente en su bolsillo después de un momento en el que se detuvo y pareció luchar consigo misma. No pasó ni un segundo antes de que tuviera la foto en sus manos y la pusiera sobre la mesa. La había cogido tan rápido que estaba segura de que siempre la tenía a mano. Los bordes desgastados de la ecografía confirmaron mis sospechas. Al darme cuenta, me invadió una sensación de calidez.

Pero nada podría haberme preparado para el torrente de emociones que sentí al mirar la foto. La personita que aparecía en ella.

Capítulo 19 - Carrie

"Sabes, papá, en realidad tengo una relación secreta con Alex y, como ya no quiere que vea sus aventuras amorosas delante de las cámaras, ha montado el espectáculo", bromeé. Mi padre estaba hoy un poco mejor de humor y, por primera vez desde que Alex había cancelado el programa en el rancho, volvió a hablarme sin gritarme. Incluso había soltado algún que otro chiste.

"Bah", tronó en voz alta. Mi padre, cuando no se comportaba como un político, un abogado o un hombre de negocios, era en realidad un hombre de buen carácter. Estaba segura de que nuestra relación sería diferente si esas cosas no se interpusieran entre nosotros. Al menos en eso tenía que darle la razón a mi hermana. "¡Definitivamente, mi hija no va a empezar nada con alguien así!".

"¿Por qué?", pregunté riendo, pero podía sentirme temblar. En realidad había creído que mi padre saldría a favor de alguien tan rico como Alex.

"Puede que sea un buen partido económicamente, Carrie, pero recuerda lo que hizo para ganar ese dinero". Movió las cejas sugestivamente, poniéndole una expresión extraña. Gimiendo, se recostó en su silla y bebió un poco de su zumo. "Un hombre así no es para mi hija, ni para nuestra familia".

"En realidad no es tan malo, ¿sabes?", insistí con cautela. Después de todo, no quería que mi padre descubriera que realmente había algo más entre Alex y yo. Por lo menos había estado pasando en el pasado.

"Carrie, el hombre no tiene buen carácter. Un hombre con buen carácter no llevaría a cabo una idea de negocio como esa, o un reality show como ese". Se rió estruendosamente y se acarició el fuerte pecho. Cuando era más joven,yo siempre pensé que mi padre era el hombre más fuerte del mundo. Lo seguía adorando aunque esa adoración estuviera envenenada por sus constantes exigencias y nuestros desacuerdos.

"Tienes razón", murmuré, tratando de no enojarle. La paciencia de mi padre casi no existía, la explosión no estaba lejos. Era mejor darle la razón que arriesgarse a que saltara una chispa.

Salí de su despacho y decidí dar un pequeño paseo por nuestro jardín. Tenía pensado llamar a Alex. Tenía una idea que podría devolverme el favor de mi padre.

"¿Alex?", pregunté en voz baja al auricular mientras me sentaba en uno de los bancos del jardín y dejaba colgando las piernas. Después de nuestro encuentro en la cafetería, tenía un mejor presentimiento sobre él. Quizá no todo estaba perdido entre nosotros.

"¿Qué tal?" Su voz sonaba amistosa, aunque distante. El matiz frío había desaparecido. Así que la conversación también había provocado un cambio en él.

"Sé que puede que no quieras oír esto. No, definitivamente no quieres oír esto. Pero dime, la cosa sobre el espectáculo..." Vacilé y mi voz se debilitó. Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Alex sin duda sabía a dónde quería llegar, pero no me pasaría esa papeleta. "¿Es realmente un hecho que no quieres continuar el rodaje en el rancho? Seguro que podemos volver a hablarlo". Eso significa mucho para mí. Me ayudaría a hacer las paces con mi padre. Pero no lo dije.

"Carrie, yo...".

"Sé que estás enojado conmigo. Y tienes todo el derecho a estarlo. A mí tampoco me gusta rogarte. Pero...", pero no pude terminar la frase.

"No vamos a continuar el rodaje en absoluto. Ni en el rancho ni en ningún otro sitio".

"¿Qué?", pregunté perpleja. En una de nuestras conversaciones amistosas, antes de que se supiera la verdad, Alex había dicho una vez que el programa era justo lo que su carrera había necesitado. Un buen empujón, o algo así.

"No va bien, Carrie. La audiencia ha caído en picado. No vale la pena continuar con el programa. Estoy tirando el dinero innecesariamente". En ese momento, parecía como si me quitara un peso de encima. Quisiera admitirlo o no, había sentido celos cuando

Alex flirteaba y tonteaba con todas aquellas chicas. Tanto si era sólo para la cámara como si no. Por otro lado, la cancelación de la serie no sólo estaba perjudicando a Alex, sino también a mí. Nos quedamos en silencio unos instantes.

"¿Qué pasaría", rompí el silencio, "si la hija de un político popular hiciera una pequeña aparición como invitada en ella?". Sentía que me temblaba la voz. Odiaba ser el centro de atención. Odiaba que los demás me observaran. Pero para salvar el rancho y mi propia carrera, estaba dispuesta a saltar por encima de mi propia sombra.

"¿Sabes qué? Eso no suena tan mal. Tal vez podría aumentar la audiencia un poco de nuevo. La gente siente curiosidad por el alcalde Dunlap y su familia. Su familia siempre ha sido muy reservada. Creo que la curiosidad de la gente podría salvar el programa".

"De acuerdo".

"¿De acuerdo?".

"Sí, de acuerdo".

"Entonces, ¿nos vemos, digamos, en el café dentro de una hora y discutimos todo lo demás?".

"Hasta entonces", me despedí con el corazón palpitante.

***

La reunión fue sorprendentemente bien. Por primera vez en mucho tiempo, Alex y yo nos habíamos encontrado y hablado, incluso bromeado, sin ninguna tensión. Ambos teníamos un interés en el que el otro podía ayudar: Yo intentaría ayudar a Alex a recuperar la audiencia. Y a cambio, él mantendría la producción en el rancho para que yo tuviera un éxito que mostrar a mi padre.

Después de la reunión, cuando entré en el salón donde mi padre disfrutaba de su escaso tiempo libre, apenas levantó la vista. Seguía enfadado conmigo y, aunque no gritó, me lo hizo sentir. En un momento, sin embargo, las tornas cambiarían a mi favor.

"He hablado con Alex", abrí la conversación, observando cómo ladeaba ligeramente la cabeza y levantaba las cejas. No dijo nada,

pero le picó la curiosidad. "La producción continuará en nuestro rancho según lo acordado".

Mi padre levantó la vista y una brillante sonrisa se dibujó en su boca.

"¿Cómo lo has conseguido?", preguntó incrédulo. Obviamente, él también había intentado aplacar a Alex.

"Bueno, a la hora de negociar no soy tan mala como crees". Yo también sonreí, aunque sinceramente no me sentía cómoda con la idea de estar delante de la cámara. ¿Qué diría mi familia? Especialmente mi padre, que siempre había procurado mantener nuestra vida privada lo más alejada posible de los medios de comunicación. Mi hermana y yo habíamos tenido que pasar a un segundo plano toda la vida por su culpa. No ir a esa fiesta, no quedar con esos amigos. Todo por miedo a que se supiera demasiado.

Pero era demasiado tarde para esos pensamientos. En cuanto la productora volviera a las andadas, me convertiría en una estrella de reality show junto a Alex.

Capítulo 20 - Alex

Los días se alargaban. Mi padre estaba ocupado intentando condenar a Stacks-Life a la irrelevancia. Y el rodaje aún no podía continuar, pues la productora ya había retirado casi todo del rancho y tenía que volver a reconstruirlo. Mi agenda también estaba vacía. Para mí, eso significaba unos días de vacaciones no deseados.

Aproveché el tiempo para cumplir un deseo que albergaba desde hacía mucho tiempo. Durante muchos años había querido tener una mascota, pero era consciente de que podría atenderla debido a los numerosos viajes de negocios. Siempre tuve en mente ayudar en el refugio de animales local. Brad trabajaba en el refugio de animales y a menudo le acompañaba a pasear con algunos de los perros. Sólo para desconectar. Después de todo, me conocía lo suficiente como para saber que eso era exactamente lo que me gustaba.

"Hola, tío". Me abrazó con fuerza cuando se reunió conmigo en la puerta principal. Brad siempre detectaba cuando algo estaba mal. Sabía cuando yo no estaba bien. Brad me enseñó los terrenos y luego me llevó a unas instalaciones espaciosas. El refugio no tenía nada que ver con las películas y series malas: no había perreras ni animales vegetando en sus jaulas. En su lugar, llegamos a una zona donde retozaban un puñado de perros jóvenes. Uno, sin embargo, me llamó la atención: un monstruo de perro marrón y negro. Sólo se le veía la espalda, ya que estaba sentado con el hocico hacia la pared. No participaba en el juego de los demás, sino que miraba fijamente hacia el rincón que tenía enfrente.

"Ese es Duke", explicó Brad, que había seguido mi mirada. "Pero el... bueno, él es un poco diferente. Vamos a ver a los otros chicos". Pero algo en Duke me intrigaba y, al mismo tiempo, disparaba mi instinto de proteger al animal, más débil y visiblemente destrozado.

"¿Qué le ha pasado?", resoplé, dando un paso hacia el macho.

"Bueno, lo que pasa muy a menudo. Un accidente. Un embarazo no deseado. Los cachorros fueron separados de su madre demasiado pronto y entregados a algunas familias. La familia de

Duke eran unos drogadictos. Tiene algunas quemaduras. El refugio lo sacó de allí. Quién sabe lo que le pasó al pobre diablo. Rara vez he visto un perro joven como él".

¿Cuántos años tiene?", inquirí.

"Ni un año", murmuró Brad. "Quizá seis o nueve meses".

Asentí. "¿Le gusta salir a pasear?".

Brad me miró sorprendido.

"Bueno. Se deja llevar. Obediente es el tío. Pero difícilmente te va a dar una alegría. Está roto, tío. Mejor juega con los otros. Les ayudarás más a ellos, a ti mismo y al refugio".

Pero me limité a negar con la cabeza.

"¿Me lo confiarías para dar un paseo por el bosque?", señalé con la cabeza la parcela de bosque que lindaba con el complejo del refugio.

"Puedes intentarlo. Irá contigo, no creo que eso sea un problema. Y no tira de la correa ni nada. Es sólo...".

"Vale, enséñame dónde están sus cosas".

Cuando salí del refugio con el mestizo un cuarto de hora más tarde, me sentí como si tuviera un jubilado conmigo, no un perro joven. Duke no tiró. Duke no miraba a su alrededor. Duke no caminaba a mi lado ni delante de mí. Duke se limitó a mirar al suelo y a trotar obedientemente detrás de mí.

Igualé su paso y al principio me quedé callado. El aire fresco, con olor a bosque, me llenaba los pulmones y disfrutaba cuando los rayos del sol me iluminaban la cara a través de las copas de los árboles. En algún momento, debíamos de llevar media hora caminando, empecé a hablar con Duke.

Le hablé de Carrie y del bebé, de mis negocios y de mi padre. El perro no reaccionó. Apenas olfateaba y, salvo un breve momento en que defecó en un arbusto, apenas había vida en el animal. En un pequeño lago donde había un banco, me acomodé y el perro macho se sentó junto al banco y se quedó mirando al frente.

Mi mano encontró su cabeza y la acaricié con cuidado, observando cómo reaccionaba al tacto desconocido. Duke no mostró placer, pero parecía igualmente reacio. Así que le acaricié mientras

miraba el lago y pensaba en cómo debía y podía continuar todo esto.

***

Llevé a Duke de vuelta al refugio con el corazón encogido. Me había mirado brevemente mientras me marchaba. Pero tal vez me lo estaba imaginando. Me propuse repetir el viaje con el perro macho. Pero en ese momento tenía algo que hacer. Algo importante.

Fui a la ciudad y compré unas flores. No tenía ni idea de flores, pero le había dicho a la florista mi petición y me había hecho un ramo de flores y tulipanes.

"Gritan 'perdón' desde lejos", bromeó.

Mientras estaba fuera de la casa de Carrie con el ramo en la mano, sentí que temblaba. De repente, no estaba seguro de mí mismo. Sin embargo, cuando Carrie abrió la puerta, las dudas desaparecieron. Tenía un aspecto encantador. Llevaba el pelo largo trenzado en una coleta que le caía suelta sobre los hombros. No llevaba maquillaje. Tenía sombras bajo los ojos y, sin embargo, estaba radiante. Contuve la respiración. No podía sentirme así por ella, me reprendí.

"Alex", murmuró sorprendida.

"¿Puedo entrar un momento?", pregunté un poco incómodo. Después de todo, no me había sentido así desde mi primera cita a los 15 años.

"Sí, claro. De todas formas, estoy sola en casa. No habrá preguntas estúpidas", murmuró. Así es, ni siquiera había pensado en eso cuando hice mi apresurado plan. Pero el destino parecía estar de mi parte.

Mientras estábamos en el amplio salón, me miró con desconfianza. Sus ojos alternaban entre las flores y yo.

"Quería disculparme", me apresuré a explicarle, tendiéndole el ramo. "Me temo que no sé mucho de flores. Espero que te gusten". Dios, sonaba como un idiota. No como alguien que había estado rodeado de cientos de mujeres.

"Gracias", su voz era tranquila y un matiz que no podía ser interpretado se había colado. "Son muy bonitas".

Se dirigió a una vitrina situada en el otro extremo de la habitación y cogió un jarrón. Cuando desapareció en la cocina para traer agua, miré un poco a mi alrededor. Había fotos de una boda. Y fotos de Carrie y su hermana. Una foto de bebé, seguro que era Carrie, me llamó la atención. ¿Se parecería nuestro hijo a ella? ¿Se parecería a ella o a mí?

"Bueno, ¿has encontrado algún material incriminatorio?", se rió Carrie de repente detrás de mí, dejando el jarrón en el suelo mientras yo me giraba. En lugar de responder, me acerqué a ella. Sentí unas ganas increíbles de ponerle la mano en el estómago y no pude evitar ceder a ese impulso. Nos quedamos un momento en silencio. Mis manos en su vientre, mi respiración entrecortada. Llevaba un jersey holgado, pero con mis dedos pude sentir la suave curva de su vientre.

"Alex...", empezó.

"No, no me quites esto", le supliqué. Suspiró. Pero no era un suspiro desesperado. Me di cuenta cuando levanté la vista. Había deseo en sus ojos.

Por un momento nos miramos a los ojos antes de que mis labios se encontraran con los suyos. Nos besamos con la avidez de los sedientos que acaban de encontrar un oasis en el desierto. Mis manos pasaron por debajo del jersey, pero no sólo hasta su vientre. Subí por su espalda, disfrutando de su piel cálida y suave. Su aroma llegó hasta mi nariz y amenazó con embriagar mis sentidos. Su olor siempre me inspiraba a una sensación de calidez y satisfacción. Una sensación difícil de describir, que había sentido por última vez cuando era pequeño. Cuando éramos una familia y mi padre no había hecho todo lo posible por desafiarme y humillarme. De repente, pasó por mi mente: volver a casa. Eso era lo que su olor y toda su presencia me recordaba.

"No deberíamos...". Su voz era un susurro áspero. Sus dedos en mi cuello, sin embargo, hablaban otro idioma, subiendo por la sombra de mi barba hasta mis mejillas. Me agarró la cara y su mirada se posó en mis labios.

Cuando mi boca se encontró con la suya, pensé que me asfixiaba, que me ahogaba con aquel aroma y aquella sensación. Pero quería hacerlo. Si esto era lo que sentía al ahogarme, no quería volver a la superficie del agua.

Empujé a Carrie contra la pared. Cuando su espalda golpeó el duro fondo, se le escapó un gemido de sorpresa. No pude evitar sonreír. Tenía las mejillas sonrojadas, los ojos brillantes de deseo, el pelo le caía en mechones enmarañados por la cara. Se lo acaricié suavemente detrás de la oreja. Era increíblemente hermosa.

Entonces volvimos a besarnos. Carrie se apretó contra mí, su cuerpo se acurrucó perfectamente con el mío. Tenía que sentir mi polla dura, que casi amenazaba con reventar los pantalones. Pero eso era bueno. Quería que sintiera, que supiera cuánto la deseaba. Lo mucho que la deseaba. Lo que estaba haciendo con mi autocontrol.

Volví a acariciar su carne desnuda bajo la camisa. Aparté la copa de su sujetador y mi pulgar encontró su pezón. Carrie se puso rígida brevemente y gimió.

"¿Cuánto tiempo lleva tu familia fuera de casa?", murmuré gimiendo en su oído.

"Bastante", respondió con voz temblorosa.

"Creo que deberías enseñarme la casa algún día. Empezando por tu dormitorio".

Al principio temí que Carrie no pudiera dar un paso con sus piernas temblorosas. Estaba tan tensa y agitada como yo. Y verla sólo me excitaba más. Me deseaba, igual que yo a ella.

"Ven", exhaló, entrelazando sus dedos con los míos. Me invadió otra oleada de sentimientos que nada tenían que ver con mi deseo sexual por aquella mujer. Pero aparté ese pensamiento.

Su habitación era espaciosa y cómoda. Había cuadros por todas partes. Miré a mi alrededor con curiosidad cuando cerró la puerta. Había un peluche sobre la cama, un perro. Me recordó un poco a Duke, el perro que había paseado en el refugio.

"Este es Mister Ruffles", me aclaró tímidamente Carrie mientras seguía mi mirada. Tiró apresuradamente del peluche hacia ella y lo sentó sobre una cómoda. Me habría gustado decirle que un peluche

no era motivo de vergüenza. Yo también conservaba el osito de peluche que me habían regalado mis abuelos.

Me senté en la cama y la acaricié invitándola a mi lado. Carrie, la madre de mi hijo, pareció de repente tímida. Tuve que reírme.

"Ven a mí, Car". Sus ojos adoptaron una expresión que no supe interpretar. Por un momento se detuvo, pero luego dio un paso hacia mí para que pudiera rodearla con mis brazos.

Tiré suavemente de ella hacia la cama y la abracé durante un breve instante. El momento fue mágico, pero fue sustituido por una pasión repentina cuando nuestros labios se encontraron.

Mi mano se dirigió al dobladillo de su pantalón de chándal. Sin esfuerzo, pude deshacer el lazo con el que había atado el pantalón y mi mano se deslizó bajo el dobladillo. No llevaba nada más que ropa interior, así que mis dedos encontraron rápidamente su objetivo. Primero hundí uno, luego dos dedos en su vagina y empecé a penetrarla rítmicamente mientras mi pulgar rodeaba suavemente su clítoris. Carrie se incorporó y tembló. Su abdomen se movía suplicante hacia mí. Durante su primer clímax, la miré con avidez. Me empapé de cada momento, sin querer olvidarlo nunca.

Cuando se recuperó un poco, me desnudé. Mientras me desnudaba, ella me miró.

"¿Te gusta lo que ves?", le pregunté malhumorado. No era de los que ansiaban autoafirmarse. Pero con Carrie, me importaba. Lo que ella pensaba me importaba.

Volvió a sonrojarse, pero asintió. Mientras mi miembro rígido se abría paso fuera de mis pantalones, pude ver a Carrie mordiéndose el labio. Dios, esta mujer me estaba volviendo loco.

Me tumbé con ella y la desnudé suavemente. Acariciándola una y otra vez. Como si ella fuera un tesoro que no pudiera ser dañado por nada del mundo. Y, pasó por mi subconsciente, tal vez lo era. Al menos para mí.

Mientras Carrie yacía desnuda ante mí, abrió las piernas. Mis ojos se posaron en la piel sonrosada de su vagina y tuve que probarla. Me incliné hacia delante y pasé la punta de la lengua por su hendidura húmeda. Me apoyé en una mano mientras la penetraba de nuevo con los dedos de la otra. Mi lengua jugaba alrededor de

sus labios, de su clítoris. Una y otra vez la madre de mi hijo gemía, exigente, ávida. Justo antes de que pudiera correrse otra vez, levanté la mano y me coloqué de modo que pudiera penetrarla. Frote mi pene por su vagina húmeda una y otra vez.

"Alex, por favor", me suplicó pasándome la mano por el pelo, "no me hagas retorcerme".

Al instante siguiente estaba penetrándola, casi abrumado por su estrechez. La deseaba tanto que temía no poder controlarme. Con esfuerzo, empecé a moverme lentamente. A penetrarla. Nuestras respiraciones eran rápidas y, cuando me incliné para besarla, se entremezclaron.

"Alex", gemía una y otra vez. Oír mi nombre en su boca me pareció el sonido más hermoso del mundo. Y sólo unos segundos después, nos corrimos juntos.

***

"¿Verde?", pregunté, acariciando su vientre desnudo. Me había apoyado en mi brazo para poder mirar a Carrie. Estaba tumbada en la cama, todavía con el sudor brillando en su piel enrojecida.

"Sí, verde suena bien. Tenemos un caballo balancín en el ático. Pero es muy viejo, me temo".

"Conozco a un buen artesano. Seguro que puede arreglarlo hasta que nuestro hijo sea lo bastante grande para usarlo", sonreí. Pensar en nuestro hijo común jugando en un caballito balancín en su habitación infantil empapelada de verde me dejó una agradable sensación de calidez en la boca del estómago. Por difícil que fuera la situación, Carrie y yo seguíamos estando de acuerdo en muchas cosas.

"Tengo que...".

"...irme", terminó la frase que me costaba llevar a los labios. Mis manos se deslizaron sobre sus pechos turgentes.

"Sí." No quería irme, todavía no. Me habría gustado seguir hablando con Carrie de cosas como los juguetes, los muebles o incluso la relación especial con los padres difíciles. Teníamos mucho en común, muchos puntos de vista similares. Fue bueno hablar con

ella. "Lo siento mucho", me disculpé. Aunque nunca tuve problemas en dejar solas a la mujeres con las que había tenido sexo, me sentía fatal.

"No pasa nada. Mis padres y hermana volverán pronto de la recepción. No tienen por qué presenciar nada de esto", me señaló a mí y a ella misma, "¿verdad?".

Asentí con la cabeza, aunque, por extraño que parezca, sentí que estaría bien poder hablar de nosotros, sobre el niño.

Unos minutos después, mientras caminaba por el aire fresco de la noche hacia mi coche, sentí escalofríos. Pero no era el aire frío lo que me hacía temblar. Era el futuro. Desde que terminé la escuela, nunca tuve dudas de lo que hacía. Siempre había visto mi camino justo delante de mí.

Pero había una incógnita en esa ecuación: Carrie y nuestro hijo. Desde aquella noche, desde aquella conversación después del sexo, supe muy claramente por qué pensaba en Carrie tan a menudo. Por qué me gustaba hablar con ella. Por qué disfrutaba de su presencia. Y por qué era capaz de derrumbarme y ponerme contra la pared.

Pero nunca había amado a una mujer. Había jurado follarme a las mujeres más hermosas durante el resto de mi vida, y un hijo me parecía una idea tan absurda que ni siquiera me había planteado la opción hasta ese momento. Pero de repente me vino a la cabeza que no quería follarme a todas las mujeres hermosas, quería follarme a la única, a la mujer más hermosa de este planeta todos los putos días del resto de mi (potente) vida. Y que quería ver a mi hijo aprender a andar. Sentado en ese caballito balancín. Más tarde en uno de verdad. ¿Un pony Shetland, tal vez? ¿Para empezar? Y luego quería ayudar con los deberes. Estar allí para los bailes de graduación. Dar palmaditas de orgullo a mi hijo en la espalda o echar del patio al primer novio de mi hija.

Al llegar a mi coche, me desplomé contra él, frustrado. Necesitaba superar esto. Alejarme de estos pensamientos. No tenía permitido amar a Carrie. Y no podía dejar que la idea de tener una familia completa y feliz me nublara la mente. Eran las hormonas. Estoy seguro. ¿Quién dijo que sólo las mujeres se volvían locas

durante el embarazo? ¿Y si algunos procesos extraños se desencadenan también en los hombres?

No podía meterme en todo eso. Lo perdería todo: mi imagen de playboy y, en última instancia, mi empresa. Todo lo que había construido.

Pero este era mi bebé. Y Carrie era la madre de mi hijo. ¿Y si una nueva puerta se abría cuando otra se cerraba?

Capítulo 21 - Carrie

Las últimas semanas habían pasado volando. Alex y yo habíamos pasado mucho tiempo juntos, saliendo juntos. Conocía todos los restaurantes de moda de la ciudad y Alex se lo había pasado en grande cuando volví a probar todos los postres que había en el menú. Al menos tenía una buena excusa, después de todo estaba comiendo por dos. Realmente sentí que había un cambio. Alex ya no estaba tan distante, preguntando por mí. Hablamos mucho y llegamos a conocernos. A veces hablábamos de cosas muy íntimas. A veces simplemente tonteábamos o encontrábamos intereses comunes. Me enteré, por ejemplo, de que Alex no tenía intención de dedicarse para siempre a esta carrera de consejero vital. En realidad soñaba con una pequeña cabaña en el bosque, un perro y la posibilidad de pasear por el bosque cuando le apeteciera. También descubrí que sabía montar a caballo. Y no lo hacía nada mal. Sólo que ya no lo hacía a menudo porque el trabajo le exigía mucho.

Mientras holgazaneaba en el sofá un sábado lluvioso, fingiendo leer, sujetaba un chocolate caliente con las dos manos, me preguntaba qué significaba todo aquello. Las citas en los restaurantes caros, los pequeños coqueteos durante los descansos del rodaje. La química que de forma casi audible y visible crepitaba y parpadeaba entre nosotros.

El libro resbaló de mi regazo, pero lo dejé allí. Tomé un sorbo de cacao e intenté imaginar cómo sería la vida con Alex. No podía evitar pensar en días lluviosos como aquel, con la diferencia de que no estaría yo sola sentada en el sofá. Yo estaría leyendo mi libro y Alex tendría a nuestro hijo en brazos, quizá ojeando las noticias en su smartphone. O cocinaríamos juntos. Y en los días soleados iríamos a pasear al parque infantil. Con nuestro perro y nuestro hijo. Y nos sentaríamos en uno de los bancos, cogidos de la mano, observando orgullosos a nuestra hija o hijo. Comeríamos juntos. Y tal vez discutiríamos de esto o aquello, pero después nos reconciliaríamos con toda pasión.

Nos...

Dios, la vida con Alex podía ser tan hermosa. Por primera vez, no pensaba sólo en una carrera política cuando pensaba en mi propio futuro. Sinceramente, en ese momento me pregunté si siquiera querría ser político si viviera una vida feliz con Alex y nuestro hijo. ¿Realmente querría seguir sentada en la oficina hasta medianoche todos los días? ¿O no preferiría leer un cuento a una criaturita y luego acurrucarme en la cama con Alex?

Mis pensamientos divagaban inevitablemente y sentí que empezaba a replantearme todo por lo que había vivido y trabajado hasta ese momento. ¿Y si la vida no consistiera en absoluto en mantener la dignidad de la familia y conseguir que el apellido Dunlap se asociara a políticos de éxito que dedicaran todo su trabajo al bienestar de los ciudadanos? ¿Y si se tratara más bien de tener una familia feliz. ¿Construir una vida juntos?

Suspiré profundamente.

"Bueno, ¿estás soñando con Alex?".

Al oír la voz de Miranda, casi derramo mi cacao, que de todas formas ya se había enfriado gracias a mis ensoñaciones.

"Jaja, muy graciosa", me burlé de ella, pero me contuve de hacer más comentarios punzantes. Le había hablado a Alex del bebé, pero no de nuestro padre. Por alguna razón. Quizá quería evitarle el susto. Tal vez poseía al menos un mínimo de decencia, la suficiente para no intimidar a su propia hermana embarazada.

"Te das cuenta de que no tendrás ninguna oportunidad como política si esto se hace público, ¿verdad?", repitió mientras se dejaba caer en el sillón frente a mí. Me señaló la barriga, que ya era notablemente abultada pero aún así era fácil de ocultar bajo ropa cómoda y holgada.

"Vete a la mierda, Miranda", respondí, molesta. Sin embargo, me di cuenta de que no estaba tan convencida de mi contradicción como de costumbre. ¿Quizá otras cosas se habían vuelto importantes para mí en las últimas semanas? ¿O más bien ciertas personas?

Me di cuenta de que estaba claramente más unida a Alex de lo que me hubiera gustado. Todas las citas, los planes que hicimos

juntos para nuestro hijo... habían dejado huella. Me había cambiado. Nos había cambiado.

"¿Sabías que tu amante está a punto de dar una entrevista en Radio UP?", rió Miranda. "No puedo esperar a ver si suelta la bomba. Buena publicidad para su empresa, seguro".

Suspiré pesadamente y conté hasta diez mientras cerraba los ojos. No quería irritar a Miranda. No mientras aún tuviera ese as en la manga.

"Será mejor que salga a dar un paseo", repliqué, dejando el cacao frío sobre la mesa. Salí del salón sin decir nada.

Poco después caminaba por el bosque. La lluvia tamborileaba suavemente sobre la capucha de mi chubasquero. Spencer olfateaba con interés este y aquel rincón, mientras yo tanteaba torpemente con los auriculares en la oreja. Por supuesto, me había llevado el móvil y, aunque no se lo había confesado a Miranda, iba a escuchar la entrevista. En el bosque urbano cercano había un gran lago con un par de bancos cubiertos en la orilla. Me senté allí mientras Spencer perseguía a una ardilla, para caminar hasta el agua poco después.

En el reproductor web de la radio, pulsé play justo a tiempo.

"...en el estudio, nuestro invitado Alex Stacks. Hola señor Stacks, ¿cómo está hoy?".

"Hola Johnny, puedes llamarme Alex". Alex soltó una pequeña carcajada. "¡Estoy muy bien! Espero que tú también".

"Estoy bien, Alex. Vayamos al grano. Te hemos invitado aquí para charlar, ¿verdad?". El anfitrión, Johnny, se echó a reír y Alex se unió a la carcajada. "Eres uno de los solteros con más éxito del mundo. Las mujeres caen a tus pies por docenas. ¿Cómo lo haces?".

"Bueno, en realidad, soy yo mismo. No se trata de fingir. Se trata de sacar lo mejor de ti mismo".

"¿Pero funciona tan fácilmente? Cuando te acuestas con tantas mujeres diferentes, ¿no acabas enamorándote?".

Alex soltó una carcajada. "Al menos a mí nunca me ha pasado". Me deslicé hacia delante y hacia atrás incómoda en el pequeño banco. "Claro, hay hombres que se enamorarían de una de las

mujeres tarde o temprano con un estilo de vida así. Pero entonces esos son hombres que desean una relación en sus vidas".

"¿Y tú no deseas eso?", se hizo eco Johnny.

"No. No me malinterpretes, Johnny. No juzgo a nadie que busque el amor de su vida. Pero para mí, eso son tonterías. No necesito a alguien en mi vida que esté colado por mí". Me dejé caer hacia atrás, con la espalda golpeando con fuerza contra la madera del pequeño banco. Sentí que se me formaba un nudo en la garganta. "Sólo soy una persona que está mejor sola. Capaz y dispuesta a vivir la vida. Odio las relaciones. Son construcciones de nuestra sociedad que nos constriñen. Tal vez... sí, tal vez es hora de decir adiós a este concepto anticuado. Estoy seguro de que la gente sería más feliz si fuera libre".

Siguió hablando, pero no pude escucharle más. En realidad siempre supe a qué atenerme con Alex. Se me cayó la venda de los ojos, me hice muchas ilusiones aquellas últimas semanas me había creado muchas esperanzas,mi imaginación me jugó una mala pasada.

El hombre por el que había desarrollado sentimientos y que era el padre de mi hijo era Alex Stacks, un playboy hasta la médula. ¿Qué había pensado? ¿Que cambiaría por mí? En aquel momento me sentí infinitamente estúpida e ingenua. Realmente había creído que el bebé y yo podríamos cambiarlo. Demostrarle que ser un playboy toda la vida y salir con tantas mujeres no era tan genial. Después de todas las confesiones y secretos que nos habíamos contado,yo estaba convencida que él estaba definitivamente interesado en un plan B. Con lo que me decía sobre el bebé, pensaba que él podía cambiar. Con lo que había declarado en aquella entrevista, perdí toda esperanza de tener un un futuro juntos.

Capítulo 22 - Alex

La entrevista fue bien y sentía que había sido capaz de captar a los oyentes. Sin embargo,me quedé pensativo. Había dado un discurso ardiente y apasionado sobre por qué no me gustaban las relaciones y por qué ningún ser humano debía encadenarse a otro, pero yo mismo estaba a punto de perder el corazón. Sentado en mi coche, en el aparcamiento frente al estudio de grabación, respiré hondo. Se me aceleró el corazón al pensar que todo lo que había hecho y sentido en las últimas semanas contradecía mis propias creencias. Y si seguía así, pronto dejaría de ser el hombre adecuado para dirigir Stacks-Life. No podía seguir así. Pero, ¿qué quería realmente? Ya no lo sabía. Carrie estaba desordenando completamente mis sentimientos. Sólo había una manera de encontrar mi camino de vuelta.

Me latía con fuerza en el pecho mientras cogía el teléfono. Todo en mí se negaba a esta llamada que estaba a punto de hacer. Pero no podía seguir así. No podía renunciar a todo lo que había construido por una simple mujer. Sobre todo porque ni siquiera sabía lo que realmente sentía y quería. Sólo sonó una vez, cuando Carrie también cogió el teléfono. Casi como si lo hubiera tenido en sus manos.

"¿Carrie?", pregunté, pero al mismo tiempo temí oír su voz. Aquella voz con la que asociaba aquella sensación deliciosamente cálida y que se había metido en mi corazón de tal manera que creía oírla incluso cuando la mujer a la que pertenecía aquella voz ni siquiera estaba cerca.

Su voz sonaba extraña, entrecortada. ¿Había estado llorando? Seguro que no. Seguramente sólo estaba ocupada en ese momento.

"Nuestra cita de esta noche", empecé. No quería seguir hablando, pero tenía que hacerlo: por mí y por Stacks-Life. "No creo que vaya a ser esta noche. Lo siento".

"No pasa nada". Sonaba claramente como si hubiera estado llorando.

"¿Está todo...?", pero ni siquiera llegué a decir lo que quería preguntar.

"Nos vemos." Después de decir eso, el tono de llamada sonó en la línea. Estaba enfadado. Enfadado, dolido, pero también un poco aliviado. Había trabajado mucho en mi imagen y en mi negocio. No podía abandonar la empresa por una mujer. Tenía que ser fiel a mis empleados y a mi visión. Tenía que ser fiel a mí mismo.

***

Henry y Brad se habían metido de lleno cuando les pregunté si querían salir de fiesta esa noche. El bajo retumbó en todo mi cuerpo cuando entramos en el club. Hermosas chicas contoneaban las caderas y se olvidaban del mundo en la pista de baile, mientras algunos chicos estaban sentados en la barra y en las mesas, al margen, disfrutando del espectáculo. El DJ que pinchaba era bueno. Le había visto en directo varias veces y me gustaban sus actuaciones. Una buena mezcla entre minimal y underground. Bajos contundentes y melodías pegadizas, sin muchas florituras.

"Voy a por algo de beber, ¿queréis algo?", pregunté a mis dos colegas. Sin embargo, negaron con la cabeza. Estaban enfrascados en una conversación sobre fútbol. Un tema en el que yo rara vez tenía algo que aportar. Incluso en el colegio, ambos habían jugado en el equipo de fútbol, mientras que yo sólo los había visto de vez en cuando. Y eso sólo porque eran mis amigos y quería apoyarlos. Yo mismo tenía poco interés en este deporte, que casi se había convertido en una religión para la mayoría de la gente.

"Un Oaxaca, por favor", pedí al llegar al mostrador.

"Un epicúreo, ¿eh?".

Mientras el camarero se ponía manos a la obra, giré la cabeza y llamé la atención de una morena muy guapa. Estaba muy maquillada y llevaba el pelo recogido en un impresionante peinado del que asomaban algunos mechones de colores. Llevaba la parte de arriba hecha jirones, dejando ver un sujetador de color neón. Sus largas piernas se enfundaban en unas medias de rejilla rotas que terminaban bajo una minifalda negra. Su aspecto gamberro prometía

un encuentro interesante. Me gustaban las mujeres que no encajaban en el molde. No sólo me atraían exteriormente, sino que normalmente prometían una conversación interesante. Y aunque fuera difícil de creer con mi historia, me gustaba cuando la persona con la que hablaba tuviera algo en la cabeza. Al fin y al cabo, parte de cada noche, por muy caliente que fuera, consistía en hablar el uno con el otro en algún momento.

"¿Quizá?", sonreí y le guiñé un ojo. Ella dio un sorbo a su vaso, lanzándome una mirada seductora. Sus ojos tenían un tono interesante, entre azul, verde y gris. Dependiendo de cómo sostuviera la cabeza y de la luz que penetrara en sus iris, dominaba un color diferente. Interesante.

"Alex Stacks, ¿verdad?", preguntó. Asentí sorprendido, pero un segundo después tuve que admitir que, gracias al reality show, probablemente mucha gente reconocía mi cara. No sabía si me gustaba que se presentara a mí de ese modo. Me chocaba un poco que se dirigiera a mí sólo porque sabía exactamente quién era y a dónde me llevaría probablemente este encuentro. Pero era sexy. Aún no parecía insistente ni incómoda. Y ella era quizás la mejor opción para dejar de pensar en Carrie. Y de eso se trataba aquella noche. Quería olvidarme de ella. Y lo más importante, de mis sentimientos por ella. Quería encontrar el camino de vuelta a mí mismo. Y aquella punk caliente prometía ser la chica para ese plan.

"Exacto", confirmé. "¿Y tengo el placer de?".

"Brandy". Hizo una exagerada reverencia, bajando para que yo pudiera ver perfectamente su escote, y volvió a sonreír. "No sabía que los famosos frecuentaban este lugar".

"Bueno, yo tampoco me llamaría famoso", repliqué. "Más bien un hombre de negocios". No me identificaba con las estrellas y las estrellitas. Me veía a mí mismo como un hombre de éxito. Quería crear algo que además tuviera un valor añadido para la gente. Y quería tener éxito con ello y ganar dinero. El hecho de que la gente me reconociera por la calle nunca había formado parte del plan.

Cuando el camarero me sirvió mi bebida, le di un sorbo y ya me dirigía de nuevo a Brad y Henry cuando Brandy me interrumpió.

"¿Qué tal si tomamos nuestras copas y luego vamos a bailar?". Su mirada era inconfundible y no dejaba lugar a especulaciones.

Por un momento me lo pensé, pero luego asentí. Después de todo, había venido aquí para reencontrarme conmigo mismo y con mis raíces. Y tenía la sensación de que con Brandy lo conseguiría.

Hablamos un poco mientras vaciamos nuestras copas. Brandy resultó ser amante de los animales, pero a diferencia de mí, le gustaban más los gatos que los perros. Pero como esto no iba a durar más de una noche, podía pasarlo por alto.

"Vamos a bailar, nena", le susurré al oído y mi mano encontró sus regordetas nalgas. Aunque la tela de gasa separaba mi mano de su piel, podía sentir sus curvas torneadas. Soltó una risita de niña y me siguió a la habitación contigua. Con una rápida mirada, me aseguré de que Brad y Henry también habían encontrado una chica. Nuestras miradas se cruzaron brevemente y los chicos asintieron agradecidos al ver a Brandy. Pero Henry y Brad tampoco perdieron detalle. Tal vez fuera porque sólo les eché un vistazo rápido, pero me pareció que se habían liado con gemelas, o al menos hermanas.

Entonces empezamos a bailar. Me encantaba esa sensación cuando la música se apoderaba por completo de mí. Brandy se acurrucó tan cerca que nos fundimos en uno. Su culo se apretaba contra mi polla. Mis manos seguían acariciando justo debajo de sus pechos. Era un juego con fuego.

Cuando se volvió hacia mí, sentí sus dedos delgados con sus largas uñas en la cinturilla de mis pantalones. Los metió bajo la tela y palpó mis partes íntimas. Sentí sus uñas contra la piel sensible cuando cerró la mano a su alrededor y empezó a moverla. Gemí desesperadamente, con una gran variedad de sensaciones y deseos luchando entre sí dentro de mí.

"¿Qué tal si avanzamos un poco?", murmuró contra mi oído y me estremecí un segundo. Eso era lo que había querido, ¿no? Pero entonces, ¿por qué no se me ponía dura mientras me acariciaba el pene con las yemas de los dedos? ¿Por qué no me excitaba su proposición? Una imagen de Carrie pasó por mi mente. Su forma de sonreír. Y cómo solíamos pasar el rato juntos en el rancho durante los descansos del rodaje y hablar de todo tipo de cosas. Y cómo

habíamos tenido una cita maravillosa tras otra y habíamos llegado a conocernos mejor.

La cogí del brazo y terminé lo que ella intentaba empezar.

"Lo siento", murmuré disculpándome, y luego salí del club a toda prisa sin esperar su respuesta o reacción.

Fuera, al aire libre, me incliné hacia delante y respiré hondo. Exhalé profundamente. Volví a respirar profundamente. Necesitaba calmarme. El pánico se agitaba en mí y no estaba seguro de cómo reaccionar. No podía acostarme con otra mujer mientras sintiera tanto por Carrie. Simplemente no podía.

Escribí un mensaje a Brad disculpándome y luego caminé a casa. Perdido como un perro callejero. En algún momento, empecé a trotar. Luego a correr. Pero moverme bajo un cielo estrellado tampoco me llevaba a ninguna parte. Me sentía frenético y apresurado. No sabía qué hacer.

Cuando llegué a mi casa, sin embargo, no busqué mis llaves, sino mi teléfono. Era poco antes de medianoche.

"¿Alex?" La voz de Carrie sonaba somnolienta. Mi corazón empezó a acelerarse.

"Hola, yo. Quería... Siento llamarte tan tarde.... Quiero decir".

"¿Estás borracho?". Escuché en mi interior por un momento, pero me las arreglé para responder negativamente a la pregunta. Sólo había tomado una copa, eso era todo. Ni siquiera había llegado a más que eso antes de salir del club a toda prisa.

"No, sólo estoy...." Sí, ¿qué estaba realmente? ¿Confuso? ¿Emocionado? ¿Al límite de mis fuerzas? ¿Completamente desorientado? ¿Ya no sabía quién era ni lo que quería? "Es sobre la cita. Lo siento, yo... bueno, la cancelé. ¿Qué tal si vamos a Chez Louis mañana?".

"No".

"Vale, entonces, nos vemos... espera, ¿qué?". Al principio ni siquiera me había dado cuenta de que acababa de darme calabazas. Simplemente no me lo esperaba.

"No", repitió con voz helada. Una voz tan gélida que me estremecí a través de la línea y me rodeé con el brazo libre.

"Oh..." El silencio se apoderó de mí, de ella, de ambos". Necesité un momento para asimilar su desaire. "De acuerdo".

Colgué y me senté en la puerta. El suelo estaba frío y húmedo, pero en aquel momento apenas lo sentí. Miré las estrellas y me pregunté si realmente existía el destino y, en caso afirmativo, qué me tendría reservado y cuándo tendría mi final feliz. Aunque nunca me lo admitiría a mí mismo, deseaba precisamente eso: un final feliz. Cualquiera que fuera para mí.

Pero aún más acuciante era la cuestión de si podría haber un final feliz para Carrie y para mí. Ya no podía negar que sentía algo por ella y no podía seguir como si nada hubiera pasado. La quería. Y quería a nuestro hijo. ¿Pero quería una relación? ¿Una vida familiar? ¿Y todas las consecuencias que eso tendría para mí?

Y sobre todo: ¿era yo lo que ella quería? ¿Lo que ella necesitaba? ¿Lo que ambos necesitábamos? No estaba seguro de poder ser un buen marido y un buen padre, aunque lo intentara. ¿Y si los dos estuvieran mejor sin mí?

Capítulo 23 - Carrie

"Si no lo haces, hablaré con él". Había un tono de enfado en la voz de mi madre, algo muy poco habitual en ella. Aunque mi madre no era una persona que dejara que todo le pasara, por lo general se mantenía más bien callada y manejaba sus asuntos en un segundo plano. Si no la conocías, podías percibirla fácilmente como débil, pero no lo era. "No puedo seguir mintiéndole, Carrie. Es mi marido y es el abuelo de este niño. Entiendo tu miedo, pero no puedo seguir haciendo esto. No puedo seguir mintiéndole y traicionándole".

"¡Mamá, por favor! No le estás mintiendo, simplemente no se lo estás contando todo todavía", le supliqué. La situación ya estaba tensa al límite: la discusión con Alex y sus eternas idas y venidas me estaban agotando. A veces quería al niño y a mí. A veces me apartaba de nuevo. Su comportamiento me partía el corazón. No tenía fuerzas para pelear también con mi padre.

"Carrie, puede que tu padre sea estricto y sí, no ha cambiado precisamente a mejor en los últimos años. Lo admito. Pero no es un monstruo. Y tú lo sabes. El viejo Hugh todavía está ahí, estoy seguro de ello. Seguro que estará encantado". Mi madre lanzó los brazos al aire en un gesto exasperado y corrió como un caballo sobresaltado de una esquina a otra del salón. Yo la admiraba por apoyar así a mi padre. Si hasta nosotros, los niños, habíamos establecido con él una especie de relación de amor-odio porque con los años se había vuelto cada vez más brusco, ¿qué sería de su mujer? Pero, a pesar de su cambio, ella seguía apegada a él. Y por primera vez me di cuenta de que esperaba recuperar a su Hugh algún día. El hombre del que se había enamorado y con el que había formado una familia.

"Al menos déjame hablarlo con Alex primero. También es su hijo", le respondí. Hacía unos días que mi madre sabía quién era el padre del niño. No se había sentido especialmente entusiasmada, pero pronto había vuelto a dejar el tema. De todos modos, ya no se podía hacer nada. Y al menos Alex tenía dinero suficiente para mantenerme con el niño en caso de duda, aunque sinceramente no

quería ni un céntimo de él si no me apoyaba a mí y al niño. Yo no era una aprovechada para conseguir el dinero de un hombre rico. Podía arreglar mi manutención y la del niño.

"Hazlo ya, Carrie. Ya no estoy de humor para esta farsa". Mi madre parecía tan frustrada y enfadada que me sentí culpable. Al contarle todo esto, la había convertido en cómplice y, por lo tanto, la había obligado a mentir. Algo que en realidad no le convenía en absoluto. Y algo que no debería haberle pedido que hiciera. Pero mi necesidad de apoyo fue tan grande que tuve que confiar en ella.

"Sí, habla con papá. Quedará más para mí cuando te deshereden". Miranda había estado sentada en silencio en una silla hasta entonces, limitándose a mirar a un lado y a otro entre mamá y yo. Sólo le faltaba una bolsa de palomitas. No me habría sorprendido. Sentía que todo aquello era un éxito para Miranda, yo estaba fracasando en todo en aquel momento.

"Por el amor de Dios, Miranda. Cállate la boca!", le grité.

"¡Chica!", intentó intervenir mi madre, pero recordé todo lo que Miranda me había hecho en los últimos meses, mejor dicho, años. De cada burla y cada indirecta desagradable. Cada vez que me lastimaba, y me apuñalaba por la espalda. Literalmente podía sentir las emociones explotando dentro de mí y no podía contenerme.

"Eres una perra, Miranda. No puedo entender cómo podemos ser hermanas. Cómo puedes ser la hija de nuestros padres. Eres mala hasta la médula. Si tienes corazón, es de piedra o de hielo".

"Oh, ¿y tú eres mucho mejor?". Su sonrisa era tan falsa que di un paso hacia mi hermana. "Mírate. ¿Dónde estás en este momento? Sin un trabajo de verdad. Sin oportunidades de futuro. Y el padre es un hombre que gana dinero tirándose a tantas tías como puede, de las que tú eras una más. ¿Quizá no sólo concebiste un hijo suyo, sino que también contrajiste alguna ETS mientras lo hacías?". Se rió tan burlonamente que la sangre de mis venas se aceleró cada vez más y pude sentir los fuertes latidos de mi corazón por todo el cuerpo. Estaba fuera de mí y Miranda sólo consiguió irritarme más.

"No te atrevas a menospreciarme. No has perdido ni una sola oportunidad de humillarme en todos estos años. Me has hecho daño todo el tiempo, mientras que yo siempre te he cubierto las espaldas

cuando ha sido necesario". Me reí amargamente. "No sé por qué he sido tan estúpida de apoyarte una y otra vez". Pero en realidad sí lo sabía. Miranda era mi hermana pequeña. Siempre lo sería. Yo, a diferencia de ella, no podía ignorar eso. Porque en mi mente siempre aparecían los recuerdos de una niña pálida. Una niña a la que había esperado durante nueve meses y que me había admirado cuando era pequeña. ¿Cuándo había muerto aquella niña y cuándo había aparecido esa bestia en su lugar?

"Porque no eres muy lista en general, supongo. Si no, ya te habrías dado cuenta de que Alex no tiene ningún interés en ti ni en el bebe". Su voz era tan condescendiente que me sonrojé. Me acerqué un paso más y al momento siguiente mi mano estaba en su cara. Con una sonora palmada y un silbido de sorpresa de mi hermana, la abofeteé. La huella de mi mano brilló con un rojo intenso en su mejilla y, con los ojos brillantes oscurecidos por una película de lágrimas, me miró.

"¡Carrie!", gritó mi madre conmocionada, pero las hormonas y mi ira se habían apoderado de mí.

"Zorra", me espetó Miranda, devolviéndome el golpe. Pero no a la cara, sino que me dio un puñetazo en el estómago, haciéndome caer hacia atrás. El mundo parecía girar a cámara lenta mientras miraba a mi hermana en estado de shock. ¿De verdad había hecho eso? ¿Había intentado hacer daño a mi hijo?

"Ya está", murmuré mientras me detenía. Sentí un extraño tirón en el estómago, me mareé y mis piernas amenazaban con ceder bajo mis pies. "Se acabó para siempre. No tengo hermana. Ya no".

"Menos mal, porque nunca quise ser tu hermana".

***

"¿Puede alguien decirme qué está pasando?", preguntó mi padre. Llevaba la chaqueta colgada del brazo y la cartera en la mano.

"Tendrás que preguntarle a tu hija", respondió mi madre encogiéndose de hombros.

"¿Primero todo este secretismo y mis dos hijas ni siquiera pueden sentarse en la misma mesa?". El abogado y alcalde,

habitualmente soberano, puso cara de espanto. Siempre había deseado nada más que una vida familiar armoniosa.

"Papá, yo...", murmuré, viendo cómo mi madre me lanzaba una mirada significativa antes de salir de la habitación. "Tengo algo que decirte".

"¡Sí, por favor! Todo es insoportable en esta casa. Todos actuáis como si estuviéramos en un manicomio y sólo yo me mantuviera cuerdo. Tu madre se comporta de forma extraña. Tu hermana casi nunca está en casa. Y tú estás irritable todo el tiempo. Me estoy cansando".

En ese momento, mi padre parecía un poco viejo. Dolido. Vulnerable.

"Papá, es sólo que..." Pensé en cómo decirlo. ¿Cómo decirle a tu padre que iba a ser abuelo? ¿Y que el padre del nieto era un playboy notorio? Miré el reloj. "Lo siento, tengo que irme". No podía decírselo. Simplemente no podía. Ya había perdido a mi hermana, aunque nunca había sido una buena hermana para mí. No quería perder también a mi padre.

"Mi padre me amenazó diciéndome: "¡No te vas a ninguna parte, señorita! Esta vez no haría caso a sus palabras. Tenía que pensar en mí. Y, sobre todo, en mi hijo.

"Está bien, papá. Hablaremos en otro momento. Por favor".

Unos minutos después estaba en el coche de camino al cine. Alex llevaba tanto tiempo pidiéndome una cita que finalmente había accedido. Era el padre de mi hijo y le daría una oportunidad. O unas cuantas oportunidades más. Comprendía que la situación también era difícil para él. Y sobre todo, ya no podía ignorar la extraña sensación que me invadía cada vez que pasábamos tiempo juntos. Ya no eran sólo pequeños coqueteos lo que nos unía, ni el niño. Tampoco era exclusivamente pasión, que claramente éramos capaces de despertar el uno al otro sin mucho esfuerzo. Había algo más. Una sensación de satisfacción y seguridad en cuanto estaba cerca de él.

"¿Qué vamos a ver?", le pregunté cuando nos encontramos en el aparcamiento. Mi sonrisa era sincera y realmente esperaba que pasáramos una agradable velada juntos.

"Pensé que nos vendría bien reírnos un poco. Y lo nuevo de Kevin James suena bastante bien", respondió Alex. Me pregunto si recordará el chiste de King of Queens que había contado cuando nos conocimos. Yo, por mi parte, lo recordaba bien, por mala que hubiera sido la referencia, y se me dibujó una sonrisa en los labios al rememorar el tumultuoso comienzo de esta relación de lo que fuera entre nosotros. Él, sin embargo, no parecía muy convencido de que fuéramos a pasar una velada relajada y divertida. Lo miré con desconfianza de reojo, pero no quise presionarlo ni arruinar aún más el ambiente preguntándole al respecto.

En el cine compramos dos bolsas grandes de palomitas y algo de beber. Las cosas costaban media fortuna, pero por suerte me acompañaba un director general de éxito. Su dudosa idea de negocio y el éxito que conllevaba tenían que servir para algo.

Nos sentamos relativamente atrás en el cine, la película era realmente buena. Me reía de vez en cuando y olvidaba todo lo que me preocupaba. Pero cuando terminó la película y esperaba con impaciencia una animada conversación con Alex sobre lo que le había gustado la película y cuáles eran sus partes favoritas, volví a la frialdad de la realidad.

"¿Alex?", le pregunté en voz baja después de que hubiéramos recorrido la distancia hasta el aparcamiento en silencio. Se había limitado a mirar al suelo, bloqueando cualquier intento por mi parte de entablar conversación con él, así que había acabado trotando en silencio tras él.

"¿Mm?", refunfuñó.

"¿Por qué eres así?".

"¿Qué quieres decir?”.

"Tan despectivo. Primero salimos juntos. Luego me das calabazas. Luego vuelves y me acuesto contigo, ¿y en este momento vuelves a ser tan frío y distante?". Sentí que la desesperación brotaba dentro de mí. "No soy un juguete, Alex, para que juegues conmigo cuando te apetezca. Soy un ser humano. Un ser humano con sentimientos. Y no puedo soportar todo lo que se me viene encima".

"Lo siento si esta situación te está estresando. Nunca quise hacerte daño". Su expresión era inescrutable.

"Entonces, ¿por qué lo sientes así?". Ya habíamos llegado a nuestros coches, aparcados uno al lado del otro. A nuestro alrededor reinaba el silencio de la noche. Me miró con ojos fríos. Tan fríos que me estremecí a pesar de mi ropa de abrigo y de las suaves temperaturas. ¿Tal vez Miranda tenía razón? ¿Y si Alex realmente no se preocupaba por mí ni por el niño? ¿Y si sólo me había invitado a todas esas citas por culpabilidad, o para averiguar si exigía o no la manutención del niño? ¿Y si iba a ir a la prensa con esto o algo peor? Empecé a temblar y me rodeé con los brazos. En ese momento, me cuestioné todo lo que creía saber sobre él. Y me cuestioné a mí misma. Mis sentimientos. Mi mente voluntariamente me permitió desarrollar sentimientos por este hombre.

"Carrie....", suspiró pesadamente. "Estoy intentando ser sincero contigo. Y conmigo. Y sinceramente, no sé lo que quiero. No sé si lo nuestro es una buena idea. Si estoy preparado para tener una relación".

El corazón me latía con fuerza hasta la garganta, me sentía mareada. Sentía que estaba a punto de derrumbarme. Con sus palabras, me tiró de la manta. Había creído que Alex era el último apoyo que me quedaba, ¿pero él también me abandonaba? No podía hablar en serio, ¿verdad?

"Entonces, ¿por qué tanto alboroto? ¿Por qué tantas citas? Fuiste tú quien volvió arrastrándose. No yo".

"Porque quería probarlo. Porque quería ver si funcionaba entre nosotros. "Si había algo...".

"¿Algo?", me reí amargamente y empecé a rebuscar frenéticamente en mi bolso. En un par de rápidos movimientos tuve lo que buscaba en la mano: la foto de la ecografía. La golpeé contra el pecho de Alex y él la cogió, perplejo. Su mirada se posó en las sombras blancas y negras. Pude ver una emoción en sus ojos que no supe identificar.

"Tanto si esto se convierte en algo entre tú y yo como si no", respondí, "eso es real. Está ahí. Y no deja de ser real sólo porque no quieras admitirlo. Es tu hijo, Alex. Tu hija, para ser exactos". Desde

mi última visita de control, sabía que esperábamos una niña. "Asúmelo. Vas a ser padre".

Con el corazón encogido, dejé la foto con él y corrí hacia mi coche. Alex, por suerte, estaba de pie junto a su coche, mirando fijamente la pequeña foto, así que pude salir corriendo del aparcamiento sin que las lágrimas me lo impidieran.

Capítulo 24-Alex

El corazón me latía deprisa mientras aparcaba el coche frente a la casa de mis padres. Mi madre ya estaba en la ventana de la entrada, saludándome alegremente. Hacía unas semanas que no iba a las cenas habituales con mi familia y echaba mucho de menos a aquella mujer menuda y decidida. Pero mi padre me había puesto tan difícil volver a casa que ni siquiera la añoranza de mi madre me habría hecho saltar por encima de mi. Tal vez fuera infantil, pero mi padre no se comportaba mucho mejor.

"¡Alex, qué bien!", se alegró sinceramente y me envolvió en sus brazos. Era tanto más pequeña que yo que su cabeza apenas me llegaba al pecho. La rodeé con un brazo y la abracé contra mí. Su olor familiar a pastelería y perfume me llegó a la nariz. Será una abuela estupenda", pensé. Por un momento me molestó no poder hablarle de la niña... mi hija, me corregí mentalmente. Todavía no. ¿Quizá nunca? Aun así, no estaba seguro de cómo manejar el asunto. Sabía que no estaba siendo justa con Carrie, pero me encontraba en una auténtica montaña rusa de emociones. En un momento no quería nada más que a Carrie y a mi chica. En otros momentos, sin embargo, no quería perder aquello por lo que había trabajado duro durante tantos años.

"¿Cómo estás, mamá?", pregunté mientras daba un paso atrás. Vislumbré algunas lágrimas brillantes en sus ojos, pero ella se limitó a negar con la cabeza. Siempre había reprimido su dolor por el bien de mi padre. Y yo siempre había odiado ese comportamiento.

"No pasa nada, hijo mío. Entra, he horneado esos palitos de queso que tanto te gustan". Se me hizo agua la boca sólo de pensarlo. Era tan típico de mi madre. Incluso en las situaciones más tensas, no pensaba en sí misma, sino en los demás. Sin embargo, cuando entré en el comedor, mi humor volvió a decaer. Mi padre estaba sentado al final de la larga mesa, inclinado sobre unos expedientes. Sonrió cuando entré. Pero la sonrisa no le llegaba al

rabillo del ojo. ¿Qué clase de persona tenía que ser para sentir tanta rivalidad hacia su propio hijo?

"Hola, papá", me zafé y me senté en aquel asiento que siempre había reclamado. Desde un lado de la mesa podía mirar por la ventana y observar a los animales que había fuera, en los altos árboles del jardín. A veces las ardillas correteaban por el tronco. De niño, me había pasado comidas enteras observando a los animales y los árboles mecidos por el viento.

Mi madre llegó con una bandeja que contenía los pasteles prometidos: hojaldre con queso. Tan sencillo, pero mi madre conseguía crear algo especial con una mezcla única de diferentes quesos, mantequilla, hierbas y especias. Cogí uno de los palitos y lo mordí con fruición. Estos trozos estaban demasiado buenos como para dejar que el estado de ánimo deprimido con mi padre me los arruinara. Sobre todo porque mamá se alegraría de que cogiera y disfrutara de las barritas horneadas especialmente para mí.

"Te dejo entonces", murmuró mi madre una vez que se había asegurado de que me gustaban. Salió literalmente flotando de la habitación, con su inconfundible perfume, floral y dulce, flotando en el aire. A menudo me había preguntado cómo una mujer tan delicada no se separaba de mi insensible padre. Probablemente mi madre era más fuerte de lo que incluso yo sospechaba.

"Dispara", fueron las primeras palabras que me dirigió mi padre en cuanto mi madre salió de la habitación. Su voz era ronca y no especialmente amistosa. "¿Por qué tenías tantas ganas de verme? ¿Por fin has entrado en razón?".

"No me apetece competir con mi propio padre", empecé, limpiándome unas migas de la comisura de los labios. "Principalmente porque juntos seríamos mucho más fuertes". Le señalé a él y luego a mí mismo. "Por lo tanto, sugiero que busquemos una fusión". Estaba fuera. Incluso considerar esa sugerencia, por no hablar de planteársela a mi padre, me había costado todo el esfuerzo que pude reunir.

"No creo que las filosofías de las dos marcas coincidan", respondió mi padre tras una breve pausa de reflexión. "Nosotros predicamos la atención plena y la gratitud, y vosotros predicáis el

sexo". Tuve que reprimir un gesto de asombro ante estas palabras. No sólo estaba degradando de nuevo a Stacks-Life. También estaba claro lo que pensaba de Build-Up-Hearts. No apoyaba ni un ápice a la empresa, sino que la había comprado únicamente para fastidiarme. Lo cual no me sorprendió en absoluto. Build-Up-Hearts se centraba en meditaciones de respiración, yoga, gratitud y atención plena. Mi padre no se identificaba con ninguno de estos términos. Cuando en mis años de universidad empecé a practicar yoga para sentirme un poco mejor y escapar del estrés de los estudios, se burló de mí.

"Juntos podríamos construir el universo definitivo del coaching vital. Podríamos atender a todos los clientes. Al fin y al cabo, uno no excluye al otro, sólo ampliamos la clientela para incluir al grupo objetivo del otro", le corregí. "Y podríamos intentar diseñar ofertas que se solapen. ¿Mindfulness para hombres solteros? ¿Sex appeal y mindfulness para mujeres? Ahí veo potencial".

"Vale", me interrumpió, levantando la vista.

"Y también podríamos..." Sólo entonces me di cuenta de que no tenía por qué discutir. ¿De verdad acababa de aceptar?".¿De acuerdo?", inquirí inseguro. Creía que sería difícil convencer a mi padre. Una fusión iba tan en contra de su deseo de competencia que realmente tenía pocas esperanzas en mi propuesta, aunque había deseado que mi viejo estuviera de acuerdo.

"Sí, de acuerdo. Pero con una condición".

Oh no, vendría el gran mazazo. Mi padre querría ser el administrador único. Me engañaría con algún puesto insignificante. O alguna otra asquerosidad.

"Admite que soy el mejor hombre de negocios de los dos. Eso es todo". Sus palabras fueron pronunciadas con naturalidad, pero de cada una de ellas goteaba veneno puro. La sonrisa de su cara era tan retorcida que recordaba a la de una serpiente. O de un depredador que ya ha fijado la vista en su presa y sabe que ya no puede escapar.

En mi mente, todo lo que había conseguido desde que dejé la escuela y fui a la universidad pasó ante mí. La vida Stacks no sólo significaba llevar a la cama a las mujeres más hermosas. También

significaba trabajar duro. Había estudiado. Había hecho contactos. Había asumido derrotas. Había negociado. Había aprendido de mis propios errores. Había creado una empresa y la había convertido en una de las más prósperas del sector. No era peor empresario que mi padre, que se lo habían dado todo hecho. Había heredado el negocio de su padre, incluidas las decenas de clientes habituales y las conexiones con la administración municipal y muchos otros. No había tenido que mover un dedo para hacer crecer su negocio. Simplemente había heredado un negocio que ya tenía éxito. Y había comprado otro. Mi padre no tuvo que empezar de cero en ninguno de sus negocios, como yo. No sabía lo que significaba construir algo por sí mismo.

"No, no lo haré. Porque no es verdad".

Mi padre se inclinó hacia delante sobre sus antebrazos y me miró con una expresión que no supe interpretar. Sólo sabía una cosa, y era que estaba enfadado.

"He trabajado duro para tener éxito y...", intenté argumentar. Mi padre no dijo nada, pero su mirada me hizo querer justificarme.

"¿A eso le llamas trabajar duro? Tú follaste a tu manera en los clubs y tuviste suerte de que unas criaturas patéticas pensaran que eras tan guay que te convirtieron en un gurú. Yo, en cambio, dirijo una empresa familiar de renombre y la he conducido a través de bastantes crisis".

"No trabajé menos que tú y yo, a diferencia de ti, empecé de cero. Tuviste suerte de que el abuelo tuviera buena mano. Luchó contra las verdaderas crisis".

"¿Cómo te atreves a hablarme así? Tus cosas de crío ni se comparan con mis asuntos, chico!", me gritó, y unas gotas de saliva volaron por la larga mesa. Por suerte, yo estaba sentado lo suficientemente lejos de él.

"¿Sabes qué? Olvídalo. No hay trato".

Me levanté tan bruscamente que la silla se cayó. Mi madre, sobresaltada por el ruido, volvió a entrar en la habitación y se detuvo en la puerta, respirando agitadamente.

"Cálmate, cariño", murmuró, y yo no estaba seguro de a quién de los dos se refería. A mí, que estaba de pie junto a la mesa

resoplando de rabia, o a papá, que tenía la cabeza teñida de rojo furioso. Cuando conseguí salir de mi estupor, salí corriendo de casa. En ese momento, sentí que no quería volver a hablar con mi padre. Me daba igual lo que pensara de Stacks-Life. Era, independientemente de la idea de empresa, el negocio de su hijo, construido con trabajo duro. ¿No debería haberle hecho sentirse orgulloso? No, en lugar de eso me puso muchas piedras en el camino para que fracasase. Y yo sabía que no se rendiría hasta que me viera arruinado.

De camino al coche, me juré a mí mismo que Build-Up-Hearts desaparecería de la superficie. Adiós para siempre. Y mi padre se hundiría con la empresa. Porque yo era el mejor hombre de negocios.

Capítulo 25 - Carrie

"¡Pasa!", grité cuando llamaron a la puerta del despacho. Alex entró de repente en la habitación, sentí como si la temperatura hubiera bajado unos cuantos grados. Su expresión era cerrada y la mirada de sus ojos me asustó. Habíamos tenido nuestros altibajos, pero nunca me había mirado con tanta distancia como en aquel momento. Mi corazón se contrajo dolorosamente, pero rechacé la sensación y le pedí que se sentara. Tenía que ser profesional, al fin y al cabo, seguíamos teniendo una relación de negocios.

"¿De qué va esto?", le pregunté, intentando que no se notara mi dolor. No podía mostrar debilidad.

"Estoy planeando una gran operación aquí en el rancho la semana que viene". Su voz estaba ronca y me pregunté contra qué demonios internos estaría luchando el padre de mi hija nonato. Podía sentir que algo le molestaba significativamente. Ya conocía a Alex bastante bien. Al mismo tiempo, sabía que no serviría de nada hablar de ello con él. No se abriría a mí de todos modos. Y eso, me haría daño, porque dentro de mí había un deseo irrefrenable de estar cerca de él y darle apoyo, igual que se suponía que él también debía dármelo a mí.

"Vale, ¿qué tienes pensado exactamente?".

"Voy a iniciar una convocatoria en las redes sociales e invitaré al rancho a todas las chicas que siempre han querido besarme. Y entonces intentaré batir un récord. Besar al mayor número de mujeres en un día".

Noté cómo mi boca se abría, se volvía a cerrar, se abría de nuevo y, sin embargo, no emitía ningún sonido. Como un pez fuera del agua, luchando desesperadamente por respirar. De repente, una tormenta de ira y dolor se desató en mi interior. Se me nubló la vista y ya no podía oír con claridad la voz de Alex porque la sangre me corría sin control por los oídos. Bajo ningún concepto podía dejar traslucir nada. Por eso guardé silencio en lugar de lanzarle toda mi ira con palabras.

"¿Qué te parece el domingo? Seguro que la mayoría de las mujeres tienen el día libre y podemos empezar temprano por la mañana", siguió charlando casi despreocupado, como si estuviera hablando con algún colega o compañero de copas que estuviera a punto de darle una palmadita en la espalda. ¿Cómo podía ser tan estúpido? ¿Cómo podía, sin siquiera dudarlo, sugerirle algo así a la mujer que estaba esperando un hijo suyo? ¿Cómo podía ser tan cruel, egoísta o estúpido?

Me pasé los dedos por los ojos, me los froté, intenté calmarme. Mantén la cabeza fría, Carrie, me recordaba una y otra vez. No sabía si iba a seguir hablando. Me puse en segundo plano. No quería oír nada más de él, no quería ver nada. Quería silencio. Quería encontrar la paz. Paz.

"¿Carrie?".

"¿Te has vuelto loco?", le grité de repente. El barril rebosaba. La rabia que tan desesperadamente había intentado tragar e ignorar estalló en mí con tanta fuerza que casi me mareó. "¿Qué estúpido eres,como puedes hacerme semejante sugerencia? ¿Pensar siquiera en hacer algo así en mi rancho? ¿Delante de mí? ¿Mientras tu hija crece dentro de mí? i¿De verdad eres un gilipollas tan insensible, Alex?!".

Me levanté y corrí hacia la puerta, cerrándola ruidosamente. Al menos aún tenía suficiente sentido común para no dejar que la mitad del rancho se enterara de la discusión.

"Eres el padre de mi hijo, joder. Por no decir que me importas una mierda. Después de todas las citas y las últimas semanas, ¿de verdad crees que sólo quiero ser tu buen colega, observándote y quizá incluso aplaudiéndote mientras te lo montas con medio pueblo?".

De repente las fuerzas me abandonaron y me sentí mareada. Sentía que me estaba excitando demasiado. Que estaba completamente al límite de mis fuerzas físicas, pero también mentales. Temblando, me dejé caer en el sofá y me tapé los ojos con las manos. Lágrimas calientes corrieron por mis mejillas e intenté cubrirlas, pero no pude reprimir los sollozos. La desesperación me recorría como olas.

"Carrie...", su voz era apenas un susurro. "Carrie, por favor, no llores".

"¿Ah, no?", sollocé. "¿Me tratas como basura y ni siquiera tengo derecho a llorar?".

Sentí que me cogía de los brazos. Me apartó suavemente las manos de la cara y me pasó el dorso de la mano por la mejilla para secar una lágrima. "No sabía que estabas...".

"¿No sabías qué? ¿Que me importabas? ¿Estás ciego, Alex?". Parecía tan dolido que me sentí mal gritándole así. Pero toda la frustración y la rabia de las últimas semanas estallaron en mí.

"Lo siento, de verdad que no lo sabía. No debí...". De repente me encontré en un cálido y cariñoso abrazo. No era la forma en que me abrazaba justo antes de hacer el amor. Este abrazo era diferente. Más tierno. Cariñoso. Protector. Me apoyé en su hombro y lloré sin contenerme. Mi cuerpo se estremeció con mis sollozos, pero él me abrazó y me acarició la espalda hasta que me calmé.

"¿Tan fuertes son tus sentimientos por mí.... tan fuertes?", me preguntó incrédulo cuando me calmé un poco. Con las yemas de los dedos en la barbilla, me obligó a mirarle a sus preciosos ojos azules como el hielo. Tenía una cara terrible, completamente devastada y acabada por los nervios. Todo lo contrario a aquel hombre que parecía cincelado en mármol y podría haber ganado cualquier concurso de belleza. No me salía ni una palabra. Y sólo unos segundos más tarde ya no fui capaz tampoco, porque sus labios encerraron los míos.

Nos besamos como nunca antes lo habíamos hecho. Despacio, con cariño, con cuidado. Me abrazó como si yo fuera algo frágil y quizás realmente lo era en ese momento.

"Vamos, te llevaré a casa", se ofreció finalmente en un momento dado. "Deberías dejarlo por hoy. Son casi las cinco y deberías descansar".

Se levantó y me tendió la mano.

"No necesito chófer", le contesté un poco más insolente de lo que pretendía.

"Lo sé. Aun así, yo te llevaré. Estás demasiado alterada para conducir sola. Al final, no sólo te pones en peligro a ti misma. Te

recogeré por la mañana para que no tengas que preocuparte por tu coche".

***

El trayecto en coche transcurrió en silencio y cuando llegamos frente a nuestra casa, suspiré.

"¿Está tu madre? ¿O tu hermana?".

Le miré irritada.

"Creo que no deberías estar sola".

Al pensar que estaba considerando seriamente que mi hermana pudiera ofrecerme apoyo, me reí amargamente.

"¿Y?", volvió a preguntar.

"Mis padres y mi hermana se han ido con mis abuelos. No volverán hasta pasado mañana", respondí finalmente. Los padres de mi madre vivían tan lejos que rara vez podíamos visitarlos. Y cuando los visitamos, normalmente pasamos unos días con ellos en la casa de invitados. Esta vez no había querido ir porque no quería pasar ni un minuto en el coche con Miranda, aunque echaba de menos a mis abuelos.

"Entremos entonces".

"¿Qué?".

"Ya te lo dije: no deberías estar sola en este momento. Te has puesto muy nerviosa. Y estás embarazada. Voy a quedarme contigo un rato".

Incrédula, le miré fijamente.

"Vamos", se esforzó por sonreír, pero incluso él podía ver lo tensa que era la situación entre nosotros. Lo frágil que era el tenue vínculo que nos unía y que nadie podía nombrar ni comprender.

Una vez en la casa, me dejé caer en el sofá. Alex se quitó la chaqueta y desapareció en la cocina. Oí ruidos y arañazos.

"¿Qué estás haciendo?", pregunté. No estaba segura de que mi madre quisiera a un extraño husmeando en su cocina.

"Estoy buscando cacao en polvo", respondió. "Ya he encontrado la leche y las tazas".

"El primer cajón desde arriba, en el extremo izquierdo", respondí débilmente, hundiéndome de nuevo en los cojines. Alex regresó unos minutos más tarde con dos tazas humeantes.

Cuando me dio una, cogió el mando a distancia y encendió la televisión. Sorbí la bebida caliente sin decir palabra, demasiado impotente para afrontar o cuestionar la situación. Nunca lo habría admitido, pero me alegraba mucho de no tener que estar sola.

En algún momento Alex había encontrado dibujos animados. Bob Esponja Squarepants, mientras correteaba por la pantalla, libre de toda preocupación. Reprimí una sonrisa mientras veía a Alex acurrucarse en los cojines y ver la película infantil. Probablemente todos los hombres eran como niños mayores. Hay que admitir que yo también disfruté del mundo ideal bajo el nivel del mar durante la siguiente media hora. Y también vimos sin palabras los cuatro episodios siguientes de la serie. En algún momento, Alex me dio una manta, me envolví en ella y su brazo me rodeó los hombros. Y así nos quedamos sentados. Futuros padres. Acurrucados frente al televisor. Y lo que probablemente sonaba perfectamente normal, y debería haberlo sido, nos resultaba tan absurdo que por momentos aspiraba el aire bruscamente por la tensión.

"Deberías...".

"Sí, debería...," murmuró Alex cuando la emisora infantil anunció el final de la emisión. Pero hasta ahí llegamos, porque de nuevo sus labios encontraron los míos y su beso era exigente, apasionado.

"Creo que me sentiría mejor si supiera que has llegado bien a tu cama", sonrió con picardía y yo tampoco pude evitar sonreír.

Se levantó y, antes de que yo pudiera hacer lo mismo, sus fuertes brazos me rodearon y, sin esfuerzo, este hombre encantador pero contradictorio me levantó del sofá. Como si pesara poco más que una almohada, me llevó hasta mi dormitorio y me deslizó suavemente sobre la cama.

"Buenas noches, Sr. Ruffles", susurró, apartando suavemente al esponjoso perro. Cerró la puerta, aunque estábamos solos en aquella enorme mansión. Y luego se desnudó. Lentamente. Con sus ojos fijos en mí.

Mi respiración era más pesada, más rápida. Sabía lo que estaba a punto de suceder. En realidad, uno podría haber pensado que después de todo lo que había pasado no debería haberme enamorado. Pero así fue. Lo deseaba con toda mi alma. Y sólo unos segundos después se inclinó sobre mí y me apartó el pelo de la cara.

Su mano pasó por debajo de mi camisa y encontró mis pechos, masajeando primero el derecho y luego el izquierdo. Gimió y apretó su cuerpo desnudo contra el mío, que seguía vestido. Parecía tan vulnerable en aquel momento y a la vez tan fuerte.

Mi mano recorrió su espalda, dibujé pequeños círculos en sus omóplatos y disfruté de sus caricias. Instantes después, yo también estaba desnuda y Alex se inclinó sobre mí para que pudiéramos mirarnos a los ojos mientras me penetraba. Lentamente al principio, luego cada vez más exigente. Lo abracé con mis piernas y seguí sus movimientos, atrayéndolo hacia mí una y otra vez. Dentro de mí. Gemí tan fuerte que sólo pude alegrarme de que tuviéramos toda la casa para nosotros.

"Alex", jadeé, clavándole las uñas en los muslos. Me devolvió un gruñido áspero y me acercó aún más a él. Su frente estaba contra la mía y respiramos, jadeamos, gemimos. No quería que aquel momento se acabara nunca más. Cuando los sensibles nervios de su pene entre mis piernas parecieron explotar, grité desesperada y lujuriosamente.

"Grita, nena", suspiró mientras yo yacía temblorosa ante él y él se deslizaba suavemente fuera de mí. No estaba segura de poder sobrevivir ni un segundo más a estas sensaciones incomparables sin perder la cabeza. Pero me giré hacia él, boca abajo. Y presa de una oleada de exuberancia, estiré mi trasero hacia él para que pudiera penetrarme de nuevo sin esfuerzo. Con impotencia, arañé las sábanas y me entregué por completo al placer. "Carrie", jadeó. "Dios mío, Carrie".

Su voz gimiendo mi nombre me enloqueció y juntos nos hundimos el uno en el otro y aquella atronadora oleada de pasión que nos unió nuestra primera noche juntos se abatió sobre nosotros.

Capítulo 26 - Alex

Cuando me desperté, al principio no tenía muy claro dónde estaba. Con los ojos aún cerrados, palpé una piel suave con los dedos. Con dificultad abrí los párpados. Hacía tiempo que no dormía tan bien, si es que alguna vez había dormido tan celestialmente. Y no quería que esa noche terminara. Cuando mis ojos se enfocaron, me di cuenta de lo que hizo que aquella noche fuera diferente de todas las noches que pasé en mi propia cama, junto a una mujer extraña: Carrie estaba tumbada a mi lado, durmiendo plácidamente.

El pelo le colgaba enredado en la cara, esparcido por la almohada y sobre mi brazo. Dormida, sus rasgos, normalmente llamativos, tenían un aspecto suave e infantil. Con una mano se aferraba a la manta y con la otra me tocaba. Sentí un agradable escalofrío.

Bajo la manta, palpé con cuidado su vientre, sentí cómo subía y bajaba uniformemente bajo su respiración. Y sentí la curvatura que aún podía ocultar bajo la ropa larga y holgada, pero ya no desnuda. A mi lado yacía no sólo una mujer encantadora, bajo su corazón dormitaba mi hija. Mi pequeña.

Por primera vez desde que Carrie estaba embarazada, pude entregarme por completo al sentimiento que estos pensamientos conjuraban en mí. Mi hija. Acaricié suavemente el vientre de Carrie, con la ferviente esperanza de que la niña que llevaba dentro me sintiera. En ese momento, me di cuenta de que no importaba lo que pasara entre Carrie y yo, ni adónde nos llevara esta montaña rusa de emociones: Quería a mi hija. Y siempre la querría. Nunca sería para ella el tipo de padre que fue mi padre. La apoyaría. En todos los caminos que tomara en su vida. Siempre estaría detrás de ella. Dejándole suficiente espacio para desarrollarse libremente. Y, sin embargo, siempre lo suficientemente cerca para atraparla cuando cayera.

"¿Alex?", susurró Carrie somnolienta, y cuando levanté la vista, me di cuenta de que me miraba.

"¿Mm?", murmuré.

"Estás llorando", susurró, acariciándome suavemente el rabillo del ojo con el pulgar. Parpadee dos, tres veces.

"Es sólo sueño", le aseguré, sabiendo mejor, por supuesto, lo que en ese momento me estaba pasando. Lo que ella me estaba haciendo. A ella y a su hija. A nuestra hija. "Tengo que irme", suspiré pesadamente, acariciando el cuello de Carrie, su mejilla.

"¿Ya?", preguntó taciturna, haciendo un mohín, pero una sonrisa se dibujó en su rostro.

"Lo siento, tengo una cita sobre las nueve y tengo que ducharme y cambiarme antes".

Carrie dio un suspiro y se estiró, haciendo que mi mano, que hasta entonces había permanecido en su cuello, rozara sus pechos. Inmediatamente sentí que se me ponía dura, pero no podía ceder a ese deseo. No en ese momento.

"Hasta luego, Car", murmuré apretando contra su cuello, aspirando su aroma.

"Vale", bostezó y se giró hacia mí, con los pechos aún más turgentes de lo que ya estaban. "Voy a dormir otro rato". Cerró los ojos e instantes después su respiración era tan profunda que sólo me atreví a moverme en silencio y con cuidado.

Mientras me escabullía fuera de casa, eché un vistazo a mi correo. Decenas de correos electrónicos de trabajo habían llegado desde ayer por la tarde, pero por primera vez en mi vida no hice clic inmediatamente en los mensajes electrónicos. Ni siquiera tenía la motivación suficiente para reunirme con Larry más tarde. Sinceramente, habría preferido darme la vuelta y volver a tumbarme en la cama junto a Carrie. Pero lo que yo quería y lo que había que hacer eran fundamentalmente diferentes.

***

El viaje en coche se me pasó volando. Todo el tiempo estuve repasando la tarde y la noche anteriores. La sensación de haber sentido la barriguita de Carrie por la mañana. Por lo tanto, casi pasé

por alto el paquete que yacía en el umbral de mi puerta. Sólo me di cuenta cuando mi zapato chocó contra él.

"Bueno", murmuré confundido y lo cogí en el pasillo. No había pedido nada. No tenía remitente ni franqueo. Así que alguien debía de haberlo dejado aquí. Puse el pequeño paquete sobre la cómoda y arranqué la cinta adhesiva. Dentro sólo había un pequeño paquete de plástico de colores y un papel doblado. Cuando me di cuenta de lo que se escondía bajo el plástico de colores, sentí náuseas: un muñeco. Con dedos temblorosos, cogí el papel y lo desdoblé.

"Con amor, papá. PD: ¿O mejor escribo abuelo?".

Se me fue el color de la cara. Mi padre. Sabía mi secreto. Nuestro secreto. Y eso significaba que era cuestión de tiempo que todo el mundo lo supiera. Todo el mundo.

"¿Carrie?", grité al teléfono. Ella había contestado la llamada con bastante sueño.

"Shhhh, Alex. Baja la voz. ¿Olvidaste algo?", preguntó adormilada, aún no del todo despierta.

"Maldita sea, ¿por qué has hecho eso?". Pasó un momento antes de que su voz, más clara, respondiera.

"¿Hacer qué? Alex, ¿de qué estás hablando? ¿Temblaba su voz? ¿La estaba asustando? Dejé de pensar en ello.

"Mi padre sabe lo del niño, maldita sea. ¿Cómo has podido hacerme esto? Te pedí que no se lo contaras a nadie". Me sentí tan traicionado que me dolía el corazón. Estaba acostumbrado a que la gente hablara a mis espaldas. Pero no estaba acostumbrado a ser engañado por aquellos a los que mi corazón estaba unido.

"Alex, te estoy preguntando. Después de las últimas 12 horas que pasamos juntos, ¡¿realmente crees que podría haber hecho esto?!".

Ya no sabía qué creer. Pero Carrie era la única en la que podía pensar que se le había escapado el secreto.

"Olvídalo. Olvídate de nosotros. Lo has estropeado", le grité y luego tiré el teléfono contra la pared del armario.

Durante minutos me limité a intentar respirar y existir. Poco a poco, me di cuenta de lo que significaba. Lo que significaba que esa información hubiera llegado a mi padre. Qué pasaría en ese

momento. Lo que podría hacer con la información. Al final salí de mi estupor y cogí el teléfono. Afortunadamente, aún funcionaba, aunque la pantalla se había roto.

"¿Larry?", pregunté cuando, tras dos tonos de marcación, se oyó un crujido en la línea. "Tenemos un gran problema. No hagas preguntas. Sólo escúchame".

En el menor número de palabras posible, expliqué a mi empleado lo que había ocurrido. El silencio y los jadeos ocasionales al otro lado de la línea bastaron para saber que realmente estaba metido en un buen lío.

"Alex, yo...", murmuró Larry. "Bueno, me alegro por ti. Felicidades".

Vale, no me esperaba eso en este momento. Esperaba ira, exasperación, reproche. ¿Pero con una felicitación que sonaba honesta? Suspiré con agonía, porque en el fondo me alegraba un poco. Pero al momento siguiente volví a ponerme mortalmente serio.

"Tenemos que controlar los daños. Avisar al equipo de redes sociales. Diles que vigilen las veinticuatro horas del día para ver si se ha filtrado algo al público. Mi padre es impredecible. No sé de lo que es capaz ni hasta dónde llegará".

"De acuerdo, jefe". Casi pude ver la inclinación de cabeza con la que Larry puntuó sus palabras. Era un buen tipo y sabía que el asunto estaba en buenas manos con él.

No obstante. Cuando colgué, la sensación de hundimiento en el estómago persistía. Mi equipo era bueno. No sólo bueno, incluso excelente. Pero por muy competente que fuera mi gente, a partir de ese momento nada estaba en mis manos. Era sólo cuestión de tiempo que todo el mundo lo supiera. Y yo me arruinaría.

Capítulo 27 - Carrie

Todavía no podía creer lo que había pasado. Cómo había podido ocurrir. Lo único que sabía era que no le había dado la información al padre de Alex. Tampoco conocía a ese hombre, ni lo había visto nunca. Habían pasado dos días. Quizá, después de todo, su padre no utilizará sus conocimientos contra Alex. ¿Quizás Stacks padre no era tan mal tipo después de todo y Alex estaba pintando el diablo en la pared? Para ser sincero, no podía imaginarme a mi propio padre haciéndole algo así a su hijo. No importaba lo mala que fuera su relación, simplemente no confiaba en él para hacer eso. Ningún padre. No bajo ninguna circunstancia.

Pero entonces mi teléfono anunció un mensaje de texto y sólo unos segundos después otro. El primero era de Amanda: ¿Has perdido el juicio? ¿Por qué no lo sabía? Empecé a temblar y abrí el segundo mensaje de Alice. Un enlace a la cuenta de Instagram de un tabloide. Estoy aquí por ti, había escrito Alice en él.

Nerviosa, hice clic en el enlace. A medida que la imagen cuadrada se acumulaba, me dejaba sin aliento. Una foto de Alex y yo en el rancho. Juntos, apoyados en una valla, tomando café. Recordé el día. Había sido uno de esos días relajados en los que Alex apenas se había puesto delante de la cámara. Habíamos pasado el rato tonteando, tomando algo caliente y conociéndonos. Recordaba aquellos días con cariño porque me habían hecho sentir bien. Era divertido pasar tiempo con Alex. El sexo con él era explosivo, claro, pero incluso pasar tiempo juntos era agradable.

Debajo del titular: *"Playboy se convierte en padre. Alex Stacks y Carrie Dunlap"*. Me entró un ataque de pánico, pero seguí leyendo.

"Alex Stacks, director general de la prometedora empresa de life coaching Stacks-Life, es conocido por no dejar piedra sin remover. Stacks ha sido visto una y otra vez con todo tipo de mujeres hermosas a lo largo de los años, el playboy nunca tuvo una relación. ¿Se supone que eso ha cambiado?

Durante el rodaje en el famoso rancho Dunlap, un lugar emblemático de la ciudad, el atractivo CEO fue visto varias veces haciendo el amor con la operadora del rancho, Carrie Dunlap. Según fuentes fidedignas, Dunlap está esperando un hijo de Stacks.

La propia Carrie Dunlap tampoco es trigo limpio. La hija del alcalde Dunlap ha llevado una vida bastante apartada hasta el momento. Poco se sabía de la vida del alcalde y su familia. Es probable que esto cambie ya que Dunlap y Stacks se van a casar y presumiblemente pronto empujarán juntos el cochecito. En cualquier caso, les mantendremos informado".

Me sentí mal y solté el teléfono. Mi padre se volvería loco cuando se enterara. Tenía que salir adelante. En ese momento, deseé haber escuchado a mi madre y haberme sincerado con él. Si lo hubiera hecho, no habría estado en aquella situación. Pero ya era demasiado tarde.

"Maldita sea. Maldita sea. Maldita sea", me lamenté, enterrando la cara en la almohada y soltando un grito ahogado. No era sólo el problema con mi padre, después de todo. Alex creía que yo era la culpable de aquello. No me había dirigido la palabra desde la llamada. Y había ocurrido lo peor. Apenas podía respirar mientras sentía que el pánico bullía en mi interior.

Tenía que tratarse de un error. Pero otra mirada a mi teléfono, a Twitter e Instagram, me dijo que parecía que todo el estado, si no todo el país, estaba hablando de ello. De nosotros. Sobre Alex. De mí. Y lo peor de todo, sobre mi hijo.

Me puse una bata sobre el pijama y bajé las escaleras a toda prisa. Necesitaba hablar con mi madre. Era la única persona que seguía a mi lado. La única que podía ayudarme.

"Mamá, mamá". Grité. No me había dado cuenta, pero estaba llorando. "Ha ocurrido algo realmente horrible", sollocé, queriendo correr hacia ella. Quería que me cogiera en brazos. Que me acunara como hacía cuando era pequeña. Necesitaba ese abrazo en aquel momento más que nunca. "El padre de Alex ha hecho público el embarazo. ¿Qué se supone que debo hacer?".

Pero antes de llegar a mi madre, me detuve en mi movimiento. Su mirada me hizo vacilar. Era insondable. Y entonces me di cuenta

de por qué. Mi padre entró por la puerta detrás de ella y su mirada era cualquier cosa menos inescrutable: mostraba pura ira. Ya había leído la noticia.

"Carrie Dunlap, eres la mayor desgracia que ha conocido esta familia". Su voz me caló hasta los tuétanos. Me había gritado muchas veces, pero nunca había sonado tan despectivo. Tan odioso. La herida que me desgarró en el corazón en ese momento era indescriptible y dolía como el infierno.

"Papá, yo...".

"Cierra la boca. No quiero oír ni una palabra más de ti. Nunca más. No sólo mancillaste el honor de la familia, sino que tiraste tu vida por la borda. Y como si todo eso no fuera suficientemente malo, seguramente me costarás mi victoria electoral".

Sin palabras, me quedé allí. Congelada. No pude replicar absolutamente nada. ¿Tenía razón? Pero yo quería a mi hija. Entonces, ¿cómo podía tener razón? ¿Cómo podía acusarme de todo esto sin siquiera escuchar mi versión de la historia? Y lo más importante, estaba embarazada. ¿Por qué mi propio padre no me apoyaba?

Incapaz de replicar, mis ojos se desviaron. Y se posaron en otra persona que había aparecido en la puerta detrás de mi padre. En ese momento, me habría encantado arrancarle la sonrisa de la cara a mi hermana. De una vez por todas.

"Tú", murmuré al darme cuenta. Se filtró en mis pensamientos como miel caliente. El rompecabezas iba encajando. ¿Por qué no me había dado cuenta antes?". Lo hiciste.

"El padre de Alex es un encanto, fue muy amable y complaciente cuando nos conocimos el otro día. Deberías conocerlo, después de todo, es tu padre político".

Pero no llegó a terminar la frase. Completamente despojada de mi cordura y mi temperamento, me abalancé sobre Miranda, dispuesto a herirla como ella me había herido a mí una y otra vez. Miranda se giró hábilmente y se rió de mí.

Me abalancé sobre ella y la agarré del pelo, pero volvió a escabullirse y se colocó detrás de uno de los sillones, agarrando el

cojín como si fuera un escudo. Intenté abalanzarme sobre ella, pero resbalé y me estrellé contra el sillón.

"Carrie, no", gritó mi madre, "¡contrólate!". Sentí que me ponía una mano en el hombro, pero vi rojo. Había tanto odio y rabia dentro de mí que pensé que nunca más podría pensar con claridad. Que nunca más podría respirar. Mi propia hermana me había traicionado y engañado de nuevo. No sólo me había hecho daño a mí. Había hecho daño a Alex. Y había hecho daño a mi hija. ¿De verdad no le importaba? ¿No se preocupaba por mí y por mi hija nonata? ¿Qué había salido mal para que mi hermana me odiara tanto?

"Carrie, eres una mujer embarazada. ¿En serio vas a arriesgarte a caerte?". Su voz era débil. Ocupada. Fría. Sin embargo, tenía razón. En ese momento, sentí que todo el mundo me había abandonado. Mi hermana me odiaba. Mi padre me daba la espalda. Y los sentimientos de Alex hacia mí eran tan misteriosos como impenetrables. Incluso mi madre se distanciaba cada vez más de mí. Estaba sola en este mundo. Sólo mi hija y yo.

De repente me sentí vacía.

Era casi como si me hubieran arrebatado todos los sentimientos y todos los pensamientos, me sentía sola y vacía.

Capítulo 28 - Alex

Me senté en la cómoda silla que me había costado media fortuna y me quedé mirando mi escritorio. Mi equipo estaba trabajando a toda máquina en ese momento para contener los daños. Y lo único que yo podía hacer era sentarme y mirar al frente.

"No muevas las piernas", me había aconsejado Larry.

"No comentes las especulaciones", me había inculcado Nancy, la jefa del equipo de redes sociales.

"Lo que sale en los periódicos no es verdad, hermano. ¿Verdad?", me envió Brad por SMS después de que me hubiera limitado a ignorar innumerables llamadas de mis dos amigos.

Era enloquecedor. Estaba condenado a no hacer nada en una situación en la que quería mover el mundo, defender todo aquello por lo que había trabajado tan duro.

Como no quería quedarme de brazos cruzados, abrí Twitter y me puse a leer las noticias del día. La lista de malas noticias era larga: ataques con cuchillo, un atropello en una autopista, guerras en países lejanos. Cerré Twitter y cambié a la aplicación de noticias, donde pinché en las noticias locales.

"Entrevista al alcalde Dunlap: ¿qué sigue?".

Emociones contradictorias se desataron de repente en mi interior. Quería hacer clic en el enlace y saber qué había dicho Dunlap. Si dijo algo sobre Carrie. O del niño. Por otro lado, ya tenía bastante con mi propia familia y mis negocios, Dunlap y Carrie no debían interesarme. Sobre todo porque nunca sería capaz de perdonar a Carrie por este último abuso de confianza. Me había arruinado.

Al final, me ganó la curiosidad y pinché de todos modos, y cuando leí la primera frase de la entrevista, se me apretó la rabia en el estómago. El padre de Carrie le había quitado el rancho familiar. Ya la conocía lo suficiente como para saber lo que eso le afectaba. Con sus emociones. Una vez, mientras observábamos los caballos durante un descanso del rodaje, me había contado lo unida que estaba al rancho. Que allí había tenido los mejores recuerdos de su

infancia con sus abuelos. Y que en realidad lo único que quería era renovar el viejo y destartalado edificio del rancho para poder vivir allí.

Y su padre le había quitado el rancho. ¿Y por qué? ¿Porque esperaba un nieto? ¿Porque era mi hijo? ¿No era lo bastante bueno a sus ojos como para embarazar a su hija?

Furioso, seguí leyendo.

"No sabía nada del embarazo de mi hija y tampoco habría aprobado el enlace con Alexander Stacks", se leía en la siguiente respuesta que dio al periódico. *"Estoy muy decepcionado de que mi hija haya dado la espalda a su familia y a los valores morales que le enseñamos y modelamos"*. Eso me tocó la fibra sensible. Imaginé a Carrie leyendo esta entrevista. Dondequiera que estuviera en ese momento. Estaba seguro de que cada una de esas palabras le rompía el corazón mil veces.

Estaba claro que no era la única que tenía un padre que se comportaba como un gilipollas. Intenté ponerme en su lugar. Pero no podía imaginar ni una sola situación en la que apuñalara a mi propia hija por la espalda de esa manera. Carrie era una mujer embarazada que necesitaba ayuda. Que estaba en una situación en la que cualquier apoyo era importante. En cambio, su padre seguía arremetiendo contra ella.

Me sentí fatal al pensarlo. Casi cogí el teléfono para llamarla. Para asegurarme de que estaba bien. Pero entonces volví a sentir que me había traicionado y que mi padre llevaba las riendas y estaba dispuesto a destruirme.

Furioso, seguí leyendo. Normalmente, la sección de negocios de cualquier periódico era una de las páginas que siempre leía. Sin embargo, me daba un poco de miedo. Era consciente de que Stacks-Life aparecía en los titulares. Y no estaba seguro de querer saber qué se escribía sobre mí y la empresa.

Sin embargo, mi curiosidad siempre había sido uno de mis puntos fuertes y débiles. Y así aterricé en un artículo que combinaba negocios y cotilleos de una forma casi periodísticamente excelente. El artículo abordaba lo que ya sabía por mi equipo de datos: el valor de mi empresa estaba en caída libre. Nadie seguía tomándome en

serio ni a mí ni a mi idea de negocio. Desde que se filtró la noticia, decenas de usuarios habían cancelado su suscripción a Stacks-Life. Había visto cómo el número de usuarios disminuía rápidamente por la mañana. Y cada número representaba no sólo un cliente que ya no pagaba, sino también una persona que probablemente había perdido definitivamente la confianza en mí.

"Hay indicios de que Alex Stacks mantiene desde hace semanas una relación con Carrie Dunlap, la hija del alcalde en funciones y candidato de la ciudad. Él y la futura madre han sido vistos filmando su reality show de vez en cuando".

Vamos, idiotas. ¡Claro que sí! Después de todo, estábamos filmando en el rancho de Carrie.

"Como resultado, la credibilidad de Stacks se ha visto gravemente dañada y hay que suponer que la prometedora empresa Stacks Life tendrá que lidiar con las consecuencias de este escándalo durante mucho tiempo".

Cerré la página de noticias y volví a dejar el teléfono sobre la mesa. Larry asomó la cabeza y me miró brevemente antes de volver a cerrar la puerta. Me pareció que intentaba asegurarse de que yo no sufría una crisis existencial.

"¿Larry?", pregunté débilmente y la puerta volvió a abrirse un resquicio.

"¿Sí, jefe?", sonrió, pero pude ver que la sonrisa sólo estaba puesta y forzada.

"¿Qué dice el equipo?", inquirí, mientras me admitía a mí mismo que mis esperanzas de una respuesta positiva eran muy escasas.

"Estamos...".

"Escúpelo, la verdad".

"No sabemos qué hacer. La situación es... complicada".

Asentí y la puerta se cerró.

Unos segundos después, el pitido de mi teléfono anunció otro mensaje. Al principio no quise mirarlo, pero luego me di cuenta por el rabillo del ojo de que era Carrie.

"Siento mucho lo que ha pasado.

Solo quería que supieras que no se lo he contado a nadie.

Mi hermana lo hizo. Me odia.

Lo siento mucho, joder".

Sus palabras llegaron a mí y los velos cayeron de mis ojos lo que debería haber sospechado hace mucho tiempo. No había sido Carrie la que había publicado nuestro secreto. Después de todo, ¿quién me había contado lo del embarazo hacía unas semanas? Me sentí mal. Mi sentimiento de culpa saltó. Y mi lástima. Yo no tenía hermanos. Pero si la propia hermana era capaz de algo así, yo también preferiría no tener hermanos.

"¿Carrie?", pregunté en voz baja cuando descolgó. Instintivamente había pulsado "llamar". "Siento haberte acusado".

"No pasa nada, estoy segura de que yo habría reaccionado igual si estuviera en tu lugar".

Respiré hondo.

"No. Debería haberlo sabido. Pero estaba tan cegado por la ira y el pánico que...".

"No pasa nada, Alex. No te culpo".

"¿Dónde estás?".

"¿Mm?" su voz estaba extrañamente triste.

"Dónde estás en este momento. ¿Podemos vernos?".

"Bueno, en el parque".

"¿En el parque?", pregunté. Fuera había llegado el otoño. Hacía frío y viento, llovía. "¿Qué haces en un parque?".

Se hizo un silencio opresivo al otro lado de la línea.

"Carrie, ¿por qué estás en el parque?", indagué.

"No sabía adónde ir. No quería quedarme en casa. Con mi padre. Y mi hermana...".

"Envíame las coordenadas y te recogeré e iremos a mi casa. Debes estar helada".

"Alex, tú...".

"Sí, lo haré. Y no toleraré ninguna negativa. Envíame tus coordenadas. Nos vemos pronto".

Colgué, con el corazón latiéndome desbocado. ¿Y si no me decía dónde estaba? El hecho de que la madre de mi hija nonata vagara

por el frío otoñal y no supiera adónde podía ir me estaba matando de golpe. Pero por suerte, un segundo después, recibí un mensaje. Carrie estaba compartiendo su ubicación conmigo.

De todos modos, no podía ayudar en la empresa, así que recogí mi chaqueta y las llaves del coche, avisé a Larry y recogí a Carrie.

Capítulo 29 - Carrie

Desde que Alex me recogió en el parque de la ciudad hace unos días, yo estaba hecha un lío. Me había sentido abandonada. No me quedaba nada. Ni hermana. Ni padre. Sin rancho. Y mi madre también era fría conmigo. Distante. Estaba segura de que esa soledad era el peor sentimiento que una persona tenía que soportar en la vida.

Alex me había llevado a su casa. Me había ofrecido quedarme con él unos días. No toleró ninguna objeción y se marchó al día siguiente para traerme algo de ropa y un cable de carga para mi teléfono. No llevaba nada conmigo después de haber salido de casa de mis padres a toda prisa.

Me atendió con mucho tacto, pero desde hacía unos días estaba cada vez más encerrado en casa. Cuando entraba en la cocina por la mañana, a menudo estaba sentado en el sofá viendo alguna serie. Se quedaba mirando, así que ni siquiera sabía si realmente estaba viendo la serie o si simplemente no soportaba el silencio.

Cuando cocinaba para los dos, comía. Pero nunca con apetito. Y eso que yo no cocinaba mal. A veces recibía llamadas, pero después de los primeros días ya no las contestaba. Alex se retiró por completo. Y cuando busqué en Internet lo que se había escrito sobre él y sobre mí, sobre su empresa, supe por qué. No tenía buena pinta. Algunos paparazzi se habían dado cuenta de que yo estaba en su villa. Esto, por supuesto, había echado más leña al fuego.

Una noche suspiré pesadamente. Alex estaba de nuevo sentado en el sofá. Apenas se le reconocía la cara. Era guapo, como siempre. Pero el pelo le caía desordenadamente sobre la cara y una oscura sombra de barba le hacía parecer pálido.

"¿Alex?", le pregunté suavemente, tendiéndole la mano mientras me sentaba con él.

"Murmuró impasible.

"¿Cómo estás?", una pregunta estúpida. Sí. Después de todo, sabía que no estaba bien. Pero quería saber qué sentía

exactamente. ¿Indefensión? ¿Ira? ¿Vacío?

"No lo sé", fue su sincera respuesta después de pensarlo un rato.

Cogí el mando a distancia y cambié de canal. Suficiente Star Trek por hoy, decidí. Sobre todo porque había un episodio especial en el canal local que quería ver.

"... informando en directo desde el ayuntamiento esta noche electoral. Los votos han sido contados durante una hora. Los resultados preliminares deberían estar pronto...".

"¿De verdad quieres ver esto, Car?", preguntó Alex, mirándome profundamente a los ojos. Me encantaba cuando me llamaba así. Puede que no se diera cuenta, pero había empezado a utilizar un apodo cariñoso para mí de forma natural. Siempre había sido Carrie. Para todos mis conocidos. No importaba lo cercana que fuera a alguien. Que me pusiera un apodo era algo insignificante, pero significaba mucho para mí, porque el gesto irradiaba familiaridad y afecto. Sentimientos que Alex podría no admitir a sí mismo. Pero que él no podía negar.

"Sigue siendo mi padre", le respondí, como si eso explicara por qué pasamos los 40 minutos siguientes viendo en silencio las entrevistas a los candidatos. Hacia las nueve de la noche, una de las entrevistas se interrumpió de repente.

"Según las primeras proyecciones, nos enfrentamos a un cambio en la alcaldía. Tras muchos años de éxito de Dunlap y antes de su padre, la mayoría de los ciudadanos ha votado a Jonathan Wells como nuevo alcalde. Enhorabuena".

En el momento siguiente, la cámara enfocó a Wells, que mostraba una sonrisa radiante. En el fondo reconocí el rostro distorsionado de mi padre. Pero no había ira reflejada en sus rasgos. Ni frustración. Era dolor. Durante unos instantes permaneció impasible. Como si no pudiera comprender, no pudiera procesar lo que acababan de anunciar. Sólo cuando el moderador se volvió hacia él, sacudió la cabeza y salió furioso de la sala.

"Deberías llamarle", murmuró Alex mientras me rodeaba con un brazo. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba temblando. Mientras Alex me abrazaba, me di cuenta.

"No", susurré. "No, no lo haré", grité más fuerte.

"Carrie, te entiendo. Pero es tu padre. Te necesita".

"¿Dónde estaba cuando le necesité?". Con esas palabras, me levanté y me dirigí al dormitorio sin decir nada más.

Sólo diez minutos después, oí los pasos de Alex. Como si fuera natural, habíamos adquirido la costumbre de dormir en la misma cama. Aunque Alex me había ofrecido la habitación de invitados, donde también había dormido las primeras noches, en algún momento me desperté llorando con pesadillas y Alex me había llevado a su cama, donde me había abrazado y por fin pude volver a dormir.

Incluso cuando la respiración de Alex se calmaba a mi lado y su brazo descansaba tranquilizadoramente sobre mi pecho, los pensamientos se agolpaban en mi cabeza.

¿Era culpa mía? ¿Realmente no habían elegido a mi padre porque yo estaba embarazada? ¿Era eso posible? ¿De verdad la gente era tan superficial que pasaba por alto el duro trabajo y el compromiso de mi padre con la ciudad y, en su lugar, hacía caso a las habladurías?

Me estremecí y ahogué un sollozo. Pero Alex se dio cuenta.

"¿Carrie?", su voz era tan ronca y sexy por el sueño. "¿Va todo bien?".

Negué con la cabeza, aunque él no podía verlo. Suavemente, me acercó más a él. Sus brazos me rodearon cómodamente.

"¿Quieres oír algo que te anime un poco?", me preguntó suavemente, apartándome un mechón de pelo de la cara mientras me acunaba.

Asentí y susurré un suave "Sí". Me vendrían bien todas las buenas noticias que pudiera recibir.

"Estoy barajando la idea de vender Stacks Life. Para estar ahí para mi familia. Nuestra familia".

Un sobresalto me recorrió, seguido de una oleada de reconfortante calidez. Esa noche hablamos durante mucho tiempo. Y pocas veces había estado tan cerca de una persona como en aquellas horas.

Capítulo 30 - Alex

En algún momento Larry apareció en la puerta. No le había pedido que viniera y, sinceramente, no me gustaba que los empleados se presentaran sin más en mi puerta particular. Aunque probablemente me lo merecía, porque había ignorado casi todas las llamadas telefónicas durante días y tampoco me había presentado en la empresa. Sólo había dejado una breve nota a mi gerente. La situación era casi como para rendirse. Me rendí. Dejé que pasara lo que estaba pasando y observé.

"No quiero ofenderte, Alex, pero la empresa no eres sólo tú". Las palabras cautelosas pero sinceras resonaron en mi interior. "Te necesitamos. Hay más destinos ligados a Stacks-Life, no solo el tuyo".

Normalmente no habría dejado que un miembro del personal me hablara así, me di cuenta. Pero el hombre que estaba sentado en mi cocina tenía razón. Tenía que causar una impresión patética. Generalmente vestía vaqueros negros y camisa negra, pero en ese momento sólo llevaba pantalones de chándal y albornoz. Hacía mucho tiempo que no me peinaba, además mi pelo estaba demasiado largo. Y la maquinilla y yo nos habíamos saludado por última vez hacía una semana.

"¿Y qué hago yo?", pregunté señalando con la mano el periódico que había sobre la encimera. Carrie lo trajo esa mañana cuando fue a comprar panecillos en la panadería. Llevaba unos días cuidando de mí. Aunque apenas tenía nada que hacer conmigo, me sentía terriblemente agotado, ella me apoyaba.

"Deberías hacer una declaración pública sobre el bebé", sugirió Larry. "No podemos cambiar lo que pasó". Y francamente, no quería cambiar lo que había pasado. Porque eso significaría que Carrie y mi hija no formarían parte de mi vida. "Pero deberías jugar tus cartas para que la gente no te dé la espalda a ti y a Stacks-Life para siempre".

"Lo siento, Larry. Pero no voy a hacerlo".

"No puedo obligarte, pero te lo aconsejo encarecidamente".

"Creo que tienes razón", admití. Por supuesto que Larry y el equipo tenían razón. "Pero se trata de mi hija. Mi hija. Y no quiero que sea el centro de atención antes de que haya visto la luz del sol".

Larry no dijo nada durante un rato. Nos quedamos en silencio, mirando el mostrador donde nos habíamos sentado. Tracé el fino dibujo de la encimera con el dedo índice.

"Como tu gerente, tengo que decirte que estás cometiendo un gran error". Larry se rascó la frente y se levantó. "Como padre de dos hijos, respeto tu decisión".

"Cuídate, Larry", le dije, sin esperar a que lo acompañara a la salida.

"Hasta pronto, Alex". La puerta se cerró tras él.

***

Estaba emocionado. Negarlo no habría servido de nada. Me sudaban las manos, el corazón se me aceleraba y notaba cómo la sangre me latía por todo el cuerpo. Estábamos sentados en la sala de espera de una bonita consulta médica. El personal nos saludó a Carrie y a mí amistosamente. como si fuéramos viejos amigos. Y cuando nos llamaron a la consulta, la doctora me dirigió una mirada significativa y divertida. Estaba muy contenta de que el padre de la niña hubiera venido al examen junto con Carrie.

"Me alegro de verte, Carrie", dijo la ginecóloga, que cogió su aparato y un gel para untar el vientre de Carrie en cuanto se tumbó en la camilla. "Veamos cómo está la pequeña".

Unos segundos más tarde se vio un borrón en el ecógrafo. Al principio sólo se veían líneas blancas y negras, sombras y manchas, pero cada vez más se iba cristalizando un contorno. El médico vio mi cara de confusión y empezó a explicarme las líneas y los contornos con más detalle. Pero cuando me di cuenta de lo que estaba viendo, la voz de la mujer desapareció de la pantalla. Inconscientemente, cogí la mano de Carrie y me quedé mirando la pantalla. Vi una nariz pequeña. Las manos. Piernas. Un vientre. Y luego... una pulsación. Ahí latía el corazón. El corazón de mi hijo. El de mi hija. Un

escalofrío se apoderó de mí y pude sentir cómo el mundo tal y como lo conocía se rompía en miles de pedazos, para ser reconstruido segundos después y en una fracción de tiempo. Sobre unos cimientos que nunca pensé que serían los cimientos de mi vida: mi pequeña familia. Mi hija. Mi hija.

No fue una decisión consciente. Ningún proceso. Ningún desarrollo. Sólo un momento de claridad: en aquella pantalla latía el corazón de un ser humano que a partir de ese momento sería el centro de mi universo hasta que mi corazón dejara de latir. Nadie podría haberme preparado para esta oleada de emoción.

El resto de la cita pasó como si nunca hubiera ocurrido. Me había limitado a mirar la pantalla todo el tiempo, ignorando lo que se decía a mi alrededor. Cuando la pantalla se apagó, la médica me puso una foto en la mano. La foto de mi hija. Había tanta confianza y alegría en su mirada que involuntariamente le devolví la sonrisa y apreté la foto de la ecografía contra mí. Me moría de ganas de tener a mi hija y no sólo la pequeña foto en blanco y negro.

Cuando salimos de la consulta, le pasé un brazo por el hombro a Carrie. Quería estar cerca de ella. Y le agradecí que hubiera compartido este momento conmigo. No dijimos nada durante un rato, pero me di cuenta de que me estaba mirando.

"¿Qué?", pregunté riendo.

"Nada, estás radiante". Carrie soltó una risita tentativa, como si no pudieran confiar en que este momento terminara. Ese pensamiento me entristeció un poco. ¿De verdad había pensado que no podía preocuparme por mi propia hija?

"Tengo todas las razones para hacerlo", me reí en su lugar, agitando la pequeña foto debajo de su nariz. "Creo que ya se parece a mí", seguí tonteando, mirando de nuevo la foto. Pero si se parece a ti, tampoco está mal. Guapa seguro que será".

"No eres nada vanidoso", se burló Carrie, dándome un codazo en el costado.

"Bueno." Estaba tan exultante que solté una risita como un adolescente que acababa de experimentar su primer beso. Nunca hubiera creído que un día me sentiría así.

"Yo también he estado pensando", dije un poco más cauteloso, sin estar seguro de cómo reaccionaría Carrie.

"¿Ah, sí?", parecía alarmada.

"Nada malo", la tranquilicé de inmediato. "Sólo pienso que. . . Bueno, no quiero que nuestra hija crezca en un hogar roto. Y creo que deberías hablar con tu familia. Hacer las paces".

Observé a Carrie de reojo y vi cómo se le fruncía el ceño. Parecía angustiada, así que le acaricié suavemente la espalda.

"Además, vas a ser madre, Carrie. Y por mucho que me gustaría poder cubrirte las espaldas solo y estar siempre ahí para ti y el bebé, no podré sustituir a tu familia".

Volvió a hacerse el silencio entre nosotros. El coche ya estaba a la vista y casi temí que Carrie no me contestara.

"De acuerdo. Pero con una condición: Lo que vale para mí también debe valer para ti. Haz las paces con tu familia".

Y supe que tenía razón. Quería que mi hija creciera en una familia con amor. No quería que naciera en un entorno roto, sino en un nido que la acogiera con amor. Carrie y yo queremos a nuestra hija y como padres intentaremos ofrecerle hasta las estrellas del cielo si ella lo pide. Pero nuestra niña también merecía pasar tiempo con sus abuelos y su tía.

"De acuerdo".

"¿De acuerdo?".

"Sí, de acuerdo".

Antes de entrar en el coche, nos abrazamos. El calor que me recorrió esta vez no tenía nada que ver con la pasión que Carrie despertaba habitualmente en mí. Sentí puro afecto. Y la sensación de haber llegado por fin a algo parecido a la paz. Una sensación embriagadora.

Capítulo 31 - Carrie

"¡Carrie!" Mi madre sonrió cuando llamé al timbre y me abrió poco después. "Me alegro mucho de verte. ¿O debería decir a vosotros?", rió, señalando mi barriga, claramente visible.

"Hola, mamá", sonreí y entré. Nos sentamos juntas en el salón, donde permanecimos en silencio unos instantes. Podía sentir que mi madre lo intentaba, pero en el fondo de su corazón estaba dolida. Yo lo sentía. Con cada fibra de mi cuerpo. Y podía, en cierto modo, entenderlo. ¿Y si yo estuviera en su lugar?

Al fin y al cabo, la había arrastrado a una enorme serie de mentiras que, para colmo, también había perjudicado a mi padre y, por ende, a toda la familia.

"Mamá, lo siento", solté después de imaginarme todo esto. Imaginé cómo me sentiría yo en su lugar. Ella suspiró pesadamente y me miró a los ojos.

"I... bueno, no tienes que sentirlo. No me gusta todo lo que ha pasado y a dónde nos ha llevado. Pero estoy orgullosa de ti".

"¿Orgullosa?", repetí, desconcertada. Esperaba muchas cosas, pero no que mi madre estuviera orgullosa de mí.

"Sí, estoy orgullosa". Sonrió, se levantó y se sentó a mi lado en el sofá, alargando la mano para coger la mía. "Has luchado por tu hija. Por mi nieta. Luchaste como una leona. Y te admiro por ello. Mi nieta no podría pedir una madre mejor".

"Ni mejor abuela", le dije entre lágrimas y la abracé.

Disfruté de la calidez que desprendía su cercanía y sollocé en silencio mientras mi madre me frotaba la espalda. Pero el momento no duró mucho porque una voz áspera me sobresaltó.

"Carrie", me miró mi padre, estupefacto. "¿Tú? ¿Aquí?".

Un último vestigio de esperanza en mí había creído que me daría un abrazo, o que al menos sería capaz de hablarme con normalidad al ver a su hija embarazada delante de él. Pero su expresión reflejaba pura ira. Nada de la decepción que había sentido hacia mí se había desvanecido.

"Hola, papá", intenté vacilante cambiar el humor para mejor. Verle así me rompió el corazón. Nunca había visto así a mi padre, el hombre fuerte. Llevaba unos pantalones de jogging que deberían haber estado en la lavadora y una camisa de franela que se abrochó torcidamente. Probablemente no se había afeitado la barba ni peinado desde la derrota electoral. Si me lo hubiera encontrado por la calle, lo habría tomado por un mendigo. "¿Cómo estás?", le pregunté de todos modos, con la esperanza de romper el hielo de ese modo. Me levanté y di unos pasos hacia él.

Pero retrocedió. El hombre que me había leído cuentos antes de dormir y me había enseñado a montar a caballo de niña se alejaba de mí. Ya le había visto convertirse en un político rudo centrado en su carrera. ¿Tenía que ver cómo se amargaba y me excluía de su vida?

"¿Qué haces aquí?", preguntó bruscamente, con expresión cerrada. La vulnerabilidad fue sustituida por un muro duro e impenetrable.

Mi madre, mientras tanto, también se había levantado y se había acercado a mi lado. Su mano se apoyó ligeramente en mi antebrazo, como si quisiera darme fuerzas para afrontar esta situación.

"He venido a verte. A mamá y a ti, por supuesto".

"No te queremos aquí".

"Eso no es del todo...", intervino mi madre, pero fue interrumpida de inmediato.

"No os queremos aquí", repitió mi padre, dirigiendo a mi madre una mirada malévola que la hizo callar. Sabía que mi madre era una mujer fuerte. Pero nunca fue capaz de enfrentarse a mi padre. No la culpaba, porque yo tampoco había sido capaz. Mi padre no era un mal tipo ni era propenso a la violencia. Pero la dureza que mostraba en algunos momentos siempre me hacía retroceder.

"Siento haber venido", murmuré con frustración. Veía que aquello no iba a ninguna parte. Mi padre no estaba dispuesto a reconciliarse conmigo. Todavía no. Se limitaba a observarme con ojos cautelosos, pareciendo juzgar y registrar cada uno de mis movimientos. Cada pequeño cambio en mis expresiones faciales y gestos.

"Me ha alegrado verte, mamá", murmuré, abrazándola. Me susurró al oído: "Te llamaré. O quedaremos algún día. Estaré en contacto contigo, cariño. Y recuerda, anímate".

Pero era más fácil decirlo que hacerlo. Especialmente cuando corrí directa a los brazos de mi hermana al salir de la propiedad.

"Vaya, vaya, vaya", se burló Miranda, riéndose de forma punzante. "Si es el hijo pródigo, perdón, la hija pródiga. Pero déjame adivinar, ¿papá no te ha vuelto a acoger en sus brazos?".

"Cállate, Miranda", le respondí con sorna e intenté pasar junto a ella, pero me sujetó por el brazo.

"¿Adónde vas con tanta prisa? Acabo de llegar a casa. Tomemos un café juntas".

Pude ver la falsedad en cada célula de su rostro. Era tan falsa como una serpiente y tan venenosa también.

"Olvídalo, Miranda".

"Pero ya que no puedes perseguir una carrera, seguro que tienes algo de tiempo para tu hermana."

"No, no lo tengo. Ya tengo bastante que hacer. Porque incluso si arruinaste mi carrera, todavía tengo un propósito en la vida. Quizá incluso el más importante que podría tener: ser madre. Es una pena que mi hija nunca vaya a tener una tía".

La observé durante otra fracción de segundo y sentí que percibía un cambio. ¿Era como... ¿Herida? ¿Había herido a Miranda?

Pero no me dio la satisfacción ni el tiempo para averiguarlo. En cambio, corrí hacia mi coche para salir de la propiedad. Mi presencia allí me lastimaba, era superior a mi.

Capítulo 32 - Alex

"Hola, mamá", saludé a mi madre, que ya estaba asomada a la ventana, mientras dirigía mi coche hacia el aparcamiento. Se alegró mucho de verme.

"Hola, cariño", se alegró de verdad y casi saltó a mis brazos. Me abrazó con tanta fuerza que pensé que no me soltaría nunca. Sin embargo, yo estaba igual de feliz de verla. Habían pasado muchas cosas desde la última vez que nos vimos. Probablemente no fui demasiado lejos al afirmar que su hijo era otra persona. Que una persona diferente estaba ante ella. Una que estaba lista para formar una familia. Una que ya no ponía el éxito por encima de todo, sino a su propia hija.

"Ya está esperando", murmuró entonces cuando por fin me soltó. El ambiente se deprimió de golpe, pero traté de que no se notara. Yo había pedido esta conversación, tenía que llevarla a cabo. Era el penúltimo paso antes de sumergirme en mi nueva vida. Quería aclarar las cosas.

"Hola, papá", saludé a mi padre, que estaba sentado en el salón. Tenía el periódico del día sobre las piernas y lo hojeaba con desgana. En la mano tenía un vaso de algún tipo de alcohol, que agitaba con un movimiento casual de la muñeca.

"Hijo", respondió secamente. Señaló el sillón frente al suyo. "¿Qué te trae por aquí?”.

Qué amable. Como si tuviera una audiencia con él.

"Quiero hablarte de mis asuntos", empecé a decir lo que tenía que decir. Había pensado mucho en la mejor manera de expresar lo que tenía en mente. Pero al final no me salían las palabras adecuadas y decidí abordarlo espontáneamente.

"¿Quieres asociarte después de todo?", preguntó con una sonrisa, dando un sorbo a su vaso.

"No, voy a vender el negocio".

"Ah, ¿quieres vendérmelo a mí?", se inclinó hacia delante y era todo oídos. "Y luego trabajar para mí, ¿verdad? Esperaba que

entraras en razón. Pero no esperaba llegar a esto".

"No, no te venderé ni trabajaré para ti. Venderé Stacks-Life a otra parte interesada. El trato está hecho. Sólo quería que lo supieras".

A mi padre se le fue el color de la cara y bajó el vaso.

"¿Estás vendiendo el trabajo de tu vida?", sus cejas casi se cruzaban con su pelo, parecía tan sorprendido. Si la situación no fuera tan seria y nuestra relación no fuera tan tensa, seguro que me habría reído. "¿Cómo puedes hacer eso?".

"Bueno, en realidad es muy sencillo". Y realmente lo era. Había tardado mucho en darme cuenta, pero en realidad las cosas estaban muy claras para mí. "Ya no soy un soltero. Aferrarme al negocio sólo para competir contigo no sólo sería engañar al cliente, sino lo que es más importante, sería una pérdida de tiempo. Tengo cosas mejores que hacer que esclavizarme contigo".

Miré a mi padre, que no se atrevía a pronunciar palabra. Mi decisión le sorprendió más que a mí. Parecía derrotado, a pesar de que fui yo quien se rindió. ¿O estaba yo equivocado y acababa de salir victorioso de todo este asunto? ¿Había siquiera un ganador?

"Disfrútalo, papá. Tienes lo que querías".

Pero no importaba, porque tenía a mi familia.

***

"¿Estás emocionada?", acaricié suavemente la espalda de Carrie, que estaba a mi lado y parecía temblar.

"No, soy la calma personificada", respondió.

"Ajá, sarcasmo. Me reí y le di un suave beso en la frente. "No te preocupes, no tienes que decir nada. Todas las preguntas que te puedan hacer directamente, ya las hemos repasado y las has respondido con creces".

"Mm", murmuró, mirándome pensativa. Sabía lo poco que le gustaba a Carrie ser el centro de atención y que no quería serlo, y mucho menos delante de las cámaras. Yo también llevaba mucho tiempo luchando por dar este paso. No me sentía cómodo arrastrando a Carrie y a mi hija a la escena pública. Me había resistido durante mucho tiempo a hacer una declaración.

Pero era la mejor solución, para la empresa, pero también y sobre todo para nosotros como familia. Así podría finalizar la venta de Stacks-Life y asegurarme de que la gente respetaba la vida privada de Carrie y la mía. Con suerte, si la gente conocía nuestra historia, se abstendrían de hablar mal de nosotros o incluso de acosarnos.

"Cinco minutos más", nos llamó una asistenta al pasar, haciéndonos señas para que nos quedáramos detrás de ella. Yo ya conocía el ajetreo, pero Carrie me miró interrogante.

"Vamos, ya casi estáis", le sonreí animándola y cuando ella me devolvió la sonrisa, supe que podía ofrecerle mi apoyo. Esta sensación me produjo un increíble calor en la boca del estómago.

Un poco más tarde, mientras tomábamos asiento en el sofá frente al presentador del programa de entrevistas, Carrie parecía serena y casi como si hubiera hecho esto mil veces antes. Me sentí orgulloso de ella.

"Os doy la bienvenida a los dos", nos saludó Harry Johnson, la estrella del popular programa. Había elegido deliberadamente este programa para soltar la bomba porque Harry y yo ya nos conocíamos un poco. Era menos sensacionalista que otras estrellas de la televisión. Estaba seguro de que sería respetuoso conmigo y con mi pequeña familia. *"Quién iba a pensar que Alex Stacks se sentaría un día con nosotros junto a su novia embarazada, señoras y señores".*

Carrie soltó una risita y me puso una mano en el brazo al notar que se ponía nerviosa.

"Bueno, Harry. La vida nos tiene reservadas muchas sorpresas".

"Pero, ¿cómo encaja eso exactamente con la filosofía de Stacks-Life?", preguntó el maestro de ceremonias, y el público de la sala tarareó en señal de acuerdo.

"En absoluto", respondí con sinceridad. "Por esta razón y por el bien de la empresa he decidido vender Stacks-Life".

"Vaya", soltó Harry, que, a diferencia de los procedimientos normales, no tenía ni idea de qué iba exactamente el programa aquel día. Que tenía que hacer un gran anuncio estaba acordado.

Pero no sabía en qué consistía. "Perdona, Alex. Pero necesito dejar que esto se difunda".

"Lo entiendo, ni yo mismo lo hubiera creído posible", me reí y cogí la mano de Carrie. *"Pero la gente se equivoca y por eso me equivoqué cuando afirmé que una relación nunca sería una opción para mí"*. Mis ojos se posaron en el rostro de Carrie, era tan hermosa. Ella positivamente brillaba y eclipsaba todo en la habitación. *"Ya no soy soltero, Harry. Y eso es bueno. Está bien dejar ese estilo de vida".*

"¿Lo está?", sondeó el presentador del programa de entrevistas. *"Eso sonaba muy diferente hace unas semanas".*

"Es cierto, pero admito que fue un error. Sólo pude afirmarlo porque entonces no sabía que la mujer de mi vida, la que amaría con todo mi corazón, ya había entrado en mi vida. O más bien tropezado con ella. Y aunque he disfrutado mucho de la vida de soltero, dije guiñando un ojo, y el público se rió, sería estúpido si dejara pasar esta oportunidad única en la vida. La oportunidad de formar una familia con la mujer que amo, la dueña de mi corazón".

Sentí que Carrie se tensaba un poco a mi lado. Un temblor la recorrió. ¿Estaba llorando? Llevábamos unas semanas viviendo en mi chalet, llevando una vida casi normal como pareja, pero nunca le hable sobre lo que sentía por ella hasta hoy. Siempre había pensado que no era necesario. decir lo que sentía. Pero, mientras la miraba de reojo,sentía que debería haber hablado de mis sentimientos mucho antes. ¿Y si ella no les correspondía? De alguna manera, siempre pensé que simplemente nos habíamos enamorado el uno del otro en silencio y en secreto. Pero, justo antes del momento decisivo, me sentía mareado. ¿Y si me hubiera equivocado? Pero ya no había vuelta atrás. Lentamente me levanté, ya no confiaba en mis piernas. Afortunadamente, sólo tuve que dar una pequeña vuelta antes de volver a encontrar mi equilibrio.

Al caer, arrodillado frente a Carrie.

Ella se puso las manos delante de la boca y el público pareció contener la respiración mientras yo sacaba la cajita del bolsillo. Hubo un vacío repentino en toda la sala.

"Carrie Dunlap. Os quiero a ti y a nuestra hija con todo mi corazón. No puedo imaginar mi vida sin ti. ¿Quieres casarte conmigo?".

Capítulo 33 - Carrie

"Así que voy a ser abuelo y voy a llevar a mi hija al altar", murmuró mi padre, sorbiendo de su vaso mientras miraba pensativo hacia delante. Nunca lo había visto así. Ya no parecía tan destrozado, pero sí más viejo. Tal vez fuera sólo mi imaginación, pero era casi como si su pelo se hubiera vuelto mucho más gris en los últimos días y semanas. Como si la energía que solía desprender hubiera abandonado su cuerpo. Como si se hubiera resignado a que su vida experimentara un cambio radical. Y me sentí culpable, porque en el fondo era culpa mía. Aunque estaba mal admitirlo, era innegable que yo le había costado la victoria electoral. La gente había sido tan estrecha de miras y tan estúpida de no reelegirle por el embarazo de su hija, que en realidad era un acontecimiento feliz. Y eso a pesar de que mi padre siempre había dirigido la ciudad con el corazón y el alma, dejando su propia vida y sus deseos en un segundo plano en beneficio del pueblo. Habíamos sufrido muchas veces como familia porque él anteponía la ciudad y su cargo. Pero el pueblo no se lo agradeció. Me preguntaba si se arrepentía. Si se arrepentía de haber sacrificado tanto por una ciudad que le daba una patada en el culo.

Cuando le pedí que habláramos, esta vez no reaccionó con dureza. Me invitó y me pidió que le acompañara a su salón. Había sufrido una transformación. Como todos nosotros. No sabía de dónde venía este cambio, pero me sentí aliviada. ¿Quizás podría volver a ser el padre que había adorado de niña?

"Sí", susurré y asentí. A estas alturas no estaba segura de lo que pensaba del embarazo y de mi compromiso. ¿Me apoyaría? ¿O seguiría insistiendo en que estaba tirando mi vida por la borda? ¿Cuál era su punto de vista?

Pero entonces se volvió hacia mí y vi lágrimas en sus ojos. Mezcladas con una amplia sonrisa.

"Voy a ser abuelo".

"Sí", volví a decir. Riendo esta vez, con voz alegre. Porque verle así, ilusionado con su nieta, hizo que se rompieran todos los diques

que yo había mantenido laboriosamente para autoprotegerme.

"Soy tan feliz. Tengo tantas ganas. Por mi nieta. Pero también por ti. Y por Alex. Ven aquí". Se deslizó un poco hacia un lado en su sillón para que yo pudiera sentarme en el respaldo. Me acercó a él y así estuvimos sentados en silencio el uno junto al otro durante muchos minutos antes de que empezara a contarme historias de mi infancia. Cuando jugaba conmigo en el rancho. Cómo aprendí a montar a caballo de niña. Y cómo jugaba al póquer con los mozos de cuadra cuando era adolescente. Y fantaseaba con todas las cosas que podría hacer con su nieta. Ese momento lo significó todo para mí. Mi padre y yo no sólo nos habíamos reconciliado, sino que volvíamos a ser un equipo. Volvíamos a ser padre e hija. Ese sentimiento era indescriptible.

Pero en algún momento tuve que hacer la pregunta que me rondaba por la cabeza. Sin cuya respuesta no podría confiar en paz.

"Papá, ¿por qué te sientes diferente en este momento?", inquirí en voz baja.

"Oh, Carrie", murmuró en voz baja y durante un rato se hizo el silencio, por lo que empecé a pensar que no me contestaría en absoluto. "Me encanta la política. Cuando mi padre formó parte del ayuntamiento y más tarde fue alcalde, me permitieron acompañarle. De pequeña vi cómo manejaba la ciudad a través de varias crisis. El siglo XX fue de todo menos un paseo por el parque".

Asentí, sabiendo que tenía razón. Aunque la humanidad siempre había pasado por diversas crisis y también las había conjurado ella misma, el siglo XX había sido un auténtico lastre, se pasaba de la sartén al fuego.

"Entonces le admiraba mucho. Infundía valor a la gente y les ayudaba a creer en sí mismos y en el futuro, aunque en aquellos momentos pareciera difícil".

"Fue un gran logro", confirmé. Conocía las historias sobre mi abuelo, pero mi padre nunca había hablado tan abiertamente de él. Lo sabía casi todo por la abuela o por los periódicos viejos en los que había investigado alguna vez, cuando empezó mi interés por la política.

"Yo también quería ser así. Quería animar a la gente. Quería ayudar a la gente. Pero ya no quieren que les ayude".

"Papá, lo siento mucho", susurré, sabiendo que era cosa mía.

"Carrie, no tienes que disculparte. Son estas personas las que deberían disculparse. Durante décadas, nuestra familia ha dejado de lado sus propios intereses para hacer el bien a esta ciudad. Claro, hemos cometido errores, pero hemos puesto nuestras vidas al servicio de esta ciudad. Y no recibimos nada a cambio. A esta gente le bastó que mi hija se quedara embarazada para hundirme. No vieron que la joven hija del alcalde esperaba un hijo. Vieron que lo esperaba de un joven que, a primera vista, hacía negocios dudosos. Estaban ciegos".

De nuevo nos quedamos callados, el silencio era ominoso, después de todo mi padre tampoco había aprobado mi embarazo. Incluso me había llamado una desgracia para la familia.

"Y yo estaba tan ciego como ellos", confesó. Exhalé bruscamente, dándome cuenta de que había estado conteniendo la respiración. "Y lo siento, Carrie. Nunca debí haberte hecho eso. No he sido un buen padre durante estos años. Podría entender que me odiaras. A tu hermana. A tu madre. Y a ti". Tuve que dejar que aquello calara hondo. ¿Odiaba a mi padre? Repasé mentalmente los últimos meses y años de nuestra relación. Sí, me había hecho daño. A menudo. Pero la gente comete errores. Ningún ser humano es perfecto. Mi padre se había perdido en el camino como alcalde. Pero eso no significaba que no pudiera encontrar el camino de vuelta. Esta conversación era la mejor prueba de que estaban en el buen camino.

"Está... está bien, papá". Y realmente lo estaba. Yo también había perseguido siempre el sueño de ser político. ¿Habría reaccionado de otra manera en su lugar? ¿No habría temido yo también que mi carrera, y con ella todas mis buenas aspiraciones, se fueran al garete? Quizá habría reaccionado de otra manera. En este momento que era madre, estaba casi segura. Pero, ¿realmente podía afirmarlo y saberlo con total certeza? Nunca había estado en la situación de mi padre. No podía juzgar.

"No, no lo es". Sacudió la cabeza con vehemencia y me miró. "Debería haberte apoyado a ti y a la niña desde el principio. Y debería haberte escuchado. Me avergüenza haber reaccionado así. Estoy profundamente avergonzado y espero que puedas perdonarme".

"Por supuesto, papá. Ya te he perdonado. Me alegro de que hayas cambiado de opinión. Te quiero".

"Yo también te quiero, pequeña". Me besó suavemente en la frente. "Y yo también te quiero", soltó de repente una risita tan infantil que me reí a carcajadas mientras me besaba el estómago a través del jersey. "¡Sinceramente no puedo esperar a conocerla!".

***

"Mira este body con el burrito", me reí señalando la pantalla de la tableta. Alex y yo nos habíamos acomodado en casa. Llevábamos casi dos horas tumbados en el sofá y navegando por la inmensidad de Internet, buscando decoraciones de boda, peleles, cochecitos e invitaciones de boda.

"Entonces también le compraremos un burro".

"No tienes que comprarle un burro sólo porque su body tenga un burro", me reí y le di un codazo.

"Pero, ¿y si quiero un burro? Me parecen geniales. O una mula".

"Pues eso va junto, tú también eres muy cabezota".

"Y listo".

"Vale, é inteligente.

Nos reímos y, como si fuera natural, nuestros labios se encontraron antes de seguir hojeando las páginas, anotando lo que queríamos comprar.

"Dime", empezó Alex, su voz sonaba algo apretada, como si intentara abordar un tema delicado.

"¿Mm?", murmuré interrogante, mirándole mientras bajaba la tableta.

"¿Todavía quieres dedicarte a la política?".

La pregunta me pilló completamente desprevenida y, francamente, me planteó un dilema al que aún no me había atrevido

a enfrentarme. No tenía respuesta. Por un lado, la ambición de mi vida había sido convertirme en político y seguir los pasos de mi padre y mi abuelo. Por otro lado, mis prioridades habían cambiado notablemente en las últimas semanas y meses, y la carrera política ya no estaba en mi mente. En lugar de eso, cuando soñaba despierta veía en mi interior a Alex, a nuestra hija y a mí.

"Sinceramente... no lo sé. Más o menos, no", respondí dubitativa. "Preferiría mucho más construir una vida contigo. Y criar a nuestra hija. Quizá algún día siga los pasos de su abuelo", me reí. Y la idea me atrajo. Tal vez me quedaría en un segundo plano como mamá, siempre observando a mi hija con mirada orgullosa. Suspiré cómodamente ante la idea. Por supuesto, no la empujaría en ninguna dirección. Si no quería saber nada de política, que así fuera. Pero si desarrollaba intereses similares a los míos y a los de sus antepasados, la apoyaría en todo lo que intentara en el terreno político. Y en todo lo demás, por supuesto.

"¿Y qué hay del rancho?", continuó Alex. Y yo ya podía responder a esa pregunta con más claridad. Llevaba toda la vida unida a aquel lugar, que era algo más que una opción profesional. Para mí, el rancho era el lugar de mi infancia donde había sido más feliz.

"Estoy unida al rancho, Alex. No es sólo un lugar. Es la herencia de mi familia y estoy unido a los recuerdos, los animales y todo eso".

"Estaría bien que nuestra hija pudiera crecer en el rancho, ¿eh?", murmuró en mi oído.

"Sí", exhalé, y de hecho ése era uno de mis mayores deseos. Pero sabía que era casi imposible. Al menos no como yo lo había vivido de niña. Desde que mis abuelos habían dejado el rancho como residencia, la casa se había ido deteriorando cada vez más. Y el propio negocio del rancho también había cambiado. Entonces, todos los empleados eran conocidos, entraban y salían y formaban parte de la familia. Desde que el rancho se había convertido en una especie de negocio, se había perdido gran parte del antiguo encanto.

"Menos mal que el rancho es nuestro".

"Alex, ya hemos hablado de esto antes. Mi padre y yo hicimos las paces, pero eso es todo. No me confiará el rancho por segunda vez".

Me dolía el corazón pensarlo. Había desperdiciado una oportunidad de oro para hacerme cargo del rancho familiar.

"Pero te lo confiaría a ti. Y lo compré ayer".

"¿Qué?", chillé, volviéndome hacia Alex con tal velocidad del rayo que la tableta resbaló hasta el suelo. "¿Tú qué?". El corazón me latía con fuerza en la garganta mientras intentaba entender lo que acababa de decir.

Pero en lugar de responder, se limitó a sonreír ampliamente. Le rodeé el cuello con los brazos y me eché a llorar. Lloré más desenfrenada y felizmente de lo que había llorado nunca en mi vida.

"Te cederé el rancho, porque quiero que sea tuyo. La verdadera heredera del rancho Dunlap. Bueno, de momento. Después, por supuesto, tendrás que compartir la herencia con nuestros hijos".

"¿Hijos?", pregunté incrédula.

"Bueno, hay mucho espacio en el rancho. Hay sitio de sobra para dos o tres habitaciones de niños".

"En el... espera un minuto". No podremos vivir en el rancho. El edificio de apartamentos está en tan mal estado que no había manera de que pudiéramos vivir en él. A menos que...

"Los constructores comienzan el próximo mes".

Y en ese momento, yo no sabía lo que había hecho para merecer tan buena fortuna.Siempre fui una chica sencilla. De acuerdo, la hija del alcalde. Pero eso era todo. Soñaba con una gran carrera, pero siempre fui consciente de que tenía que trabajar duro. Pero aquí estaba. Embarazada de mi maravillosa hija, a la que ya quería más que a nada en mi vida. Con un hombre que no sólo era sexy y estaba buenísimo, sino también cálido y sensible, iba a cumplir mi sueño de volver a dar vida al rancho familiar? ¿Incluso poder vivir allí con mi pequeña familia?

Sollocé audiblemente y sentí que apenas podía respirar a causa de mi felicidad. Los sentimientos que me invadían eran sencillamente abrumadores.

"Entonces, ¿cuál es el trato? ¿Me das un burro cuando nos mudemos al rancho?".

"Lo que tú quieras", me reí entre lágrimas y le di a Alex un largo y abrumador beso, que pronto se convirtió en algo mucho más

apasionado.

Capítulo 34 - Alex

La casa de sus padres era acogedora y me alegré de que Carrie y sus padres volvieran a llevarse bien. Sólo faltaba una variable en la ecuación: Miranda. Como antes, las hermanas no se dirigían la palabra. Cada vez que nos invitaban a cenar a casa de los Dunlap, lo que últimamente ocurría con frecuencia, Miranda estaba con amigos o las dos guardaban un silencio glacial. Carrie, con su ya abultada barriguita de embarazada, solía hinchar las mejillas cuando sus padres le pedían a su hermana que dijera algo, lo que le daba un aspecto de lo más mono... pero que me valía broncas cuando se lo decía. No obstante, la situación era estresante. Miranda y Carrie eran hermanas. Y aunque su relación era tensa, yo también les envidiaba ese vínculo especial que nunca podría sentir como hijo único. Algo tenía que cambiar. Y no quería dejar piedra sin remover para ayudar a mi futura esposa a resolver las disputas con su hermana.

Sabía, por largas conversaciones con ella, que ese resentimiento era profundo y había durado muchos, muchos años, si no toda la vida. Pero Carrie me había dicho que quería a su hermana pequeña y que le molestaba que Miranda no quisiera ser su hermana. Desconcertado, estaba dispuesto a llegar al fondo del asunto.

"¿Miranda?", pregunté después de llamar a su puerta. La cena aún no estaba lista y Carrie y su madre seguían correteando por la cocina mientras Hugh, ya nos conocíamos, daba instrucciones desde el sofá. Desde que dejó la política y volvió a trabajar más en la oficina, parecía sorprendentemente tranquilo. Quedaba poco del hombre cáustico que había conocido durante nuestras negociaciones y del que Carrie siempre me había informado. No podía quitarme de la cabeza la idea de que tal vez Hugh sólo se había aferrado a la política porque creía que era su herencia y se sentía obligado a hacerlo. Esa obligación ya no recaía sobre sus hombros, parecía mucho más joven y contento. El shock inicial fue duro, pero a estas alturas sentía que nada mejor podría haberle ocurrido.

"¿Alex?", jadeó Miranda, sobresaltada, al entrar. Parecía dolida y se enjugó rápidamente los ojos. "¿Qué haces aquí?".

"Quería hablar contigo", le expliqué, "¿puedo pasar?".

Cuando asintió, cerré la puerta. No quería que Carrie se diera cuenta de mi pequeña intrusión. La habitación de Miranda era muy diferente de lo que había imaginado. Había pequeños recuerdos y objetos decorativos por todas partes. Había ropa esparcida por el suelo. En el escritorio, contra la pared, había algunos bocetos que parecían haber sido dibujados por Miranda. Hasta entonces no me había dado cuenta de que tenía dotes artísticas. Pero lo que más me sorprendió fue la pared de su habitación. O mejor dicho, la decoración de la pared. Había fotos por todas partes. De ella y de sus amigos. De sus padres. Y especialmente de Carrie. Carrie y Miranda de niñas. Carrie junto a un cochecito en el que seguramente dormía Miranda. Las niñas cuando eran un poco mayores. Incluso fotos de adolescentes en las que sonreían forzadamente a la cámara una al lado de la otra. Pero también había fotos de Carrie que probablemente Miranda había tomado en secreto. Fotos de mi futura esposa sentada en el sofá, ensimismada. Estas fotos contradecían todo lo que yo sabía sobre la relación de Miranda y Carrie como hermanas.

"Esto no puede seguir así", abrí la conversación.

"¿Qué quieres decir?", indagó ella, y me di cuenta de que realmente no entendía de qué se trataba. Probablemente creía que todo estaba arreglado, también había una especie de tregua entre nosotras y cualquier necesidad de hablar estaba fuera de la mesa.

"¿Por qué llorabas?", le pregunté, esperando no equivocarme al suponer que se debía a la situación con su hermana.

"Maldita sea, por Carrie. Odio que ya no me hable", salió de su boca más rápido de lo que esperaba. "Echo de menos a mi hermana mayor".

"Te das cuenta de por qué hemos llegado a esto, ¿verdad?" Se hizo el silencio y recapitulé lo que Miranda hizo en el tiempo que llevaba conociendo a la familia Dunlap. Había chismorreado sobre el embarazo varias veces. Se había asegurado de que Carrie perdiera el favor de su padre y había intentado destruir su carrera. Miranda no

había dejado piedra sin mover para sabotear a Carrie. Y eso eran sólo las cosas que pasaron en los últimos meses. En las horas de la noche, en nuestra cama, después de caer apasionadamente uno sobre el otro y luego yacer sudorosos abrazados hablando de Dios y del mundo, Carrie me había contado muchas cosas sobre Miranda. Cosas de las que nunca habría creído capaz a una hermana. Intrigas en la escuela. Andanzas. Mentiras. Calumnias.

"Lo sé, es que...".

"¿Sí?", la invité a seguir hablando cuando se quedó callada durante varios segundos y ya pensé que no iba a contestarme nada.

"Desde que tengo memoria, Carrie siempre fue el pequeño sol. La hija predilecta. Quería ser política. Estudió derecho. Quería hacerse cargo del rancho y ganaba medalla tras medalla con los caballos. Siempre hizo que nuestros padres se sintieran orgullosos. ¿Y yo? Puede que fuera la pequeña de la casa, pero nunca fui la que estuvo a la altura de las expectativas. Estudié filosofía. Me gustan más los perros que los caballos. Ni siquiera puedo sostenerme sobre un caballo al galope. Y no me gusta mucho la política". Suspiró pesadamente. "Ella era mejor en todo. Y por eso siempre la favorecían, mientras que mis deseos eran algo... bueno, indiferentes".

"¿Y tenías que desquitarte con Carrie? No fue su culpa, ¿verdad? Sólo tuvo la mala suerte de interesarse por otras cosas", pregunté con un tono amargo en la voz. Podía entender que Miranda quisiera enfrentarse a sus padres. Pero no podía entender que librara esa batalla sobre los hombros de su hermana, mi futura esposa.

"Estuvo mal, ¿sí?", sonaba tan frustrada como yo. "Estuvo mal desde el principio y tuvo que venir esta niña para que lo entendiera. He estado pensando mucho estos últimos días y semanas, recapitulando todo. Sé que metí la pata. Oh, qué estoy diciendo... He fallado completamente como hermana durante años. Pero estoy unida a Carrie. "Mucho".

"¿Qué tiene que ver mi hija con esto?", inquirí asombrado, porque su pelea no era un asunto que pudiera verse afectado por una niña nonata. Entonces, ¿por qué mi hija le había inspirado esta toma de conciencia?

"Me di cuenta de lo que había perdido. De lo que me había arruinado: la oportunidad de tener una hermana. Y una sobrina". Miranda sonrió con tristeza. "Siempre quise ser tía. Puede que ni siquiera llegue a conocer a la niña si Carrie lo prohíbe".

"Escucha", le dije, sentándome a su lado en el borde de la cama. "Tú no la perdiste. Literalmente destruiste toda mi carrera y estoy dispuesto a perdonarte. Y definitivamente soy más vengativo que Carrie. Habla con ella".

"¿De verdad lo crees?", preguntó, mirándome con unos ojos enormes que volvían a estar llenos de lágrimas.

"Sí, estoy seguro de ello. Y te ayudaré con eso, te lo prometo". La abracé, preguntándome en ese momento si no sólo había encontrado al amor de mi vida, sino que también había ganado una hermanita.

***

"Alex, ¿has invitado a alguien?", preguntó Carrie mientras su mirada se posaba en el exterior a través de las polvorientas ventanas del rancho. "Oh, Dios...", jadeó al reconocer el coche. "¿Qué hace Miranda aquí?". Carrie empezó a caminar nerviosa. Seguramente pensaba que su hermana intentaba interponerse en su camino una vez más. Pero me acerqué a ella, le puse la mano en el hombro y la atraje hacia mí,

"Le pedí que viniera", le expliqué a mi futura esposa. Estaba un poco nervioso porque había una clara posibilidad de que Carrie se enfadara conmigo por mis negociaciones a sus espaldas. Pero estaba seguro de que la situación pesaba por igual en ambas hermanas y, sinceramente, sólo quería ayudar.

"¿Tú qué? ¿Pero por qué?". Su voz sonaba casi de pánico mientras me miraba incrédula.

"Quiero que habléis las dos", le expliqué. "Esto no puede seguir así entre vosotras".

"¿Y si no quiero hablar con ella? Recuerda lo que nos hizo". La interpretación de Carrie era perfectamente válida.

"Lo sé, pero a estas alturas también sé por qué hizo todo eso. Ven", le pedí y salimos juntos.

Carrie caminaba detrás de mí, con los brazos cruzados delante del pecho y sobre su creciente barriga de embarazada. Las miradas en sus caras habrían matado si eso hubiera sido posible. Su expresión era completamente cerrada y ya me temía que la reunión no conseguiría absolutamente nada. Quizá no me había dado cuenta de lo cerrada que se había vuelto Carrie. Qué muros había levantado para poder convivir con el acoso de su hermana.

Cuando nos reunimos, las dos mujeres guardaron silencio, como de costumbre, y fui yo quien tuvo que hablar primero. Intenté la típica charla trivial, pero pronto me di cuenta de que no tenía ningún sentido. Las dos se observaban como depredadores al acecho. Me cuestioné seriamente mi plan y suspiré pesadamente. Pero por una vez estábamos aquí. Quizá yo también me equivocara y las dos estuvieran dispuestas a hablar entre ellas.

Les pedí que se acercaran a un henil que había al borde del campo de entrenamiento. Allí podrían hablar sin ser molestadas. Desde la distancia, se veían algunos trabajadores limpiando los establos a pesar de ser fin de semana. No había días libres en una instalación como ésta. Aquí, en cambio, estábamos un poco protegidos. Lejos de miradas indiscretas y oídos demasiado alertas.

"Alex, es inútil", jadeó Miranda mientras miraba desesperada a su hermana y a mí. Carrie se había apagado por completo. Sólo miraba hacia adelante y no podía decir ni una palabra. No podía culparla. Pero...

"Dile lo que me dijiste a mí", le dije a Miranda. Estaba segura de que eso cambiaría un poco la opinión de Carrie.

Después de un momento de vacilación, Miranda comenzó a explicar su versión. Le explicó a Carrie por qué la había manipulado y saboteado, por qué había estado celosa y que todo estuvo mal. Sentí que se me hacía un nudo en la garganta cuando Miranda llegó al final. Parecía angustiada. Tenía lágrimas en los ojos. Si las dos hubieran hablado antes de todo esto, estoy segura de que se habrían ahorrado mucho sufrimiento. No podía dejar de pensar en

cuánto tiempo habían perdido las dos, sólo porque se habían quedado atrapadas en una espiral de celos tóxicos y rechazo.

"Y bueno, nada quiero más que una segunda oportunidad para ser tu hermana". Una lágrima rodó por la mejilla de Miranda. "Y me encantaría ser tía. Tu tía", murmuró, mirando la barriguita de Carrie, por lo que la mano de Carrie le acarició el vientre de forma protectora.

Se hizo el silencio y miré a mi prometida pensativo. Había perdonado a Miranda y estaba firmemente convencido de que Carrie también podría hacerlo. Esperaba no equivocarme. Pero en aquel momento no estaba seguro. Hasta un ciego podría haber visto los pensamientos que rondaban la cabeza de Carrie.

Pero cuando las mujeres se abrazaron instantes después, riendo y llorando después de que Carrie se levantara y corriera hacia Miranda, supe que había acertado. Carrie tenía buen corazón. No le guardaba rencor. Y Miranda merecía una segunda oportunidad.

Después de que las hermanas se abrazaran durante un largo rato, y yo ya me sentía como un intruso que había interferido accidentalmente en un asunto familiar, Carrie dio un paso atrás y nos miró por turnos. Parecía contenta, aunque tuviera los ojos enrojecidos de llorar.

"¡Vamos a elegir una habitación para la pequeña!", rió, dando palmas. "¡Tú también!" El repentino cambio de humor me sorprendió. Había pensado que las dos necesitaban tiempo para hablar entre ellas. Pero tal vez había subestimado el vínculo especial que formaban como hermanas. Tal vez lo único que realmente necesitaba era esa disculpa para poder empezar de nuevo.

Tiró de mí hacia el edificio con una mano y de Miranda con la otra. Juntos recorrimos las habitaciones polvorientas y cuando por fin llegamos a una acogedora habitación al final del primer piso, las hermanas exhalaron audiblemente.

"¿Te acuerdas?".

"Sí", exhaló Miranda.

De nuevo, me sentí como si estuviera en la película equivocada. Como si fuera un alborotador irrumpiendo en la recién descubierta unidad fraternal.

"¿Alguien puede iluminarme?", pregunté en voz baja, sonriendo satisfecho. Ver a Carrie y Miranda tan felices me hacía feliz a mí también.

"Aquí dormíamos Miranda y yo cuando éramos niñas, cuando nos quedábamos a dormir con nuestros abuelos".

"Y por la mañana, cuando nos levantábamos, ya olía a tortitas", añadió Miranda.

"Cuando nuestros abuelos tenían negocios en el rancho, jugábamos aquí. ¿Os acordáis del señor Peppers?", preguntó Carrie.

"Oh sí, claro que sí. Era nuestro caballito de balancín", me explicó Miranda riendo. "Y mira, hasta las muescas siguen ahí". Se acercó a una viga que parecía dividir visualmente la habitación por la mitad. Todos nos acercamos y, efectivamente, allí las niñas habían señalado sus tallas con la ayuda de pequeñas muescas en la madera.

"¿De quién es este?", pregunté, desconcertado. Una estaba claramente colocada más arriba que las otras.

"Este era del abuelo", se rió Carrie.

"Quería argumentar que se estaba quedando pequeño", intervino Miranda.

"Le echo de menos", murmuró Carrie. Y las hermanas se pasaron un brazo por los hombros.

"Esta habitación está llena de recuerdos. Tantos recuerdos hermosos", confirmó Miranda, mirando a su alrededor con aire soñador. Las dos parecían tan embelesadas que probablemente estaban reviviendo sus aventuras infantiles.

"Parece una habitación infantil ideal, ¿eh?", pregunté, poniéndome al lado de Carrie para ser el apoyo que necesitaba. Estaba seguro de que en aquel momento, con su hermana y su prometido a su lado, se sentía bien protegida y feliz. Al menos, eso esperaba.

"Sí", me dio un beso en la mejilla. "Tienes razón".

Y en ese momento, esa sensación de calidez me inundó de nuevo. Esa sensación de satisfacción absoluta. Carrie y yo habíamos llegado exactamente a donde pertenecíamos. El uno al otro. En el rancho. Y rodeados de gente a la que queríamos y que nos quería.

Epílogo - Carrie

Nunca había sentido ni experimentado nada parecido en toda mi vida. Las primeras contracciones reales habían empezado un domingo por la noche, cuando Alex y yo ya nos habíamos acurrucado en el sofá para ver una película. Poco después, rompí aguas y me levanté sobresaltada. Alex, normalmente tranquilo, no encontraba en ese momento la bolsa que llevaba días preparando ni las llaves del coche. Incluso había chocado contra el marco de la puerta, por lo que me preocupaba que también tuviera que visitar el hospital como paciente. Una herida se extendía por su frente, sangrante e hinchada. ¿Y yo? Mantuve la calma un poco mejor, pero seguía alterada. Tenía miedo. Claro que tenía miedo. Me iba a convertir en madre por primera vez y me había pasado las últimas semanas en plan catastrofista.

Había recorrido blog tras blog, leyendo las historias de nacimiento de otras madres. Una peor que otra. Había leído sobre dolores interminables, incidentes turbios y complicaciones. Y yo era una miedosa. Sobre todo cuando se trataba de dolor. Y estaba de parto, nuestra hija estaba a punto de llegar a este mundo. ¿Y si las cosas no salían según lo previsto? ¿Y si me pasaba algo a mí o, peor aún, a nuestra hija?

Mientras Alex conducía a velocidad de vértigo hacia la clínica, yo había llamado a todos los familiares: a mis padres, a los suyos y, por supuesto, a Miranda. Desde nuestra conversación, habíamos arreglado las cosas y se había formado entre nosotras un vínculo aún frágil pero maravilloso. Envié un mensaje lacónico a mis amigas para decirles que estaba de camino al hospital y que me pondría en contacto con ellas. Ambas me enviaron gifs alentadores, que vi en el trayecto al hospital para no perder la cabeza de la emoción.

Nuestra hija, Victoria, tenía tanta prisa que, en cuanto entramos en la sala de partos, soltó su primer llanto. El alivio que sentí por este parto tan increíblemente sencillo es algo que aún hoy apenas puedo expresar con palabras. Y lo que siguió unas horas después

fue el momento más hermoso de mi vida: tan lleno de amor. Tan lleno de confianza. Y tan lleno de calidez. Cuando Victoria y yo salimos del paritorio, nos encontramos en una lujosa habitación individual. Por supuesto, Alex no había ahorrado ni un céntimo en nuestro alojamiento. Mientras nuestras familias entraban sigilosamente y con pies de plomo, un par de ojos tras otro se abrieron de par en par. Nuestras madres rompieron a llorar e incluso los ojos de nuestros padres brillaron por la emoción. Nunca había visto a mi padre tan orgulloso. Cuando le miré en ese momento y nuestros ojos se encontraron, supe que me había perdonado por todo y que se alegraba de que estuviéramos en este punto. Aunque el camino hubiera sido accidentado.

Miranda se detuvo en un rincón mientras los abuelos se inclinaban curiosos sobre su nieta, acariciándola y susurrando saludos cariñosos.

"Ven aquí", murmuré, aún sin fuerzas, señalando a Miranda. Una vez que estuvo conmigo, la atraje hacia mí con todas las reservas de fuerza que me quedaban, de modo que se sentó a mi lado en la cama y me estrechó la mano.

"Bueno, ¿qué se siente al ser tía?", pregunté suavemente y Miranda rompió a llorar al instante. Nunca la había visto así en toda nuestra vida. Sollozando, se inclinó hacia mí y me abrazó.

"Estoy muy orgullosa de las dos", me susurró al oído a través de mi pelo sudoroso y me estremecí cuando las emociones amenazaron con desbordarme de nuevo en ese momento.

***

Alex era sobreprotector. Tan sobreprotector que cuando los médicos nos dieron el visto bueno para irnos a casa después de un solo día, se negó. Dejó caer unos cuantos dólares más y consiguió mantenernos en observación completa otros tres días. A mí también me pareció muy tierno. Cuando conocí a Alex, nunca hubiera creído que llegaría a ser un marido y un padre tan cariñoso. Pero bueno, ¿quién habría creído entonces que yo sería madre en menos de un año?

"¿No crees que estás exagerando?", pregunté de todos modos, riendo y frotando mi nariz contra la suya. "Estamos bien. Victoria está como una rosa y yo estoy bien. Quiero irme a casa", casi me estaba quejando un poco. Echaba de menos el rancho. Las obras habían comenzado rápidamente, tal y como se había anunciado, y al menos las viviendas más importantes se habían terminado con tanta rapidez, gracias también a la prima monetaria de Alex, que habíamos podido mudarnos antes del nacimiento. El rancho desprendía casi el mismo encanto que cuando lo habitaban mis abuelos. Mi familia había contribuido con fotos antiguas y habíamos intentado restaurar el rancho tal y como era entonces. Con algunas modernizaciones, claro. La cocina rural tenía un gran lavavajillas, adecuado para una familia pequeña como la nuestra. Y el frigorífico era tan grande que podría haberme escondido en él sin problemas. Quizá eso resultara útil en los veranos calurosos.

"¿Y si...?", preguntó Alex con voz cautelosa. Habíamos tenido esta conversación muchas veces en los últimos días. Había memorizado lo que parecían todas las páginas web sobre complicaciones posparto y seguía enumerando los riesgos a los que nos enfrentábamos. El hecho de que estos casos tuvieran una probabilidad mínima de ocurrir no le importaba a Alex en ese momento. Su preocupación era enorme.

"No hay ningún 'y si...'. Las dos estamos muy bien. Los médicos nos han examinado muchas veces. Después de todo, les has pedido que nos revisen una y otra vez. Las dos estamos perfectas. Y echo de menos nuestro hogar". Pensé en la sensación de felicidad que me invadía cada mañana desde la mudanza, en cuanto me levantaba y miraba por la ventana. Mi mirada se posaba entonces en los prados donde estaban los caballos. Y a veces me imaginaba que mi caballo castrado, a lo lejos, levantaba siempre la cabeza en ese preciso momento en que yo saludaba a la mañana a través de la ventana. Por supuesto, eso era completamente absurdo, pero el pensamiento me atraía y la coincidencia era bastante extraña de que siempre levantara la cabeza exactamente en ese momento.

"Muy bien", sonrió mi cariñoso prometido y me acarició suavemente la espalda. Permanecimos juntos junto a la ventana

observando el pequeño parque que formaba parte del recinto de la clínica. Alex acunó a Victoria suavemente en sus brazos. La pequeña era un bebé tranquilo de todos modos, pero siempre que estaba en brazos de Alex se sentía aún más en paz. No era para menos. Los abrazos de su padre eran la mejor sensación del mundo, lo sabía por experiencia propia.

"Te quiero, Carrie Dunlap".

"Y yo a ti, Alex Stacks".

***

El sol irrumpía en las ventanas de mosaico del salón de banquetes que formaba parte del rancho. Aquí celebraban la Fiesta de los Fundadores del pueblo y el Baile de los Cerezos en Flor, tenían las ferias de Navidad y Pascua, y una vez al año celebraban una gran fiesta de Halloween. Pero todo estaba decorado en suave rosa viejo y blanco. Del techo colgaban hileras de tul que, iluminadas por focos en azul claro y rosa, parecían un mar de nubes. La hiedra crecía a lo largo de las columnas y el pequeño escenario. Todo era tan de cuento que era digno de una princesa. Y yo me sentía así.

Mientras Alex llevaba un traje negro liso combinado con una camisa negra, el Hombre de Negro, yo llevaba un sueño de encaje antracita. Nos habíamos decidido en contra del clásico blanco. Estaba segura de que en las fotos pareceríamos la clásica pareja de modelos de las revistas de moda. Los estilistas habían hecho un gran trabajo. Aunque yo solía ser más del tipo "ratón gris", los especialistas en maquillaje habían convertido mis ojos en auténticos ojos de gata, de modo que el verde de mis iris brillaba de forma seductora y casi un poco peligrosa. Llevaba el pelo recogido hasta la mitad con delicados rizos. Algunos mechones sueltos caían sobre mi escote. Cada segundo que creía que pasaba desapercibido, Alex me susurraba al oído cosas lascivas que me haría en cuanto desaparecieran los invitados. Y estaba segura de que las haría realidad. Afortunadamente, Victoria ya dormía profundamente.

Ya habíamos celebrado la boda en la cercana iglesia de St. James, sólo que con un círculo más pequeño. Habían estado

nuestros padres y abuelos, mi hermana, que había cuidado de Victoria, y mis amigas, Alice y Amanda. Aquellas personas que más significaban para nosotros y que nos querían tanto como nosotros a ellos. Había sido un sueño y casi todo el mundo había llorado.

Pero los ojos de cientos de invitados estaban puestos en nosotros y Vicky, que estaba tumbada en su cochecito, chillaba de felicidad. Ante este sonido, aunque hacía casi medio año que había sido madre, mi corazón se contrajo de alegría. Al principio tuve mucho miedo de no ser capaz de querer bien a mi hija y de no poder estar a su lado, pero el instinto maternal se había apoderado de mí como algo natural. Me sentía como si hubiera nacido para esta tarea: ser madre. Nacida para mostrarle el mundo a este pequeño ser humano. Mis pensamientos se habían desviado, pero volví a centrarme en Alex, que acababa de pronunciar un discurso agradeciendo la presencia de los invitados.

"¡Gracias a todos por venir! Que empiece la fiesta", gritó Alex con alegría, señalando el enorme bufé y la pista de baile. Sonaba un DJ. Para ser más precisos, no era un DJ cualquiera. Alex había contratado al mismo DJ que había tocado en nuestra primera noche en el club. Cuando nosotros dos no habíamos sido más que un flirteo y una aventura de una noche. Pero antes de que Alex pudiera apartar el micrófono, lo cogí. Estaba nerviosa. Odiaba dar discursos. Pero aún tenía una gran sorpresa para mi marido que esperaba que le hiciera feliz.

"Un momento", volví a llamar al silencio a los invitados. "Tengo otra pequeña sorpresa". Alex, que ya estaba abandonando el pequeño escenario, me miró desconcertado e hizo una pausa. "En realidad, se podría pensar que ya que estamos casados y nuestra maravillosa hija está en el mundo, somos la pequeña familia perfecta". Continué en tono solemne y extendí la mano para apretar la de Alex. Nuestros invitados asintieron y murmuraron en señal de acuerdo. "Pero no creo que seáis realmente una familia completa hasta que no tengáis un amigo animal. Por eso he invitado a otro invitado de honor a quedarse después de la fiesta". Mi mirada se deslizó hacia Alex, que parecía confundido y de alguna manera incómodo. En ese momento, me dio un vuelco el corazón. No sería

hasta más tarde en la noche que Alex me explicaría que él no sabía, que yo estaba al tanto de sus pequeños viajes al refugio, y especialmente de Duke. Tuvo miedo de que yo hubiera adoptado algún perro, porque su corazón ya latía por un gigante gruñón. Lo que no sería un problema,uno nunca tiene suficientes perros.

Así que en ese momento dudé brevemente de mi decisión porque Alex parecía tan cabizbajo y casi asustado. Pero sólo unos instantes después, su expresión interrogante se transformó en un brillante resplandor y una estruendosa carcajada. Concretamente, cuando su mirada se posó en un behemoth desgreñado que caminaba aburrido pero decidido por el pasillo. En el otro extremo estaba Henry, riendo con una correa en la mano. ¿Y Duke? Se abría paso por el vestíbulo como un anciano, ¡cuesta creer que el perro tenga menos de dos años!, por el pasillo. Olfateó meticulosamente y siguió un rastro que le llevó hasta el escenario. Una vez allí, levantó los ojos y vio a la persona que había estado buscando: Alex. Alex corrió hacia el perro y lo abrazó mientras ocultaba su cara en el oscuro pelaje.

"Bienvenido a casa, Duke", murmuré con un nudo en la garganta y luego me acerqué a Alex y al perro, que movía la cola. Yo también había estado visitando a Duke a escondidas de vez en cuando durante los últimos días, tratando de que Henry se hiciera amigo. Había sido difícil conseguir alguna reacción del perro, pero al final nos habíamos hecho amigos. Sabía que aquel bonachón encajaba perfectamente con nosotros.

"¿Cómo supiste...?", preguntó Alex.

"Henry me lo contó. Me dijo que de vez en cuando ayudabas en el refugio y que habías acogido a un perro en particular en tu corazón. Inmediatamente acepté adoptarlo, aunque Henry me lo advirtió varias veces". Me reí. Duke podía ser un poco peculiar, pero era leal y tenía un corazón enorme.

"Gracias", sonrió Alex con ojos brillantes, acariciando a Duke y luego besándome larga y duramente. Mi playboy estaba feliz por todas partes, podía sentirlo y verlo. Una vez me habló de su deseo de comprarse un perro y simplemente recluirse. Bueno, yo no podía ofrecerle aislamiento. Pero sí una familia, el rancho, su perro del alma y, sobre todo, una cosa: mi corazón.

"Siempre creí que muchas mujeres y mucho dinero me harían feliz, Carrie". Asentí vacilante. Sobre todo al principio de nuestra relación, había temido que sólo te quedara conmigo por el bien de la niña. "Pero es esto. Esto es lo que me hace feliz. Nuestra vida. Nuestra vida juntos".

Y momentos después nos hundimos en un largo y apasionado beso, completamente absortos mientras a nuestro alrededor la gente a la que queríamos nos celebraba a nosotros y a nuestra pequeña familia.